



COMBATE ESPIRITUAL

P. LORENZO SCÚPOLI

El libro que San Francisco de Sales llevó consigo y leyó durante 19 años

2011

OFICINA SAN PABLO BOGOTÁ

Con las correspondientes licencias eclesiástica

1 PREFACIO

EL ELOGIO QUE UN GRAN SANTO HIZO A ESTE LIBRO

Monseñor Pedro Camus en su hermoso libro titulado: “El espíritu de San Francisco de Sales” (que recomendamos leer porque hace mucho bien) cuenta lo siguiente: “Pregunté a San Francisco quién era su director espiritual o mæstro, y él Me respondió sacando de mi bolsillo el folleto “EL COMBATE ESPIRITUAL”. Él es quien, con ayuda divina, me ha gobernado y guiado desde mi juventud; Éste es mi mæstro y director de las cosas del espíritu y de la vida interior. Desde que, cuando era estudiante en la Universidad de Padua, un sacerdote teatino me lo recomendó y me aconsejó leerlo con frecuencia, he seguido sus consejos y lo he encontrado extremadamente útil. Fue compuesta por un sacerdote muy santo de esa comunidad.”

El propio monseñor Camus dice que si bien San Francisco de Sales valoraba y recomendaba mucho el hermoso libro “Imitación de Cristo”, recomendaba aún más la lectura de “El combate espiritual”.

Y añade: “Dentro de los libros de lectura espiritual que recomendaba nuestro santo, el que más valoraba era El combate espiritual. diecisiete años continuos, leyendo un capítulo cada día, y siempre recibiendo luces celestiales cada vez que leo allí.

Muchas de las enseñanzas que træ San Francisco de Sales en su famoso libro “Filotea o Introducción a la Vida Devota” están tomadas de El Combate Espiritual.

Entre los libros que recomienda para progresar en la vida de perfección, Combate Espiritual está en primera línea.

EN TUS CARTAS

Están recogidas en varios volúmenes, más de mil cartas del gran doctor de la Iglesia, San Francisco de Sales, y en varias de ellas elogia su querido librito “El Combate Espiritual”, veamos algunos ejemplos.

En la Carta 32 dice: “Este otro libro que estás leyendo es bueno, pero es algo confuso y difícil. En cambio, El Combate Espiritual es mucho más ordenado, más claro y te hará más bien leerlo. ”.

En la Carta 55 afirma: “Combate espiritual” es un libro sumamente útil. Siempre lo llevé conmigo durante 15 años y nunca lo leí sin disfrutarlo.

En la Carta 48 aconseja a una abadesa: “Lee el librito Combate espiritual y verás que adquieres mucha paz interior”.

En su carta 16 recomienda a una señora casada: “Entre los ejercicios de devoción, lo que más te aconsejo es leer con frecuencia El combate espiritual. Recomendando mucho este libro porque leerlo hace mucho bien”.

En su Carta 94 a la viuda escribe: “Para vencer las tentaciones, lee COMBATE ESPIRITUAL. Para beneficio del alma”. 24 de julio de 1607 (Esta Carta aparece en los documentos de la causa de canonización).

Escribió su Carta 75 a una persona que sufrió un gran dolor, en la que dice: “Para obtener la gracia de aceptar en paz el dolor que nos llega, ayuda mucho leer El combate espiritual, que tantas veces he recomendado. veces. Este librito contiene doctrinas muy útiles que dan mucha paz al alma”.

Escuchemos a este gran santo y comencemos a leer tan hermoso libro.

CAPITULO 1

“NINGÚN ATLETA RECIBE MEDALLA DE CAMPEÓN SI NO HA COMPETIDO SEGÚN EL REGLAMENTO” (2Tm 2,5)

EN QUÉ CONSISTE LA PERFECCIÓN CRISTIANA, Y QUE PARA ALCANZARLA ES NECESARIA LA LUCHA Y EL ESFUERZO, Y CUATRO COSAS QUE SON NECESARIAS PARA ESTA LUCHA.

Si quieres, oh alma muy amada por Jesucristo, alcanzar el más alto grado de santidad y perfección cristiana, y vivir en perpetua amistad con Dios Nuestro Señor, que es la empresa más alta y gloriosa que se pueda emprender e imaginar, ¿qué Lo que primero debemos saber es: en qué consiste la perfección cristiana, la verdadera vida espiritual.

Mucha gente se ha engañado y ha creído que la perfección y la santidad cristianas consisten en otras cosas que en realidad no lo son. Así, por ejemplo, hay quienes imaginan que para alcanzar la perfección o la santidad basta con dedicarse a muchos ayunos y grandes penitencias. Otras personas, especialmente las mujeres, creen que lo importante es dedicarse a muchas oraciones, escuchar misas, visitar templos y leer devocionales.

No faltan personas pertenecientes a comunidades religiosas que imaginan que para alcanzar la santidad basta con cumplir exactamente las normas de su comunidad y asistir a todas las reuniones y actos religiosos de su congregación.

No hay duda de que todos estos son medios poderosos para adquirir la verdadera perfección y la gran santidad, si se usan con prudencia y ayudan mucho a adquirir fuerza frente a nuestras propias pasiones y la fragilidad de nuestra naturaleza, sirven para defendernos de las asaltos y tentaciones de enemigos de nuestra salvación; Además, son muy eficaces para obtener de la misericordia divina la ayuda celestial que necesitamos para progresar en la virtud. Son útiles y necesarios, y más aún para principiantes.

SIGNIFICA SER SANTIFICADO

El Espíritu Santo está iluminando a las personas espirituales los medios para alcanzar la santidad. Enséñales a cumplir lo que dijo san Pablo: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, para que, enseñando a otros el camino de la santidad, no quede sin alcanzarla" (cf. 1Co 9, 27). Esto sirve para castigar al cuerpo por las rebeliones que tuvo en el pasado contra el espíritu, y para dominarlo y mantenerlo obediente a las leyes del Creador.

El Espíritu Divino también inspira a muchas almas a dedicarse a vivir como deseaba San Pablo: "Como ciudadanos del cielo" (Fil 3,20) y por ello las invita a dedicarse a la oración, la meditación y la reflexión sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. y no por curiosidad, ni para alcanzar alegrías sensibles, sino para apreciar mejor cuán grande es la bondad y misericordia de Nuestro Señor, y cuán aterradora es nuestra ingratitud y nuestra maldad.

A las almas que desean alcanzar la santidad, el Espíritu Divino les recuerda con frecuencia aquellas palabras de Jesús: "Si alguno quiere venir conmigo, niéguese a sí mismo, acepte su cruz diaria de sufrimiento y sígame" (Mt16,24). Y los invita a seguir a Cristo, imitando sus santos ejemplos, venciendo a sí mismo y aceptando con paciencia las adversidades. Para lograrlo será de gran utilidad asistir a los sacramentos, especialmente a los de la penitencia y la Eucaristía. Esto les permitirá adquirir nuevos vigor y adquirir fuerza y energía para luchar contra los enemigos de la santidad.

EL PELIGRO DE LAS ALMAS IMPERFECTAS

Hay almas imprudentes que consideran dedicarse a obras externas como lo más importante para adquirir perfección y santidad.

Algo desastroso y dañino

Para muchas almas dedicarse por completo a obras externas hace más daño que bien a su espíritu, no porque esas obras no sean buenas y recomendables, sino porque se dedican tan completamente a ellas que olvidan lo esencial y más necesario: sus pensamientos, sentimientos y actitudes. No dejes que tus malas inclinaciones se vuelvan locas; os exponen a muchas trampas y tentaciones de los enemigos del alma. (En este caso se podría repetir la frase que escribió San Bernardo a su antiguo discípulo Eugenio, entonces Sumo Pontífice: "Malditas ocupaciones", aquellas que pueden separarte de la vida espiritual y de la santificación del alma).

Una trampa

Los enemigos de nuestra salvación, al ver que la cantidad de ocupaciones que nos atraen y nos separan del verdadero camino que lleva a la santidad, no sólo nos animan a seguir practicándolas, sino que llenan nuestra imaginación de ideas quiméricas y falsas, tratando de convencernos. decirnos que dedicándonos a tantas acciones exteriores ya estamos conquistando un paraíso eterno maravilloso (olvidándonos de lo que dijo un santo: "Quisiera que los que están tan ocupados y preocupados con tantas obras exteriores se convencieran de que ganarían mucho más para su propia santidad y para el bien de los demás, si se dedicaran un poco más a lo espiritual y sobrenatural; de lo contrario, todo significará lograr poco, o nada, o menos que nada, porque sin vida espiritual todavía se puede hacer. más daño que bien").

Otra estafa

Hay otra trampa contra nuestra vida espiritual, y es que durante la oración vienen a la mente pensamientos grandiosos y hasta curiosos, conversaciones agradables sobre futuros apostolados y trabajos por las almas, y en lugar de dedicar este precioso tiempo a amar a Dios, adorarlo, pensar en sus perfecciones, dando gracias y pidiendo perdón por nuestros pecados, nos dedicamos a volar como diversas mariposas sobre muchos temas que no son la oración, e incluso como moscas azules que vuelan con imaginación, hacia los basureros de este mundo.

SEÑAL QUE MUESTRA EL GRADO DE PERFECCIÓN

Aunque una persona se dedica a muchos trabajos externos y dedica tiempo a fantasías e imaginaciones, la señal para saber hasta qué grado de perfección ha llegado su espiritualidad es descubrir qué cambio y transformación en su vida ha logrado con su comportamiento y costumbres. Porque si a pesar de tantos trabajos y proyectos siempre quieren ser preferidos a los demás, están llenos de caprichos y rebeldes, obstinados en su propia opinión, sin querer aceptar la opinión de los demás, sin preocuparse por aceptar la opinión de los demás, y sin preocuparse de observar sus propias miserias y debilidades, se dedican a observar con los ojos bien abiertos las faltas y miserias de los demás (repitiendo lo que tanto criticó Jesús: "miran la paja que hay en los ojos de los demás y no al rayo que llevan ante tus propios ojos"). Esto es señal de que el grado de su santidad es todavía muy bajo. Y si alguien se atreve a expresar algo en su propia opinión con críticas, comentarios o negaciones de demostraciones especiales de agradecimiento, estalla de ira e indignación. Y cuando les dicen que lo importante no es tanto el número de oraciones y devociones que tengan, sino la calidad y el amor a Dios y al prójimo que existe en estas prácticas piadosas, se irritan; se molestan y se inquietan y no lo aceptan de nadie.

Con esto demuestran que su santidad es aún muy pequeña. Y más aún si cuando

Nuestro Señor, para conducirlos a una mayor perfección, permite que les afecten enfermedades, contratiempos, pruebas y persecuciones, entonces manifiestan que su santidad es falsa porque estallan en quejas, protestas y aceptan conformar su voluntad. con la Santísima Voluntad de Dios.

UN PECADOR MUY DIFÍCIL DE CONVERTIR

La experiencia cotidiana enseña que un pecador manifiesto se convierte más fácilmente que aquel que se esconde y se cubre con el manto de muchas obras externas de virtud. Porque estas almas están deslumbradas y cegadas por su orgullo hasta tal punto que se necesita una gracia extraordinaria del cielo para convertirlas y liberarlas de su engaño. Siempre corren el nocivo peligro de permanecer en su estado de tibieza y postración espiritual porque tienen los ojos de su espíritu nublados por un enorme amor propio y por un deseo insaciable de que las personas los valoren y aprecien cuando realizan sus obras externas. que en sí mismos son buenos, buscan satisfacer su vanidad y se atribuyen muchos grados de perfección, en su presunción y orgullo, viven censurando y condenando a los demás. La perfección no consiste, entonces, en dedicarse a mucho trabajo externo. Porque como dice San Pablo: "Aunque haga las obras más maravillosas del mundo, si no tengo amor a Dios y al prójimo, nada soy" (1Co13).

¿CUÁL ES, ENTONCES, LA BASE PARA OBTENER LA PERFECCIÓN?

La base de la perfección y la santidad consta de cinco cosas:

1 a En conocer y meditar en la grandeza y bondad infinita de Dios, en nuestra debilidad y fuerte inclinación al mal. Es la gracia que San Francisco de Asís pidió en sus oraciones durante noches enteras, hasta que logró obtenerla: "Señor: concómete a ti mismo; llegar a conocerme."

dos a Aceptar ser humillados y someter nuestra voluntad no sólo a la Divina Majestad, sino a la persona que Dios ha puesto para dirigirnos, aconsejarnos y gobernarnos.

3 a Al hacer y sufrir todo únicamente por amor de Dios y salvación de las almas; alcanzar la gloria de Dios y poder agradar siempre a Él. De esta manera cumplimos el primer mandamiento que dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y sobre todas las cosas".

4 a Cumplir lo que Jesús exige: Niégate a ti mismo, acepta la cruz del sufrimiento que Dios nos permite alcanzar, sigue a Jesús imitando sus ejemplos; Aceptad su yugo, que es fácil y ligero, y aprended de Aquel que es manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,22).

5 a Seguir lo que aconseja san Pablo: imitar el ejemplo de Jesús que no se aprovechó de su dignidad de Dios, sino que se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y la muerte de cruz (cf. Fil 2).

GRAN TARIFA INICIAL PARA UNA COMPRA ENORME

Alguien dirá: "Son necesarias muchas condiciones". La razón es ésta: lo que se obtendrá no será una perfección cualquiera, ni una perfección cualquiera, sino la verdadera santidad. Por lo tanto, como lo que aspiran a lograr es de inmenso valor, las cuotas requeridas también son altas. Pero no son imposibles.

Aquí debemos repetir lo que dijo Moisés en Deuteronomio: "Los mandamientos que te son dados no están más allá de tus fuerzas, ni son algo extraño que no puedas practicar" (Dt30).

LUCHA DURA, PERO GRAN PREMIO

Escribimos para aquellos que no se contentan con llevar una vida mediocre, sino que aspiran a la perfección espiritual y la santidad. Para ello, es necesario luchar

continuamente contra las malas inclinaciones que cada uno siente hacia el vicio y el pecado; Dominar y mortificar los sentidos, buscar eliminar de nuestra vida los malos hábitos que hemos adquirido, lo cual no es posible sin una dedicación incansable y continua a la tarea de alcanzar la perfección y la santidad, tener siempre un espíritu dispuesto, entusiasta y valiente que no cesa. luchar para intentar ser mejores. Pero el premio que nos espera es muy grande, dice San Pablo: "Me espera una corona de gloria, que el Divino Juez me dará, y no sólo a mí, sino a todos los que con amor esperaron su manifestación" (cf. (2 Tim 4:8). "Pero nadie recibirá la corona si no ha luchado según las normas" (2Tm2,5).

ALGO QUE MUCHAS GRACIAS A DIOS

La guerra que tenemos que librar para alcanzar la santidad es la más difícil de todas las guerras, porque tenemos que luchar contra nosotros mismos, o como dice San Pedro: "Tenemos que luchar contra las malas inclinaciones de nuestro cuerpo que luchan contra el alma". (cf. 1P2,11). Pero precisamente porque el combate es más difícil y más largo, por eso mismo la victoria lograda es mucho más agradable a Dios y más gloriosa para quien logra vencer, porque aquí se cumple lo que dice el Libro Sagrado. : "Vale más el que se gobierna a sí mismo que el que gobierna una ciudad" (Pr 16,32). Controlar las pasiones, frenar las malas inclinaciones, reprimir los malos deseos y los malos movimientos que nos asaltan, es un trabajo que puede resultar más agradable ante Dios que si realizáramos obras brillantes que nos dieran fama y popularidad.

Y por el contrario, puede suceder que aunque hagamos muchas obras externas admirables delante de la gente, en cambio, no agrademos a Dios porque aceptamos en nuestro corazón seguir las malas inclinaciones de nuestra naturaleza y nos dejamos llevar. y dominado por pasiones desordenadas.

Por eso debemos tener cuidado de no contentarnos con dedicarnos a realizar un trabajo que nos gana fama y prestigio entre otros, mientras tanto dejamos que nuestros sentidos se extravíen, la sensualidad nos domina y los malos hábitos se adueñan de nuestro camino hacia el éxito. . Sería un error fatal.

Cuatro condiciones

Hemos visto en qué consiste la perfección o santidad espiritual y qué ventajas presenta. Abordemos ahora las cuatro condiciones necesarias para alcanzar esta perfección, obtener la palma de la victoria y ser vencedores en la batalla por salvar el alma y obtener una alta posición en el cielo. Estas cuatro condiciones son: Desconfiar de nosotros mismos, confiar en Dios, ejercitar las cualidades que tenemos y dedicarnos a la oración.

Los explicaremos en los siguientes capítulos.

LA CORONA DE PREMIO NO SE RECIBIRÁ SI NO LUCHA SEGÚN LAS NORMAS Y REGLAMENTOS (2Tm2,25)

CAPITULO 2

LA DESCONFIANZA QUE SE DETUVO EN TI MISMO

La desconfianza en uno mismo es sumamente necesaria en el combate espiritual, sin esta cualidad o condición, no sólo no podremos triunfar contra los enemigos de nuestra santidad, sino que tampoco podremos vencer la más débil de nuestras pasiones. Siempre se cumplirá lo que dijo la profetisa Ana en la Biblia: "El hombre no triunfa por sus propias fuerzas" (cf. 1S2,9). Y lo que anunció el profeta: "Mi pueblo dijo: 'Soy fuerte'. Sólo puedo resistir al enemigo. Y fueron entregados al poder de sus opresores".

Es necesario grabar profundamente esta verdad en nuestra mente, porque

lamentablemente sucede que aunque en verdad no somos más que nada y miseria, todavía tenemos una valoración falsa de nosotros mismos, creyendo sin ningún fundamento que somos algo, que podemos hacer algo, que podremos superar solos y con nuestras propias fuerzas.

Este error es desastroso y trae consecuencias fatales y es efecto de un orgullo dañino y muy desagradable a los ojos de Dios. Y si lo aceptamos, se cumplirá en cada uno lo que narra el salmista: "Pensé que estaba muy tranquilo; Nunca fallaré.

Pero tú, oh Dios, me quitaste tu ayuda, y caí en derrota y opresión" (Sal 30).

Tenemos que convencernos de que no hay virtud, cualidad o buen comportamiento en nosotros que no provenga de la bondad y misericordia de Dios, porque nosotros mismos, como dice San Pablo, no podemos ni siquiera decir por nosotros mismos que Jesús es Dios. "Toda nuestra capacidad proviene de Dios. Porque Dios es el que hace en nosotros la voluntad y la obra" (Fil 2,13). Por nuestras propias fuerzas lo que somos capaces de producir es: mal, imperfección y pecado.

La desconfianza en uno mismo es un don del cielo y Dios lo concede en mayor medida a las almas que ha destinado a una dignidad superior, hasta que puedan repetir lo que dijo aquella famosa mujer de la antigüedad, Santa Ildegarda: "Lo único que puedo ser absolutamente seguro de mí mismo, es mi terrible debilidad por el pecado y mi terrible inclinación al mal".

Un camino:

Dios lleva el alma a la duda, permitiendo que sobrevengan en su naturaleza tentaciones casi insuperables, caídas humillantes, reacciones inesperadas, inclinaciones indescriptibles, y dejándola por ciertos momentos en una noche tan oscura del alma que incluso rezar el Padre Nuestro. Se siente cansado y apático. De tal manera que se adquiere la convicción de total impotencia e incapacidad para caminar hacia la perfección y la santidad, si el poder de Dios no viene al rescate.

Las medicinas.

El principal remedio, de los cuatro que aconsejaremos, es pensar y meditar hasta convencernos de que por nuestras propias fuerzas naturales no somos capaces de dedicarnos a hacer el bien y evitar el mal, ni de comportarnos de tal manera que merecen entrar al Reino desde los cielos. Estas palabras de Jesús deben estar siempre en nuestra memoria: "Sin mí nada podéis hacer".

El segundo remedio es pedir a Dios con fervor y humildad, muchas veces la gracia de confiar en Él y desconfiar de nosotros mismos. Porque esto es un regalo del cielo y para lograrlo es necesario ante todo reconocer que no tenemos la desconfianza necesaria, luego convencernos de que no lograremos la desconfianza solo en nosotros mismos, sino que es necesario postrarnos humildemente. presentarnos ante el Señor y pedirle que la bondad infinita se digne concedernoslo. Y podemos estar seguros de que si perseveramos en pedir, eventualmente nos lo dará.

Hay un tercer remedio para adquirir dudas (en cuanto a alcanzar la santidad por sí solos) y consiste en acostumbrarnos poco a poco a no confiar en las propias fuerzas para mantener el alma sin pecado, y a sentir un verdadero temor de él. trampas que nos presentarán nuestras malas inclinaciones que siempre tienden al pecado; recordemos que existen innumerables enemigos que se oponen a alcanzar la perfección, que son incomparablemente más astutos y más fuertes que nosotros y pueden incluso hacer lo que ya temía San Pablo: "Se convierten en ángeles de luz, para engañarnos" (1Co11,14) y con con la apariencia de que nos llevan al cielo, ponen trampas contra nuestra salvación. Con el salmista podemos repetir: "¡Cuántos son los enemigos de mi alma, Señor! Y la odian con un odio cruel". Y sólo nos queda repetir el llamamiento del Salmo 12: "Señor, ¿hasta cuándo triunfarán los enemigos de mi alma? Que mi enemigo no pueda decir: Yo lo derroté: "No se alegren mis adversarios de mi fracaso".

El cuarto remedio es que cuando caemos en algún fracaso, reflexionamos sobre cuán

grande es nuestra debilidad e inclinación hacia el mal, y pensamos que probablemente Dios permite fracasos y caídas para iluminarnos mejor sobre la impresionante incapacidad que tenemos para lograr en nuestra vida. propia santificación y así aprendemos a ser humildes y a reconocer las limitaciones y a aceptar el menosprecio de los demás.

CONDICIÓN SIN LA CUAL NO ES POSIBLE

Si no aceptamos ser despreciados y humillados, nunca lograremos desconfiar de nosotros mismos, porque esta se basa en la verdadera humildad que nunca se logra sin recibir humillaciones y también se basa en el reconocimiento sincero de que para nosotros mismos no merecemos más que desprecio y humillación. . .

No esperes hasta que sea demasiado tarde

Es mejor aceptar las pequeñas humillaciones que nos llegan por debilidades y miserias cada día, y que esto no nos pase a nosotros como personas muy orgullosas y seguras de sí mismas que sólo abren los ojos para reconocer sus debilidades y malas inclinaciones cuando son grandes y vergonzosas. les suceden caídas. Les sucede lo que decía San Agustín: "Temo que caigáis en errores que os humillarán mucho, porque noto que sois muy orgullosos".

Cuando Dios ve que los remedios más fáciles y suaves no funcionan para hacer que la persona reconozca su incapacidad para resistir con sus propias fuerzas los ataques del mal y lograr su santificación, entonces permite que se produzcan caídas en el pecado, que serán más o menos frecuentes. y más o menos grave, según el grado de soberbia y presunción que tenga esa alma. Y si existiera una persona tan exenta y libre de esta vana confianza en las propias fuerzas, como la Santísima Virgen María, lo más seguro es que nunca caería en culpa alguna.

Buena consecuencia.

De todo esto debéis sacar la siguiente conclusión: que cada vez que cometáis un error, reconozcáis humildemente que solos, sin la ayuda de Dios, no sois capaces ni siquiera de fabricar un buen pensamiento ni de resistir una sola tentación y pedirla. concédete su luz e iluminación para convencerte de tu propia nada y de la absoluta e indispensable necesidad que tienes de la ayuda divina; y te propones no presumir ni pensar en vano que por tu propia voluntad alcanzarás la santidad o la virtud. Porque si crees en lo que no eres e imaginas que podrás hacer lo que no puedes, seguro que seguirás cometiendo los mismos errores de antes y quizás incluso cometas errores aún peores.

CAPÍTULO 3

CONFIANZA EN DIOS

Aunque la desconfianza en nosotros mismos es tan importante y necesaria en esta lucha, si lo único que tenemos es esta desconfianza, ciertamente seremos desarmados y derrotados por enemigos espirituales.

Es absolutamente necesario que tengamos gran confianza en Dios, que es el autor de todo el bien que nos sucede y el único de quien podemos esperar victorias en el campo espiritual. Porque assim como o que vamos conseguir sozinhos serão fracassos frequentes e quedas perigosas, que nos devem levar a viver sempre desconfiando das nossas próprias forças, também podemos ter a certeza de que da ajuda de Deus e da sua grande bondade podemos esperar a vitória contra os inimigos da nossa salvação, o progresso na virtude e o crescimento na perfeição, se desconfiando das próprias fraquezas e das más inclinações que temos e confiando muito no poder divino e no desejo que Nosso Senhor tem de nos ajudar, oramos de

todo o coração que venha ayudarnos.

LOS MEDIOS PARA LOGRAR LA CONFIANZA EN DIOS

Hay cuatro maneras de lograr progreso en la confianza en Dios.

La primera: pedir con frecuencia y con humildad, en nuestra oración. Jesús prometió: "Todo el que pide recibe. Mi Padre dará buen espíritu a cualquiera que pida" (Lucas 11:11).

La segunda manera es: pensar en el gran poder de Dios y en su infinita bondad, que lo mueve a conceder siempre mucho más de lo que se le pide.

Recuerda lo que dijo el ángel a la Virgen María: "nada es imposible para Dios" (Lc1,38).

Es muy útil pensar de vez en cuando que Dios, a través de su inmensa bondad y del exceso de amor con el que nos ama, está siempre dispuesto y dispuesto a darnos, cada hora y cada día, todo lo que necesitamos para la vida espiritual. y alcanzar la victoria contra el egoísmo y las malas inclinaciones, si lo pedimos con confianza filial. El Salmo 145 dice: "Dios satisface los buenos deseos de sus fieles".

ALGO PARA RECORDAR

Para aumentar la confianza en Nuestro Señor, pensemos que durante 33 años vivió en esta tierra en medio de sacrificios y sufrimientos, para salvar nuestras almas.

Recordemos que cada uno de nosotros somos la oveja perdida que por nuestro descuido se desvió del rebaño del Señor, y Él nos ha llamado noche y día para que una vez más podamos ser parte del grupo de quienes lo acompañarán en el camino. el cielo para siempre. Tuvo que derramar sudor, sangre y lágrimas para que volviéramos a ser una de sus fieles ovejas. Si se arriesgó a llegar tan lejos en busca de una oveja perdida, ¿cuánto más ayudará a los que lo buscamos y clamamos y suplicamos su ayuda? Al escuchar que la oveja grita desde el acantilado donde cayó, asustada por los aullidos de los lobos que ya se escuchan a lo lejos, el buen Pastor corre a protegerla y defenderla. Y Él no la humilla, ni la golpea, ni la culpa por su imprudencia, sino que la lleva amorosamente sobre sus hombros hasta donde está el grupo de ovejas que se mantuvo fiel. Consideremos que nuestra alma está representada en esa pobre oveja, que Jesús está inmensamente interesado en salvar de los peligros del mundo, del diablo y de la carne, tratando cada día de conducirla a la santidad.

la moneda perdida

Jesús narró el caso de aquella mujer que perdió una moneda de plata, que equivalía a un día de mercado para su familia y se dedica a barrer la casa y sacudir alfombras y muebles hasta encontrarla, muy feliz invita a los vecinos a felicitarla. por la gran alegría que siente por haber recuperado la moneda perdida. Y Jesús, en ese hermoso capítulo 15 del Evangelio de San Lucas en el que narra estas parábolas, nos dice que en el cielo, Dios y sus ángeles sienten una gran alegría por un alma que ya estaba perdida y que se recupera nuevamente para el Reino de Dios. Dios también siente la alegría de encontrar lo perdido. Y cada uno de nosotros puede brindar ese gozo al regresar nuevamente de nuestras vidas de pecado a una vida de gracia y santidad. Y la persona más interesada en que esto suceda es nuestro Divino Salvador.

Estoy en la puerta y llamo.

En el libro de Apocalipsis Jesús dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre la puerta de su alma, entraremos y cenaremos juntos" (Ap3,21). Con esto Nuestro Señor demuestra el gran deseo que tiene de vivir en nuestra alma, de dialogar con nosotros y de darnos sus dones y gracias. Y si viene tan dispuesto, ¿no

nos concederá los favores que deseamos?

El tercer remedio para lograr una gran confianza en Dios es revisar de vez en cuando lo que dice la Sagrada Escritura sobre la importancia de confiar en Nuestro Señor. Por ejemplo, el Salmo 2 dice: "Bienaventurados los que confían en Dios". Y el Salmo 19 dice: "Algunos confían en sus riquezas.

Otros confían en sus armas defensivas.

En cambio, confiamos en Dios y suplicamos su ayuda, mientras otros caen al suelo, nosotros logramos permanecer en pie". Quien confía en Dios no será rechazado por Él (cf. Sal 33). Quien confía en Dios verá que Él actuará a su favor. Soy viejo y nunca he visto a nadie que confiara en Dios y fracasara (cf. Sal 36). Quienes confían en el Señor son como el monte Sión: no se dejarán conmover ni derribar por ataques ni contradicciones (cf. Sal 124).

Quien confía en Dios será bienaventurado, prosperado y feliz (cf. Pr28).

77 veces dice la Sagrada Escritura que bendiciones, felicidad, paz, progreso y bendiciones llegarán a quienes depositen su confianza en Dios. Si lo dijo 77 veces, significa que esto es demasiado importante para que lo olvidemos.

Por eso el profeta exclamó: "¿Sabes a quién prefiere el Señor? Los que confían en su misericordia". Nadie jamás ha confiado en Dios y ha sido abandonado por Él (cf. Ecl2,11).

El cuarto y último remedio para lograr, al mismo tiempo, desconfianza en nuestras propias fuerzas y una gran confianza en Dios, es que cuando nos proponemos hacer alguna buena obra o alcanzar alguna virtud o cualidad, fijemos nuestra atención primero en las nuestras. .miseria, debilidad y luego en el enorme poder de Dios y en el deseo infinito que tiene de ayudarnos y de esta manera equilibraremos el miedo que proviene de nuestra incapacidad e inclinación hacia el mal, con la seguridad de que los poderosos nos ayudan. el bien que Dios quiere para nosotros, inspíranos y estaremos decididos a actuar y luchar con valentía. "Yo, más mis fuerzas y mis capacidades, lo mismo: nada. Pero yo, mis fuerzas, mis capacidades, más la ayuda de Dios, lo mismo: innumerables éxitos. "No es que nosotros mismos podamos hacer cualquier cosa, dice San Pablo: todas nuestras la suficiencia viene de Dios".

La orgullosa autosuficiencia conduce al fracaso.

La humilde confianza en Nuestro Señor logra éxitos formidables.

Las tres fuerzas: con desconfianza en nosotros mismos y confianza en Dios, junto con la oración constante, podemos realizar grandes obras y alcanzar maravillosas victorias. Hagamos la prueba y veamos efectos inesperados.

Pero si no sospechamos de nuestra miseria y no ponemos toda nuestra confianza en la ayuda de Dios, y si descuidamos la oración, acabaremos en tristes derrotas espirituales. Cuanto más confiemos en Dios, más favores recibiremos de él.

Recordemos siempre lo que el Señor le dijo a un gran santo: "No olvides que tengo el poder y la bondad para darte mucho más de lo que te atreves a pedir o desear". Esto es lo que ya había enseñado San Pablo hace tantos siglos (Ef 3,20).

SEÑOR: BENDITOS LOS QUE CONFÍAN EN TI (Sal 83)

CAPÍTULO 4

¿CÓMO PODEMOS SABER SI ACTUAMOS CON DESCONFIANZA EN NOSOTROS MISMOS Y CON CONFIANZA EN DIOS?

Muchas veces las almas que creen ser lo que no son, imaginan que ya lo han hecho. han alcanzado la desconfianza en sí mismos y la suficiente confianza en Dios, pero es un error y una equivocación que no se sabe bien sino cuando se cae en algún pecado, porque entonces el alma se inquieta, se desanima, se aflige y pierde la

esperanza de poder progreso en la vida, virtud; y todo esto es señal de que ella no confiaba en Dios, sino en sí misma, si su desesperación y su tristeza son muy grandes, este es un claro argumento de que confiaba demasiado en sí misma y poco en Dios.

Diferencia :

Quien desconfía mucho de sí mismo, de su debilidad e inclinación al mal y pone toda su confianza en Dios, cuando se equivoca no se desanima, ni se preocupa demasiado, ni se desespera, porque sabe que su las faltas son efecto natural de su debilidad y del poco cuidado que puso para aumentar su confianza en Dios; más bien, con esta amarga experiencia aprende a desconfiar más de sus propias fuerzas y a confiar con mayor humildad en la bondad de Nuestro Señor, odiando con toda su alma las faltas cometidas y las pasiones desordenadas que llevan a cometer estos errores; pero su dolor y su arrepentimiento son mansos, pacíficos, humildes, llenos de confianza en que la misericordia divina tendrá compasión de él y lo perdonará; Vuelve una vez más a sus prácticas de piedad y se propone enfrentar a los enemigos de su salvación con mayor coraje, fuerza y sacrificio que antes.

Una causa engañosa:

Al respecto, es importante que algunas personas espirituales piensen y consideren que cuando caen en alguna falta se angustian y desaniman excesivamente, muchas veces quieren más deshacerse de la inquietud y el dolor que les produce su pecado, que recuperarse. amistad plena con ellos nuevamente Dios; y si rápidamente buscan un confesor, no es tanto para agradar a Nuestro Señor, sino para recuperar la paz y la tranquilidad de su espíritu (por eso, cierto confesor le dijo a una monja que le dijo que había gritado a su superior que tarde: "Por hoy no te confieses todavía. Espera a que pasen tres días y cuando te hayas disculpado con tu superior, ven y pide perdón a través de tu confesor" en lugar de intentar primero hacer la paz y la amistad con Dios. y con la persona ofendida).

Preguntas muy importantes:

Cada uno debería preguntarse de vez en cuando: ¿cuál es la causa de la tristeza que siento por haber pecado? ¿Habiendo disgustado al buen Dios? ¿Habiendo lastimado a otras personas? ¿Tener horriblemente afeada mi alma que está siendo vigilada por Dios y sus ángeles? ¿Habiendo perdido cierto grado de brillo y gloria por la eternidad? ¿Habiéndome traído un castigo más para el día en que el Juez Justo pagará a cada uno según sus obras y según su conducta? ¿O es simplemente que mi autostima y mi orgullo han resultado heridos? ¿O que mi apariencia de santidad ha disminuido? Es importante que te preguntes esto con frecuencia.

CAPÍTULO 5

EL ERROR DE ALGUNAS PERSONAS QUE CONFUNDEN EL MIEDO Y EL PESIMISMO CON UNA CUALIDAD O VIRTUD

Hay un error muy común que consiste en creer que es una virtud, una buena cualidad desanimarse, desanimarse, dejarse vencer por la tristeza y el pesimismo cuando se comete un error, pues en estos casos casi siempre sucede que el la amargura por haber pecado no proviene principalmente del dolor de haber ofendido y disgustado a Dios, sino que el orgullo fue herido por la conciencia de la propia miseria y debilidad, la confianza que uno tenía en las propias fuerzas y capacidades para resistir el mal, totalmente fallido.

Peligro de gente orgullosa.

Normalmente las almas presuntuosas que se creen más capaces de ser buenas de lo que realmente son, no dan la debida importancia a los peligros que les sobrevendrán y a las tentaciones que les puedan sobrevenir, por eso cuando caen en una y la reconocen como una experiencia amarga cuán grande es su miseria y debilidad, se maravillan y se preocupan por su caída como si fuera algo nuevo y extraño, porque ven desmoronarse el ídolo del amor propio y la falsa confianza en sí mismo sobre el suelo en el que imprudentemente han depositado la esperanza. y, demostrando que son almas las que confían más en sus propias fuerzas que en la ayuda de Dios, se dejan llevar por la tristeza, el desánimo y pueden llegar incluso a la desesperación.

ALGO QUE NO LE PASA A LA GENTE HUMILDE

Esto no sucede con almas verdaderamente humildes que no confían en sus propias fuerzas o capacidad para resistir el mal, sino sólo en la ayuda y bondad de Dios, porque cuando caen en alguna falta, aunque sientan mucho dolor por haber ofendido el buen Dios, por haber manchado su alma y haber hecho daño a otros, no se sorprenden, ni se preocupan, ni se desaniman, porque saben muy bien que su caída es efecto natural de su terrible debilidad y de la impresionante inclinación que su naturaleza siente hacia el mal.

Estas almas repiten lo que dijo aquel antiguo santo: "Todo lo temo desde mi malicia, mi debilidad y mi inclinación al mal. Todo lo espero para la bondad y misericordia de Dios". Todos los días vemos la batalla entre la debilidad humana y la omnipotencia de Dios.

De hecho, se cumple lo que dicen los santos: "La humildad produce tranquilidad". De lo único que está seguro el hombre humilde es de su debilidad. Pero sigue siendo feliz si al mismo tiempo vive seguro de que la bondad de Dios nunca le abandonará. "Nunca os abandonaré", dice varias veces el Señor en la Sagrada Escritura.

No es de extrañar que un director espiritual le dijera a alguien que le pedía consejo: "Ya no eres santo porque ya no eres humilde".

Como los tres jóvenes en el horno (de los que habla el profeta Daniel), debemos decir: "Señor: hemos pecado. Por eso nos han sucedido tantas humillaciones en toda justicia".

San Agustín, al recordar los terribles y numerosos pecados de su vida, no se dedicó a lamentarse ni a desanimarse, sino a proclamar la maravillosa bondad de Dios que supo perdonarlo.

CAPÍTULO 6

AVISOS IMPORTANTES PARA ADQUIRIR DESCONFIANZA Y CONFIANZA EN DIOS

Como gran parte de la fuerza que necesitamos para superar los ataques de los enemigos de nuestra salvación depende de la desconfianza en nosotros mismos y de la confianza en Dios, recordemos algunas advertencias que son muy útiles para alcanzar estas dos cualidades.

UNA CONDICIÓN SIN LA CUAL NO SE PUEDE OBTENER NADA

En primer lugar, debemos tener en cuenta como una verdad que no admite discusión ni duda, que aunque tengamos todos los talentos y cualidades, ya sean naturales o adquiridos por nuestro propio esfuerzo, aunque tengamos una inteligencia prodigiosa, incluso si conocemos la Sagrada Escritura de memoria, hemos servido al Señor durante muchos años, estamos acostumbrados a servirle y a comportarnos bien, siempre seremos absolutamente incapaces de obedecer debidamente al Creador y cumplir plenamente con nuestras obligaciones, si la fuerza

poderosa de Dios con especial protección no fortalece nuestro corazón en cada ocasión que se presenta en nuestro camino para hacer el bien y evitar el mal, para hacer algunas buenas obras o para vencer alguna tentación, para escapar del peligro o para poder llevar la cruz de la tribulación.

Es necesario grabar profundamente esta verdad en nuestra memoria, no dejar pasar un día sin meditarla, considerarla, y así iremos evitando poco a poco el defecto llamado presunción, que consiste en creernos más capaces de ser buenos y dejar de serlo. ser malos, de lo que realmente somos, y así evitaremos confiar imprudente e imprudentemente en nuestras propias fuerzas.

Algo fácil para Dios.

Respecto a la confianza en Dios, recordemos lo que dice el Libro Sagrado: “Es muy fácil para Dios darnos la victoria contra todos los enemigos de nuestra alma, sean pocos o muchos, fuertes o débiles, viejos y experimentados. o joven y exaltado” (1S 14,6).

De este principio fundamental sacaremos la conclusión de que aunque el alma sea atacada por todos los pecados y vicios, llena de imperfecciones, malas costumbres y horrendas inclinaciones, incluso después de haber hecho todos los esfuerzos por reformar las costumbres, no se nota ningún progreso en la virtud. siente y reconoce en sí mismo una mayor inclinación al mal y una mayor facilidad para pecar, no por ello se debe perder el coraje y la confianza en Dios, ni dejar de luchar, ni abandonar las prácticas de la piedad, sino dedicarse con mayor entusiasmo a tratar de hacerlo. el bien y evitar el mal, porque en este combate espiritual no se declara vencido quien nunca deja de luchar y confiar en Dios, quien nunca deja de ayudar con su ayuda y alivio a quienes lo aman.

Salen victoriosos, aunque él muchas veces permite que sean derrotados. Si cuentas con la ayuda de Dios podrás perder batallas, pero nunca perderás la guerra.

CAPÍTULO 7

CÓMO APROVECHAR BIEN LOS DOS PODERES QUE RECIBIMOS: COMPRENSIÓN Y VOLUNTAD

Si en el combate espiritual tuviéramos sólo dos armas: la confianza en Dios y la desconfianza en nosotros mismos, lo más probable es que no lograríamos superar nuestras pasiones y caeríamos en muchos errores graves. Por eso es necesario añadir a estas dos cualidades otras dos cualidades muy importantes: hacer buen uso de nuestro entendimiento y fortalecer nuestra voluntad.

LAS DOS ADICCIONES QUE ATACAN LA COMPRENSIÓN

Hay dos grandes vicios que pervierten y causan mucho daño al entendimiento, y son la ignorancia y la vana curiosidad. (La comprensión es la facultad o aptitud o habilidad que tenemos para comparar, juzgar, razonar o sacar conclusiones).

El primer defecto: la ignorancia. Esto consiste en no saber lo que deberíamos saber, lo que deberíamos saber. La ignorancia impide al entendimiento poseer y conocer la verdad, que es el objeto para el cual fue hecha la inteligencia. Es sumamente necesario que el alma que desea alcanzar la perfección se esfuerce por adquirir cada día más conocimiento espiritual y busque conocer cada vez mejor lo que debe hacer para alcanzar la perfección y adquirir virtudes, y lo que debe evitar. para superar pasiones.

¿CÓMO SE OBTIENEN LAS LUCES QUE DISPONEN DE LA IGNORANCIA?

La oscuridad de la ignorancia retrocede con dos luces muy especiales. La primera de estas luces es la oración, pidiendo frecuentemente al Espíritu Santo que nos ilumine

sobre lo que debemos hacer, decir y evitar. Jesús dijo: "Mi Padre Celestial dará el Espíritu Santo a cualquiera que se lo pida" (cf. Lc 11,15). Y luego añade: "El Espíritu Santo os guiará a la plena verdad y os recordará todo lo que os he dicho" (Juan 16,13). El Espíritu Santo nos hablará muchas veces a través de las Sagradas Escrituras (si las leemos), especialmente de los Santos Evangelios. También nos hablará a través de la lectura de libros piadosos (si estamos dispuestos a reservar algo de tiempo para dedicarnos a la lectura) y muchas veces a través de los predicadores y superiores religiosos que Dios ha puesto para guiarnos. Jesús dijo de ellos: "El que los oye, a mí me oye" (cf. Lc 10,16). Por eso es tan importante mantener nuestro juicio y parecernos a nuestros superiores y guías espirituales.

La eliminación de nuestra ignorancia depende en gran medida de la intervención del Espíritu Santo. Necesitamos dejarnos programar por el Espíritu Santo. Debemos investigar qué quiere el Espíritu Divino de nosotros. No se puede hablar bien, pensar correctamente ni actuar como Dios verdaderamente desea sin la iluminación del Espíritu Santo. Por eso es necesario decirle muchas veces y todos los días "Ven Espíritu Santo". Es la fuente inagotable de la imaginación y las buenas ideas. Nos brinda una nueva forma de mirar y apreciar a las personas, el mundo, la historia y a nosotros mismos. Ele é o grande pedagogo ou professor que nos ensina a amar, a aproveitar bem a nossa liberdade, o tempo, os dons e qualidades que Deus nos deu e a saber em cada caso o que mais agrada a Deus e o que é que Nosso Senhor no gusta.

La segunda luz para alejar la ignorancia es dedicarnos continuamente a considerar, analizar las situaciones que se presentan y las cosas que queremos decir o hacer, para examinar si son buenas y buenas para nosotros o malas y pueden perjudicarnos, calificando lo que son. valen, no por las apariencias ni según la opinión del mundo, como dice la Escritura: "Dios no mira lo que aparece fuera, sino la santidad del corazón y el valor interior" (1S 16,7) y los valora según la idea inspirada por el Espíritu Santo. Esta forma de analizar y valorar las cosas y situaciones nos hará saber con claridad que lo que el mundo ama y busca con tanto ardor es ilusión y mentira; que los honores y placeres de la tierra no son más que aflicciones y humo que se lleva el viento, como dice el Eclesiastés: "Vanidad de vanidades, todo vacío y aflicción de espíritu" (Eclesiastés 1).

La luz del Espíritu Santo nos hará ver que las humillaciones, ofensas y desprecios que nos dan son ocasiones para que alcancemos la verdadera gloria en el cielo; que perdonar y hacer el bien a quienes nos han ofendido es señal de que nosotros también seremos perdonados por Dios y que no seremos castigados con toda la severidad que merecen nuestros pecados; que ser bueno con todos, incluso con los malos e ingratos, es hacernos semejantes al Dios bueno que hace llover sobre buenos y malos y hace brillar el sol hasta sobre los más ingratos.

El Espíritu Santo, si lo invocamos con fe, nos convencerá de que es mejor renunciar a los placeres del mundo que vivir disfrutando de todo lo que deseamos.

Esta recompensa es mucho mayor por obedecer humildemente que por dar órdenes a muchos. Que conocer y reconocer humildemente lo que somos es una ciencia que nos beneficia más que todas las demás ciencias que pueden llenarnos de orgullo. Que vencer, controlar los malos deseos y las malas inclinaciones e ir en contra de muchos pequeños deseos que no eran tan necesarios, puede darnos una gran personalidad, y se cumplirá en nosotros lo que decía el Libro Sagrado: "Quien se domina a sí mismo vale más que el que gobierna una ciudad" (Pr 16:32).

CAPÍTULO 8

LAS CAUSAS QUE NOS IMPIDEN JUZGAR Y CALIFICAR ADECUADAMENTE LAS SITUACIONES Y LAS NORMAS QUE SE DEBEN OBSERVAR PARA CONOCERLAS BIEN

Una razón muy importante por la que no juzgamos o calificamos adecuadamente las situaciones y las cosas es porque tan pronto como se nos presentan nuestra imaginación se deja llevar inmediatamente por la simpatía o la antipatía hacia ellas,

la simpatía y la antipatía por la razón ciega y así desfigura a las personas, las situaciones. y cosas que nos parecen diferentes de lo que realmente son.

Una medicina.

Si queremos estar libres de este grave peligro, debemos estar alerta para no opinar sin más, de forma precipitada, dejándonos llevar simplemente porque nos guste o no.

Cuando se presenta a la mente una situación, una persona, un objeto, una acción, es necesario darse tiempo para juzgarla y examinarla lentamente, sin pasión, sin mucha simpatía o antipatía, antes de que la voluntad decida amarla u odiarla. , aceptarlo o rechazarlo, declararlo agradable o desagradable.

Si la voluntad, antes de analizar y conocer bien el objeto, se inclina a amarlo u odiarlo, entonces el entendimiento ya no es libre de conocerlo tal como es verdaderamente en sí mismo, porque la pasión lo desfigura de tal manera que lo obliga a hacerlo. se forma una idea falsa y luego se inclina a amarla u odiarla con vehemencia y no cumple reglas o medidas ni escucha lo que aconseja la razón.

Y dejándose llevar por la inclinación natural, el entendimiento se oscurece cada vez más y representa a la voluntad el objeto o más odioso o más amable que antes, de modo que si la persona no se esfuerza por no dejarse llevar alejada por prejuicios e inclinaciones, su comprensión y su voluntad la harán caminar en un círculo vicioso que va de error en error, de abismo en abismo y de oscuridad en oscuridad. Por eso, aunque algo nos apasione, lo mejor es abstenerse de juzgar sobre ello hasta que la pasión se calme.

Prudencia .

Hay que tener mucho cuidado de no tener un afecto desmedido por las cosas antes de examinarlas o saber lo que realmente son en sí mismas, con la luz de la razón, especialmente con la luz sobrenatural que el Espíritu Santo envía a quienes oran con fe. obtener la luz de la prudencia que se puede obtener consultando a quienes conocen la materia.

También lo que es bueno.

Notemos que esta prudencia, de no dejarse llevar por la mera inclinación antes de juzgar, es necesaria no sólo en lo que puede ser peligroso, sino también en lo que es bueno en sí mismo, porque en estas obras, como son dignas de admiración y aprecio. , puede existir el peligro de dejarse llevar más por el propio gusto que por la conveniencia. Pues basta que exista una circunstancia de tiempo, o un lugar que no sea conveniente para estas obras, para que no sea conveniente realizarlas en ese momento.

Por eso hay que saber consultar siempre a quienes saben.

No todo se puede decir en todas partes y no siempre se puede hacer todo, aunque sean cosas muy buenas, porque todo tiene su tiempo y su lugar, si no se siguen las reglas de la prudencia, incluso cuando se dedica a obras muy buenas, A menudo se pueden hacer cosas absurdas. Por eso es tan necesario pedir al Espíritu Santo el Don del Consejo mediante el cual sepamos cuándo, dónde y cómo debemos hacer y decir lo que debemos hacer y decir.

Orden diario.

Un santo decía que todos los días debemos pedir al Espíritu Santo que nos conceda la virtud de la prudencia, que es la que nos enseña cuándo, cómo y dónde debemos decir y hacer cada cosa. ¿Pedimos de vez en cuando al Espíritu Divino que nos

conceda la virtud de la prudencia? Si no preguntamos, empiece a preguntar hoy.

CAPÍTULO 9

OTRO VICIO DEL QUE DEBEMOS LIBERAR EL ENTENDIMIENTO PARA QUE SEPA Y JUZGUE BIEN LO QUE ES ÚTIL

El segundo vicio o defecto que puede causar mucho daño a nuestro entendimiento es la vana curiosidad, llenando nuestra mente de una serie de pensamientos y conocimientos inútiles que nos hacen más daño que bien.

Hay muchas cosas y muchos acontecimientos que por no saber nada nos perdemos, pero descubrirlo llena nuestra mente de distracciones inútiles. Deberíamos estar muertos al conocimiento que no ayuda a nuestra santidad y perfección espiritual. El viejo proverbio decía: “Con noticias curiosas y nuevas no te preocuparás, se volverá vieja y ya la sabrás”.

Es necesario recoger nuestro entendimiento para no dejar que se difunda en vano a través de un montón de noticias y conocimientos profanos y mundanos que sólo servirán para dispersar nuestra mente y no nos permitirán recoger ni meditar con calma. ¿Por qué insistir en lo que no me sirve para mi santificación?

LA MEJOR CIENCIA

Cada uno de nosotros debe repetir con san Pablo: “No deseo más que conocer a Jesucristo y a Jesucristo crucificado” (1Co 2,2). Conoce su vida, su muerte, resurrección, ascensión y glorificación; entender sus mensajes, imitar sus buenos ejemplos, recordar lo mucho que hizo y sigue haciendo por sus seguidores, lo que pide y quiere de cada uno de nosotros.

NUBES SIN AGUA

De otras cosas, especialmente aquellas que no son necesarias para alcanzar nuestra santificación y salvación, que no nos ayudarán a ser útiles a los demás y crecer en la virtud, ¿por qué vivir queriendo conocerlas? Hay tantas cosas que nada se pierde con ignorarlas y, al contrario, conocerlas llena de inquietud el corazón. Se cumple así lo que decía el sabio Séneca en el siglo I: “Cuanto más curiosamente me dedicaba a conocer los detalles de la vida de los seres humanos, menos buen ser humano me volvía”. San Judas Tadeo llama a este conocimiento: “Nubes sin agua, árboles sin frutos, olas que sólo traen espuma” (Judas 12).

Cuando queramos saber algo, preguntémosnos: ¿será esto beneficioso para mi santificación o para el bien que puedo hacer a los demás? Si no lo es, dedicarme a investigarlo y querer saberlo podría ser una curiosidad dañina, o incluso una trampa para los enemigos de mi salvación, que quieren llenar mi cerebro de cucarachas que no dejan pasar el maná de la sabiduría celestial. estar bien conservado allí.

Si seguimos esta regla nos liberaremos de muchas preocupaciones inútiles, porque cuando el enemigo del alma ve que no puede obligarnos a cometer errores graves, pretende llenarnos de preocupaciones para quitarnos la paz. Y así, si no puede conseguir que dejemos de orar, al menos pretende llenarnos de pensamientos e imaginaciones durante la oración, para que no centremos nuestra atención en Dios, en su gloria, en su poder y en su bondad en el gracias y bendiciones que queremos alcanzar, pero en la infinidad de proyectos fantásticos y recuerdos de hechos que conocemos. Y así logra que, en lugar de arrepentirnos de nuestra maldad y aborrecer el pecado y tomar firmes propósitos de corregir nuestra propia vida, en lugar de llenarnos de actos de amor a Dios y deseos de perseverar en su santa amistad hasta la muerte, nos dediquemos a distrayéndonos en pensamientos vaporosos que incluso pueden llenarnos de orgullo y presunción, creyendo que ya somos lo que planeamos ser y que ya no necesitamos director espiritual ni correcciones. Y nos hace cometer el gran error de convencernos de que ya somos

buenos, sólo porque planeamos serlo. (Y desde pensar en ser hasta llegar a serlo, hay un abismo inmenso).

Enfermedad incurable.

Esta enfermedad es muy peligrosa y casi incurable, porque cuando los pensamientos están llenos de nuevas teorías, ideas fantásticas y planes locos, la persona se convence de que es mejor que los demás (solo porque planeó serlo, sin llegar a serlo, ni remotamente todavía). . .

¿Quién podrá desengañarlo? ¿Cómo puedes admitir tu error? ¿Cómo puedes dejarte guiar por un director espiritual prudente si ya te imaginas como una autoridad espiritual? Son los ciegos guiando a los ciegos; el orgullo ciego guía la comprensión ciega a través de la vanidad. Por otro lado, deberíamos repetir con el antiguo sabio: "En cuestiones del espíritu sólo sé que no sé nada", aunque el orgullo quiera convencernos de que somos más sabios que Salomón.

CAPÍTULO 10

CÓMO EJERCER TU VOLUNTAD. Y EL FIN AL QUE DEBEMOS HACER TODAS LAS COSAS

Já vimos como evitar os defeitos que podem prejudicar o entendimento, e agora vamos estudar como evitar o que pode prejudicar a vontade, para que possamos assim chegar a tal grau de perfeição que renunciando às nossas próprias inclinações, o que buscamos é cumprir sempre a santa Voluntad de Dios.

Una condición.

Es necesario enfatizar que no basta con querer y tratar de hacer siempre lo que Dios manda y desea, sino que también es necesario querer y hacer estas obras para agradar a Nuestro Señor.

Una trampa.

Es necesario dominar tus propias inclinaciones. Porque la naturaleza, desde el pecado original, está tan inclinada a entregarse a sí misma, que en todas las cosas, incluso en las más espirituales y santas, lo primero que busca es su propia satisfacción y deleite. Y luego hay un peligro, y es que cuando se nos presenta la oportunidad de hacer un buen trabajo, podemos dedicarnos a hacerlo y amarlo, pero no porque sea la voluntad de Dios o para agradarle a Él, sino para agradar a nuestros deseos, inclinaciones y obtener las satisfacciones que encontramos cuando hacemos lo que Dios manda.

E incluso en lo más santo, por ejemplo en el deseo de vivir en continua comunicación con Dios, puede ser que busquemos nuestro propio interés más que alcanzar su gloria y cumplir su santa Voluntad, y esta última debe ser el único objeto que debe sea propuesta a quienes lo aman, lo buscan y quieren cumplir su Ley divina.

Recurso.

Para evitar este peligro, que es muy perjudicial para todo aquel que desee alcanzar la perfección y la santidad, es necesario resolver, con la ayuda del Espíritu Santo, no querer ni realizar acción alguna, excepto con el único fin de agradar a Dios. y cumpliendo Su Santísima Voluntad, para que Él sea el principio y el fin de todas nuestras acciones. Es necesario imitar lo que hizo el Papa San Gregorio Magno, quien mientras escribía sus admirables obras, de vez en cuando suspendía su trabajo y decía: "Señor, es para Ti, es para Tu gloria. Es para la salvación de almas Que nada de lo que haga sea para complacer mis inclinaciones y afectos, sino para

que tu santa Voluntad se cumpla siempre en mí."

Técnica.

Es muy conveniente que cuando se presente la oportunidad de hacer una buena obra, primero elevemos una oración a Dios para pedirle que nos ilumine si es su voluntad que la hagamos, y luego nos examinemos para ver si lo que estamos lo que vamos a hacer es por nosotros., por favor a nuestro Señor. De esta manera, la voluntad se acostumbra a querer lo que Dios quiere y a actuar con el único motivo de agradarle y alcanzar su mayor gloria. Conviene proceder del mismo modo cuando queremos rechazar y dejar de hacer algo. Primero eleva tu espíritu a Dios para pedirle que te ilumine si realmente quiere que no hagamos esto y si al no hacerlo le estamos agradando. Conviene decir de vez en cuando: "Señor: ilumínanos lo que debemos decir, hacer, evitar y obligarnos a hacer, decir y evitar".

Engaños secretos.

Es importante recordar que son grandes y muy poco conocidos los errores que nos comete la naturaleza corrupta, lo que con pretextos hipócritas nos hace creer que lo que buscamos con nuestras obras no tiene otro fin que agradar a Dios. Y de aquí viene que nos entusiasmos por algunas cosas y rechazamos otras sólo para complacernos y satisfacernos, pero mientras tanto seguimos convencidos de que este entusiasmo o repulsión se debe sólo a nuestro deseo de agradar a Dios o a nuestro miedo de ofenderlo. . . Hay un remedio para esto; rectificar continuamente la intención y proponernos seriamente dominar nuestra vieja condición inclinada al pecado y reemplazarla por una nueva condición dedicada exclusivamente a agradar a Dios; o como decía san Pablo: "Renunciad al viejo hombre con sus vicios y concupiscencias y vestíos del nuevo, conformado en todo a Jesucristo" (cf. Col 3,9).

Un método.

San Bernardo decía de vez en cuando a su soberbia, sensualidad, vanidad y amor propio: "No fue por ti que comencé esta obra ni es por ti que la seguiré haciendo". Y otro santo repitió: "El día de la recompensa eterna, sólo las obras que he hecho por Él y por el bien de los demás me servirán para recibir las felicitaciones de Dios. Todo lo que haya hecho para complacer mi vanidad o mi sensualidad, lo habré perdido para siempre. Mi fin sería muy triste si el Señor tuviera que decirme como lo hizo a los fariseos: "¿Hizo todo lo posible para ser felicitado y estimado por el pueblo, o para complacer sus gustos? Bueno, ya recibió su recompensa el día tierra. No esperes nada del cielo."

El timón.

Quien gobierna un barco necesita estar continuamente guiándolo en la dirección que pretende ir, porque al primer descuido que cometa, las olas y el viento arrojarán el barco en una dirección completamente distinta. Lo mismo ocurre con nuestras acciones. Necesitamos reavivar y reafirmar continuamente la intención de hacer todo para Dios y sólo para Él, porque el amor propio es tan traicionero que el más mínimo descuido nos hace cambiar de intención, y lo que empezamos a hacer para Dios fácilmente lo podemos dejar de hacer. haciendo justo lo que nos gusta. Y sería una gran pérdida.

Un síntoma o señal de advertencia.

Sucede muchas veces que cuando una persona se dedica a hacer una buena obra, no sólo para agradar a Dios, sino sobre todo para satisfacer sus gustos e inclinaciones, cuando Dios le impide progresar en su trabajo por alguna enfermedad, accidente o falta económica, ante la oposición de superiores o vecinos, se enoja, se

irrita, se inquieta, comienza a murmurar, a quejarse y llega a decir que Nuestro Señor debería ser más compasivo y generoso con su trabajo. Y se sigue que lo que le movía no era sólo complacer al Creador, sino satisfacer sus propios intereses. Bueno, si fuera sólo por Dios, tranquilamente le permitiría llevar su obra a un final feliz cuando quisiera, si fuera para su mayor gloria, y si no lo fuera, la dejaría desaparecer, porque entonces no. No merecemos seguir existiendo.

Examen.

Por eso todo el mundo debería hacerse esta pregunta de vez en cuando: ¿realmente me preocupo si los trabajos que hago no salen rápido o no salen según mis planes? Me molesto si el Señor, con los acontecimientos que permite que me sucedan, me dice: “Aún no es el momento... ¿hay que esperar un poquito más?” Tengo que recordar que lo importante no es que mis obras tengan mucho éxito en la tierra, sino que Dios esté contento con lo que hago. Que no es la acción la que tiene valor, sino la intención con la que se realiza.

Algo que aumenta mucho el valor.

La intención de hacer todo por amor de Dios y para su mayor gloria aumenta tanto el valor de nuestras obras que, aunque tienen muy poco valor en sí mismas, si se hacen puramente para Dios, se vuelven más valiosas y gratificantes que otras. obras, aunque tienen mayor valor en sí mismas, si se realizan con otros fines. Por ejemplo, una pequeña limosna que se le da a un pobre (pequeña, pero nos cuesta. Porque lo que no cuesta es basura y no tiene recompensa) si esa pequeña limosna se da por amor a Dios, porque el prójimo representa a Jesucristo. , puede tener un precio más alto y obtener un premio mayor, que los enormes gastos que se hacen en obras brillantes, pero para aparecer y ganarse la admiración de los demás.

Algo que no es fácil.

No nos engañemos ni nos engañemos. Esto de hacer todo siempre por puro amor a Dios no será fácil al principio, pero parecerá muy difícil. Pero con el tiempo esto no sólo será fácil, sino incluso placentero, y poco a poco nos acostumbraremos a hacer todo por amor del buen Dios, de quien recibimos todos los bienes que tenemos.

Como la piedra filosofal.

Los antiguos creían en la leyenda de que había una piedra que convertía en oro todo lo que tocaba. La llamaron la “piedra filosofal” y la buscaron por todas partes y, como es de suponer, nunca la encontraron porque tal piedra no existe. Pero en lo espiritual existe, y consiste en lo que hemos recomendado: ofrecer todo lo que hacemos únicamente por amor a Dios y para agradarle a Él. La acción que ofrecemos a Dios automáticamente se convierte en oro para la vida eterna. Con un precio muy alto por la eternidad. Por eso es consensuado que a partir de hoy comencemos a intentar adquirir la muy buena costumbre de encaminar todo lo anterior hacia un solo fin: el amor y la gloria de Dios.

ALGO QUE SE PUEDE LOGRAR PREGUNTAR

Es necesario recordar que este formidable hábito de hacer todo para Dios y sólo para Él no es algo que el ser humano podrá lograr sólo a través de sus esfuerzos y propósitos. Esto es algo importado del cielo, y si Nuestro Señor no nos lo concede por su gracia especial, no lo obtendremos. Por eso debemos pedir mucho en nuestras oraciones. Y para animarnos a cumplirlo debemos meditar frecuentemente en los innumerables beneficios y favores que Dios nos ha hecho y continúa haciéndonos continuamente, considerando que todo esto lo hace por puro amor y

sin ningún interés de su parte. .

“NO PUEDEN CREER SI LO QUE BUSCAN ES LA GLORIA Y ALABACIÓN QUE VIENE DE OTROS, Y NO LA GLORIA QUE VIENE DEL ÚNICO DIOS”. (Juan 5, 44) 31

CAPÍTULO 11

ALGUNAS COSAS QUE DEBEMOS PENSAR PARA MOVER LA VOLUNTAD DE BUSCAR, EN TODAS LAS COSAS, GRACIAS A DIOS

Hay algunas verdades que, si meditamos y recordamos, moverán la voluntad de querer en todas nuestras acciones y en todos nuestros comportamientos, buscar que Dios se agrade con lo que hacemos, lo que decimos y pensamos. Son los siguientes:

1º Considera cuánto ha hecho el amor de Dios por nosotros. Por ejemplo: nos creó de la nada. Nos dio un alma hecha a su imagen y semejanza. Nos dio dominio sobre las criaturas irracionales para que nos sirvieran. Cuando estábamos en peligro de perdernos para siempre, él no envió un ángel para salvarnos, sino a su propio Hijo. Y él no nos redimió ni pagó el precio de nuestra liberación con oro y plata, sino con la preciosa sangre de su Santísimo Hijo. Y para que pudiéramos luchar con éxito en la vida, nos dejó como alimento el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

2º Pensar que Dios vive defendiéndonos en todo momento. El Salmo dice: “Tu guardián no duerme”. El que cuida del pueblo elegido no duerme ni deja de mirar ni un momento. “El Señor os guarda a su sombra, está a vuestra derecha protegiéndoos, dispuesto a defenderos de todo mal” (cf. Sal 120). Y otro salmista exclama: “Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor Dios no me abandonará jamás” (cf. Sal 27). ¿Qué mejor prueba o demostración de amor podría darnos el buen Dios? Por eso debemos amarlo intensamente.

3º Recordad cuánto nos estima nuestro Creador. Puede repetirnos lo que dijo a través del Profeta: “¿Qué más podría haber hecho por vosotros que no hice?” Es tan grande su estima por cada uno de nosotros y es tan grande su deseo de salvarnos y santificarnos, que nos envió desde el cielo el mejor tesoro que tenía: su propio Hijo. Y le permitió morir en la cruz con la más ignominiosa de las muertes para poder pagar nuestras deudas con la Justicia Divina y obtenernos un lugar en la gloria eterna. Y este Jesús se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado. Y aprendió a través del sufrimiento a comprender a quienes sufrimos. Debemos honrar a quienes nos honran. Esto es lo que intentan hacer los grandes de la tierra. ¿Y quién nos ha honrado más en toda la existencia que Nuestro Señor? Nos hizo hijos suyos, hermanos de su Hijo Jesucristo, templos del Espíritu Santo y herederos del cielo. Esperamos que recordemos de vez en cuando estas demostraciones de aprecio y cariño que Él nos ha dado, para que en su lugar también ofrezcamos amor y gratitud.

AMAMOS A DIOS PORQUE ÉL NOS AMÓ PRIMERO (San Juan)

CAPITULO 12

LAS FUERZAS QUE HACEN LA GUERRA ENTRE NOSOTROS

En cada uno de nosotros hay dos grandes fuerzas que hacen la guerra sin cesar. Una es la voluntad superior, la fuerza espiritual, que guiada por la razón y la fe quiere elevarnos a comportamientos propios de un ser racional, de alguien que es Hijo de Dios, y cuyo destino es la vida eterna en el cielo. La otra gran fuerza, que se llama inferior, es una fuerza material, guiada por las pasiones, por las inclinaciones

de la naturaleza carnal y, a menudo, por las atracciones de lo mundano, sensual y las tentaciones del diablo. Esta segunda fuerza llamada "apetito sensitivo" no podrá conducirnos al mal si la voluntad guiada por la razón e iluminada por el Espíritu Santo la detiene, domina y guía.

Una guerra continúa.

San Job decía que la vida de la persona humana en esta tierra es como el servicio militar en tiempos de guerra, o como la jornada del trabajador en tiempos de gran trabajo. La guerra espiritual entre la voluntad superior guiada por la razón y la voluntad inferior guiada por las pasiones durará toda la vida. Desde el momento en que recordemos hasta nuestro último aliento, esta guerra será total y sin tregua. Habrá momentos de mayor paz y otros de mayor combate, pero la lucha nunca cesará en esta tierra. Aquí se cumple lo que Jesús anunció: "No he venido a traer paz, sino guerra" (cf. Mt 10,34).

Los cuatro caballos.

Un autor antiguo decía que la persona humana viaja por este mundo en un carruaje tirado por cuatro caballos. Dos blancos y dos negros. Los dos objetivos son la razón y la voluntad. Y los dos negros son pasiones y malas inclinaciones. Y para saber dónde va a parar cada uno tenemos que descubrir a quién dejamos a cargo, si a Dios o al diablo, o al egoísmo. Si es Dios quien nos dirige con sus santas inspiraciones, el fin será la gloria y la santidad eterna. Pero si nos dejamos guiar por el diablo y sus tentaciones, el final será el mal e incluso la condenación eterna. ¿Quién conduce mi carroza hoy?

La peor desgracia.

Así como haber recibido de Dios el placer de orar y pensar en lo celestial y lo sobrenatural es un regalo maravilloso por el cual nunca podremos estar suficientemente agradecidos, de la misma manera, la peor desgracia espiritual que le puede suceder a una persona es quizás contraer una enfermedad. enfermedad, un hábito, adquirir un mal hábito. No hay nada que te esclavice más que un mal hábito. No es de extrañar que Jesús dijera: "Todo aquel que comete pecado se hace esclavo del pecado" (Juan 8:34). Quienes en su juventud adquirieron algún mal hábito, facilidad para realizar alguna mala acción, adquirida por repetición, sufren un dolor indescriptible cuando intentan corregir su mala vida y romper las cadenas que los esclavizan al mundo y a la carne, cambiar su vida y comienza a consagrarse enteramente al servicio de Dios. Porque su voluntad se ve tan poderosamente contrariada por sus malos hábitos y tan debilitada por la frecuente repetición de malos actos, que ahora sienten como si tuvieran una segunda naturaleza y los golpes que reciben de sus malas inclinaciones son tan fuertes y violentos que sin una gracia o ayuda especial de Dios no podrá resistir sin caer continuamente. Se cumple así lo que dijo San Pablo: "Hago el mal que no quiero hacer y, en cambio, el bien que quisiera hacer, no lo puedo hacer. Inclinación que va contra la ley de mi razón y me esclaviza. Es la ley del pecado. La inclinación a hacer el mal» (cf. Rom 7,18).

Una felicidad y un fracaso.

Esta lucha que acabamos de describir no la sufren tanto dos clases de personas: 1º los que se han acostumbrado a vivir en gracia de Dios y sin malos hábitos, y 2º los que se han acostumbrado a vivir en pecado y en esclavitud a sus vicios. Los primeros son felices porque viven haciendo la voluntad de Dios y disfrutan de su amistad y paz; los segundos tienen una paz aparente: la paz de los cementerios, donde sólo hay muerte y decadencia.

Otra condición necesaria.

Que nadie se haga la ilusión de que podrá adquirir virtud y perfección para servir a Dios como debe, si no se dedica a negarse a sí mismo, a contradecir muchas de sus inclinaciones y deseos de una vida fácil y cómoda, si no no lo hagan, no lo harán. Tendrán la firme resolución de sufrir y superar la antipatía que sienten en su propia persona por renunciar a muchos pequeños placeres que se les presenten. Jesús dijo: "El reino de los cielos sufre violencia, y los que se violentan a sí mismos lo conquistan" (Mt 11,12). En el ascenso a la perfección encontramos a muchos que estaban a mitad de camino y no pudieron avanzar y progresar porque no tenían una condición: negarse a sí mismos, ir en contra de su voluntad. Y seguían corriendo detrás de engañosas mariposas de aparentes alegrías, y arrancando flores sin perfume de pequeños gustos que no satisfacen del todo; y no pudieron subir a la cumbre de la santidad. Les faltaba la primera condición que Jesús exigía a quienes decían querer seguirlo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (cf. Mt 16,24). ¿A cuántos pequeños afectos y gustos terrenales he renunciado para ser fiel a Jesús? Si en este día hiciera un pequeño nudo en un hilo por cada vez que me negué y ofrecí un pequeño sacrificio, ¿cuántos nudos podría hacer? El Día del Juicio este relato me parecerá muy claro y cuantas más veces lo haya rechazado y haya ido en contra, mayor será mi recompensa en el cielo.

LA CAUSA POR LA QUE SON TAN POCOS LOS QUE TRIUNFAN

¿Por qué, habiendo tanta gente emprendiendo el camino de la santidad, tan pocos alcanzan la perfección? La causa es muy simple: no se negaron a sí mismos. Es cierto que muchos de ellos pudieron escapar de grandes caídas y de contraer terribles vicios, pero luego, en el camino de la perfección, se desanimaron y se desanimaron porque vieron que negarse a uno mismo es un trabajo de todos los días y en todas las horas y formas. no se dedicaron a combatir los residuos de su propia voluntad y las malas inclinaciones que aún quedaban en su naturaleza, a controlar las pasiones que cada vez se inflamaban y renovaban en sus corazones, permitieron que todo esto se apoderara de su espíritu e impidieron su ascenso a la santidad. Les faltaba esa cualidad que exige Jesús cuando dice: "El que perseverare hasta el fin, será salvo" (Mt 10,22).

Les faltó perseverancia en la lucha por obtener la santidad.

No basta con no ser malo.

Hay personas que imaginan que sólo alcanzarán la santidad evitando hacer el mal. Y eso no es suficiente. Así, por ejemplo, hay personas que se contentan con no robar, pero al mismo tiempo están muy apegadas a sus riquezas, no reparten limosnas y ayudan en la medida que Dios quiere que repartan. Otros se dedican expresamente a buscar honores y elogios, pero sienten gran alegría cuando se los ofrecen y nunca los rechazan ni hacen nada para evitarlos. Hay creyentes que no comen con avidez, sino que siempre prefieren los alimentos más sabrosos y dejan de lado los que les parecen menos agradables. Hay creyentes que no hablan mal de nadie ni mienten, y en eso son admirables, pero nunca logran acallar las palabras inútiles que les gusta decir. Se contentaban con ser buenos, pero no se esforzaban por ser perfectos.

CONVERSACIONES QUE SE DETIENEN A MITAD DEL CAMINO

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar, les dijo: "No os detengáis a hablar en el camino" (Lucas 10:4) porque los orientales solían detenerse a hablar durante largos ratos en el camino con los viajeros que encontraban y se les gasta un tiempo precioso. desperdiciado en estas conversaciones. Es necesario que de vez en cuando me pregunte: "¿Es mejor lo que digo que el silencio? Porque tendremos que

dar cuenta de cada palabra inútil en el Día del Juicio" (cf. Mt 12,36). Que nunca tengan que decir de nosotros lo que alguien a quien seguían en sus conversaciones dijo de alguna persona piadosa: "Se perdió muchas ocasiones en las que tuvo que guardar silencio". O lo que dicen que exclamó aquel santo cuando le preguntaron qué pensaba de cierta persona muy piadosa pero muy habladora: "Es una buena persona, pero lamentablemente no pudo ponerle una puerta en la lengua para tenerla un poco más cerrada. "

¿Qué fue lo que te hizo estar así? En la vida de una santa, se narra que un día, estando ante la imagen de un Cristo llorando sangre, le preguntó: "Señor, ¿quién te dejó así?". "Hablas cosas inútiles": ¿qué me enseña este ejemplo?

Peligro.

Quien no domina su idioma corre el riesgo de no poder dominar sus otras pasiones. Se cumplirá lo que dice la Imitación de Cristo: "Por libertina y poco mortificada que sea tu lengua, así también lo serán tus pasiones y malas inclinaciones". Al contrario: el ejercicio de voluntad que hagamos para intentar impedir que nuestra lengua diga lo que debe decir, y decir siempre lo más adecuado, fortalecerá nuestro carácter de tal manera que, sin que nos demos cuenta, poco a poco adquirirán la fuerza para dominar también las pasiones y las malas inclinaciones.

Una ilusión.

Muchas almas que se dedican a la vida espiritual caen en una ilusión que no es fácil de descubrir a primera vista (una ilusión es imaginar que existe y es, que en realidad no existe y no es como se imagina). Y vuestra ilusión consiste en pensar que realmente estáis progresando en santidad y perfección, cuando lo que hacéis es seguir vuestros propios gustos e inclinaciones. Muchos creen que actúan por amor a Dios, cuando lo que hacen es amarse a sí mismos (si verdaderamente seguir los caprichos puede llamarse "amarse a uno mismo"). Y por eso eligen los ejercicios y prácticas de piedad que más se adaptan a sus gustos, rechazando y dejando de lado aquellos que les causan algún malestar o que no les gustan mucho.

La medicina.

La solución para no caer en esta ilusión es aceptar de buena gana los dolores y dificultades que se nos presentan cada día en el ejercicio de la perfección, porque cuanto mayores sean los esfuerzos que tengamos que hacer, mayores serán las victorias y premios que alcanzaremos, recibiremos, Dios nos lo concederá y con mayor seguridad obtendremos las virtudes que necesitamos. Por eso un santo famoso, a alguien que le pidió un favor, pero luego le dijo que era mejor no hacerlo porque hacerlo le costaría un gran sacrificio, respondió: "Y si no me costara un sacrificio, ¿qué haría? ¿Recompensa recibiría? ¿Nuestro Señor dará? Lo bueno de los favores que hacemos es que nos cuestan sacrificios.

EL REINO DE LOS CIELOS REQUIERE VIOLENCIA CONTRA SÍ MISMO, Y LOS QUE SE DOMINAN A SÍ MISMOS PUEDEN. (Mt 11, 12)

CAPITULO 13

CÓMO COMBATIR LA SENSUALIDAD Y QUÉ ACTOS DEBE HACER LA VOLUNTAD PARA ADQUIRIR EL BUEN HÁBITO DE TRABAJAR BIEN

Recordemos lo que decía San Pablo: "Tenemos una lucha continua, porque la parte espiritual de nuestra personalidad nos invita a hacer el bien, pero la parte material y sensible nos inclina a hacer el mal".

Para salir victorioso de esta batalla que se desarrolla todos los días y en toda

nuestra vida, es necesario utilizar algunas técnicas que enumeraremos a continuación:

La primera.

Cuando los movimientos y excitaciones de nuestra sensualidad aparecen intentando ir en contra de lo que aconseja la razón, es necesario rechazarlos resueltamente desde el principio, sin dejar de aceptarlos en modo alguno. Si les damos nuestro consentimiento, comenzarán a crecer y a esclavizarnos.

La segunda.

Tenemos que realizar actos contrarios a los que nos proponen las pasiones y las malas inclinaciones. Por ejemplo, si la ira quiere invitarnos a la venganza, debemos orar por el bien de quien nos ofendió. Si la tristeza intenta llevarnos al desaliento, debemos cultivar pensamientos de alegría y esperanza. Si el orgullo nos anima a creer en algo y desear elogios, debemos recordar que no somos nada y que los elogios humanos son humo que sopla el viento. Si es la impureza la que nos mueve, conviene recordar el desgarramiento interno que cada pecado impuro produce en el alma y la pérdida de la buena reputación y de la paz que cada impureza trae al alma, etc.

Una trampa.

Los enemigos del alma, cuando ven que reaccionamos fuertemente ante sus trampas o deseos de hacernos daño, entonces se detienen un rato en traernos tentaciones para que nosotros, creyéndonos ya fuertes, dejemos de huir de las ocasiones y pensemos con loco orgullo que ya tenemos somos capaces de resistir el mal. En esto es importante cumplir lo que aconseja San Pablo: "Trabajad en vuestra santificación con temor y temblor" (Flp 2,12) "Y el que esté en pie, tenga cuidado de no caer" (1Co 10,12). Porque en cuanto empezamos a creer que somos capaces de ser santos por nuestras propias fuerzas, empezaremos a tener caídas muy humillantes. Dios resiste a los soberbios (Santiago 4:6). Por eso el profeta Isaías dice: "Lo que Dios quiere es que seáis humildes ante él".

Tercer acto.

Odia lo que es malo. Muchas veces sucede que después de haber hecho grandes esfuerzos para resistir y rechazar los ataques de los enemigos de la salvación, después de haber pensado y reflexionado que esta resistencia es algo muy agradable a Dios, de un momento a otro nos damos cuenta de que no estamos ni a salvo ni libre del peligro de ser derrotado en una nueva batalla; Por ello, es aconsejable que nos ejercitemos en sentir un gran odio y asco por la adicción que queremos superar, y que intentemos adquirir en relación a ella, no sólo aversión, asco, sino asco y horror. Lo que más debería disgustarnos es la fealdad del pecado.

Sala intermedia. Para fortalecer el alma contra los vicios, las malas costumbres y las inclinaciones perversas, es necesario practicar muchos actos interiores que son directamente contrarios a nuestras pasiones desordenadas.

Por ejemplo.

Si queremos adquirir el buen hábito de ser pacientes, cuando alguien hace o dice algo que nos impacienta, nos llena de mal humor y enojo, necesitamos amar, aceptar ese mal trato e incluso querer que nos den ese trato tan duro. . Nuevamente, tener la oportunidad de ejercitar la paciencia. Y esto por una razón: porque no podremos perfeccionarnos y ejercitarnos en una virtud sin realizar actos contrarios al vicio que deseamos corregir. Entonces, por mucho que queramos ser

pacientes, si no actuamos contra la impaciencia, no podremos deshacernos de la adicción de estar impacientes y disgustados con algo, que surge de no hacerlo. querer que nos contradigan o herir nuestro orgullo y amor propio. Y mientras se conserve en el alma esta raíz del orgullo, del deseo de que se cumplan nuestros propios caprichos y de que nada suceda contrario a nuestros deseos y gustos, siempre estaremos en constante peligro de caer en el defecto de la impaciencia. .

Un medicamento que no puede faltar.

Nadie imagina que alcanzará alguna virtud si no destruye el vicio opuesto realizando actos continuos y repetidos contra ese vicio. Mil veces podrás desear deshacerte de una mala amistad, pero si no actúas en contra de este afecto pecaminoso, la mala amistad seguirá haciéndote daño. Y ya sabemos lo que decía San Pablo: "Las malas amistades corrompen las buenas costumbres".

Algunos actos no son suficientes.

Ya sabemos que para adquirir un mal hábito o una adicción son necesarios muchos pecados repetidos, y de la misma manera, para alcanzar una virtud contraria a este vicio, son necesarios buenos actos repetidos y frecuentes hasta alcanzar el buen hábito que es capaz de afrontar. la adicción y alejarlo.

Y más aún: se necesitan más buenos actos de virtud para formar un buen hábito que actos pecaminosos para formar un vicio, porque las pasiones y las malas inclinaciones colaboran con el vicio y, en cambio, a la virtud se opone nuestra naturaleza corrupta e imperfecta por pecado.

Hazlo aunque te cueste.

Todo lo que vale la pena tener cuesta. No creamos que practicar actos de virtud contrarios a los vicios sea algo fácil y placentero. ¡Nada de eso!

Por ejemplo, tratar con amabilidad y paciencia a alguien que nos humilla y ofende. Esto ayuda mucho a coger paciencia, pero no es fácil. Veamos otro ejemplo: ser frío, incluso desdeñoso, mostrar antipatía y horror e incluso ser "grosero" ante una amistad que duele el alma; Esto va en contra de nuestra voluntad y es muy caro. Pero por eso mismo el premio que Dios nos dará será mucho mayor. Por tanto, no dejemos de practicar actos contrarios a los vicios, aunque parezca que nuestro corazón sangra y nuestra alma muere de sufrimiento. Es muy grande la corona de gloria que nos espera.

Cuidado con los enemigos pequeños.

El Libro del Cantar de los Cantares dice: "Debemos cazar pequeños roedores, porque pueden destruir nuestras cosechas" (cf. Cantares 2,15). En la vida espiritual debemos cumplir con este consejo. No nos contentamos con atacar y rechazar los movimientos de pasión más fuertes y violentos, sino también los más ligeros y pequeños. Porque estos pequeños movimientos ayudan a otros a atacarnos y derrotarnos, así como los niños ayudan a los grandes ladrones a entrar en las casas, entrando los más jóvenes primero por las ventanas para abrir la puerta para que entren los mayores. Y así se forman los malos hábitos y las adicciones, empezando por permitir que pequeñas imperfecciones entren en la vida cotidiana y éstas abran las puertas a otras más grandes.

Un descuido peligroso.

Muchas personas eran descuidadas y no se mortificaban para evitar pequeñas faltas, dejándose llevar por las pasiones y malas inclinaciones en cosas fáciles y aparentemente sin importancia y creyendo que sólo debían mortificarse en las

pasiones más difíciles y serias, cuando menos Al imaginarlo sintieron el poderoso ataque de los enemigos de su salvación y sufrieron un enorme daño espiritual. Así, por ejemplo, habiendo hecho voto de castidad, imaginemos a alguien que pueda vivir de la mano, dando pequeñas caricias, lanzando frecuentes miradas afectuosas al rostro, diciendo palabras de halagos y cariños innecesarios, contemplando escenas o representaciones materialistas e incluso sensuales. , aceptando mucha familiaridad al tratar con gente joven o sentimental, etc. De momento parecen pequeños. Pero cuando menos lo esperes, puedes encontrarte en los más terribles abismos del pecado y de la sensualidad, y ser incapaz de reaccionar ante tus inclinaciones perversas. Y se cumple lo que dijo Jesús: “Quien no es fiel en lo pequeño, no lo será en lo grande” (Lucas 16:10).

Es necesario mortificarse en lo que es lícito.

En la vida espiritual hay un dicho muy antiguo que siempre se cumple. Y dice: “Quien no se mortifica en lo lícito, no se mortificará en lo ilícito”. Se llama lícito lo que está permitido, lo que se puede hacer o decir sin cometer pecado. Es necesario distinguir entre lo que es simplemente lícito y lo que es necesario. Lo necesario hay que hacerlo y decirlo siempre. Pero lo que sólo es lícito no es necesario, si se impide hacerlo o decirlo, producirá grandes beneficios espirituales porque la persona se acostumbra más fácilmente a controlarse, y cuando llegan las atracciones de las pasiones y del mal, los instintos ya tienen Fuerza de voluntad y podrás superar muchas tentaciones. Cuántos y cuántos hay, que dejaron de decir una cosa vivida que se les ocurrió, y la callaron por mortificación. Y luego, cuando en un momento de ira les vino el deseo de decir algunas palabras hirientes, no las dijeron más, porque habían practicado guardar silencio sobre lo que querían decir.

Revisión útil.

Esperamos que podamos revisar estos remedios que de vez en cuando hemos aconsejado, porque si los seguimos obtendremos una verdadera reforma en nuestra vida interior y practicándolos alcanzaremos gloriosas victorias espirituales y en poco tiempo lograremos gran avance en la virtud y creceremos en virtud y santidad casi sin que nos demos cuenta. ¿Por qué no probarlos también?

Lo contrario es muy perjudicial.

La experiencia ha demostrado que si no cumplimos con estos consejos que acabamos de mencionar, aunque hagamos hermosos planes para progresar espiritualmente, nos quedaremos sin un progreso real en la virtud, porque el progreso espiritual no consiste en hacer planes fantásticos para la santidad. , sino en el cumplimiento de cada día, que nos puede llevar a alcanzar virtudes, evitar vicios y agradar con nuestro comportamiento al Redentor y Salvador Crucificado.

Con pequeños actos se adquieren virtudes.

La experiencia de millones de personas ha demostrado que, al igual que los malos hábitos y las malas costumbres, se forman en nosotros a partir de actos frecuentemente repetidos, con los cuales los apetitos sensuales y las malas inclinaciones se oponen a las buenas intenciones de nuestra voluntad y las buenas costumbres se adquieren con frecuentes y repetidas. actos de la voluntad con los que busca conformarse a lo que Dios desea, ordena y ejercita en la práctica de una virtud u otra.

Así como una persona no puede ser definitivamente viciosa y corrupta por mucho que sus malas inclinaciones intenten corromperla y conducirla al mal, si su voluntad persiste en querer comportarse de tal manera que a Dios le guste su

comportamiento, de la misma manera, Alguien nunca os hará alcanzar la virtud y la santidad, por muchas inspiraciones que os envíe la gracia divina, si vuestra voluntad no está seriamente determinada a dedicaros a hacer el bien y a evitar el mal.

CAPITULO 14

QUÉ DEBE HACER CUANDO NUESTRA VOLUNTAD PARECE ESTAR DERROTA POR PASIONES E INSTINTOS MALVADOS

Muchas veces nos sucede que nuestra voluntad es muy débil y no tiene la fuerza suficiente para poder resistir los ataques y agresiones de las pasiones y deseos perversos que nos invitan a hacer el mal. En estos casos no debemos desanimarnos ni dejar de luchar, y aunque las atracciones del mal sean sumamente fuertes, aunque hayamos caído muchas veces, es necesario recordar siempre este principio alentador: "En la lucha por la santidad, lo que cuenta es no sólo el número de victorias o derrotas que obtenemos, sino el esfuerzo que hacemos para permanecer siempre fieles a la voluntad de Dios". Perder una o diez batallas no es perder la guerra. Quienes sigan luchando pueden acabar triunfando.

Una pregunta.

El alma debe preguntarse frecuentemente: ¿Quiero realmente superar esta pasión? ¿Quiero triunfar sobre esta mala inclinación? ¿Tengo realmente la intención de intentar actuar de tal manera que mi buen Señor esté satisfecho con mi comportamiento? ¿Hago esfuerzos para no dejarme vencer por esta adicción o mal hábito? ¿Quiero preferir algún otro mal antes que el pecado? Si la respuesta es sí, ya hay grandes esperanzas de éxito. Macabeo en la Santa Biblia dijo: "No es más importante para Dios conceder la victoria con muchas fuerzas que con pocas". Aunque su fuerza es muy pequeña, nuestra propia debilidad brindará una ocasión más para que la omnipotencia y la misericordia de Dios concedan victorias.

¿Qué pasa si la situación se vuelve desesperada?

A menudo puede suceder que los enemigos de nuestra santidad nos ataquen con tal violencia que la voluntad ya debilitada y cansada se sienta incapaz de resistir. Bueno, en este caso tampoco deberíamos rendirnos. Tienes que decirte a ti mismo: "No me rindo. No lo consiento.

No entrego mis armas." "Sé muy bien en quién tengo puesta mi esperanza y estoy seguro de que él es capaz de defender mis tesoros" (2 Tim 1,12). El peor derrotado es el que fácilmente se declara derrotado, repite con el salmista: "Dios mío, ven en mi ayuda. Señor, date prisa en ayudarme" (Sal 69).

"Mira, Señor, cómo atacan. No me abandonen. Dios de mi salvación".

"Acuérdate, Señor, que en el camino por donde voy me escondieron una trampa". Y si perseveramos en confiar en Dios e implorar su ayuda, podremos repetir las palabras del Salmo: "Si el Señor no nos hubiera ayudado, las aguas espumosas habrían subido hasta nuestro cuello, pero no nos permitió ser arrastrado por la corriente".

Una ayuda muy eficaz.

Para ayudar a que la voluntad no sea completamente derrotada en los ataques que recibe de las pasiones e inclinaciones hacia el mal, muy buen efecto se produce pensando y meditando en lo útil y provechoso que es resistir estas tentaciones y alcanzar la victoria. . Pensar que las recompensas que recibiremos de Dios si salimos victoriosos serán muy grandes y que los males de los que estaremos libres si no aceptamos las malas insinuaciones son inmensos.

Un ejemplo.

Supongamos que el enemigo que nos ataca es la impaciencia. Que nos aqueje alguna persecución injusta, o que un trabajo nos resulta incómodo y agotador, o que un sufrimiento nos resulta muy doloroso, o que una situación nos resulta desagradable y repulsiva y queremos estallar en actos de impaciencia y mal humor y empezar a quejarnos y protestar. . En este caso conviene pensar en lo siguiente:

1 oh Considerad que este mal lo merecemos por nuestros pecados, y si nos ha sucedido por culpa nuestra, más aún, pues debemos soportar la herida que con nuestras propias manos hemos causado.

2º Si el mal no nos vino por culpa nuestra, considera que nos sirve para pagar los pecados cometidos, aquellos por los que la Justicia Divina aún no nos ha castigado y por los que no hemos hecho la debida penitencia. Es mucho mejor pagar aquí donde ganamos méritos y gloria a través del sufrimiento, que tener que pagarlos en el purgatorio donde quizás las penas sean más rigurosas y con menos mérito. Teniendo esto en cuenta, debemos recibir el sufrimiento y los contratiempos no sólo con paciencia, sino con alegría y agradeciendo a Dios por ellos.

3 oh Recordemos cuando tenemos algo que nos hace sufrir y que nos invita a ser impacientes, que si aceptamos el dolor y las molestias de cada día estamos cumpliendo la condición que Jesús exige para entrar al Reino de los Cielos, que es entrar por la puerta estrecha del sufrimiento y de la mortificación, y lo que tanto recomendaba San Pablo: “Es necesario pasar por muchas tribulaciones para poder entrar en el Reino de Dios” (Ach 14, 21).

4. No olvidemos que cuanto más sufrimos y más somos humillados en esta tierra, más nos pareceremos a Jesús, cuya vida estuvo llena de sufrimiento y humillación. Y cuanto más similares seamos aquí en este mundo a Jesucristo, más alta será nuestra posición en el cielo.

5. Pero lo que más hay que pensar en cada ocasión en que tenemos que sufrir, es que recibiendo pacientemente nuestros sufrimientos estamos cumpliendo la voluntad de Dios, porque Él, que bien podría haber impedido que tales sufrimientos nos alcanzaran, los hizo permitidos, y si los permite, ciertamente es para nuestro bien, ya que lo único que quiere para nosotros es nuestro mayor bien. Aquí no entendemos por qué permite tales contradicciones, porque en esta vida vemos lo que Dios permite como quien mira una alfombra de adentro hacia afuera y solo observa un grupo de harapos en desorden. Pero en la próxima vida veremos la alfombra del lado derecho y entonces estaremos convencidos de que todo lo que Dios permitió que nos sucediera fue una verdadera obra de arte dedicada a santificarnos y hacernos dignos de grandes premios y mucha gloria. en el paraíso. Cuanto más pacientemente aceptemos lo que Dios permite que nos suceda, más feliz será nuestro Señor.

CAPITULO 15

ALGUNOS AVISOS IMPORTANTES SOBRE CÓMO DEBE PRESENTARSE EL COMBATE ESPIRITUAL. CONTRA QUÉ ENEMIGOS TIENES QUE LUCHAR. Y POR QUÉ LOS MEDIOS SE PUEDEN DERROTAR

En primer lugar, debemos recordar que el combate espiritual debe realizarse todos los días y durante toda nuestra existencia en la tierra. En esto no podemos dejar de luchar incluso cuando apenas nos quedan unos minutos de vida. Este combate debe librarse con constancia y perseverancia con la absoluta convicción de que por

grandes y poderosos que sean los enemigos de nuestra santidad, y por mortíferos que sean sus ataques, mucho más poderoso es el Dios que nos protege y más eficaces serán. son las defensas que Él quiere brindarnos. Cada uno de nosotros puede repetir lo que dice San Judas Tadeo en su carta en la Santa Biblia: "A Dios Todopoderoso, que es poderoso para mantenernos victoriosos en la lucha por la salvación y liberar nuestra alma de toda mancha, sea a Él la gloria. honor para siempre" (Judas 24-25).

El principal enemigo que hay que combatir es el amor propio, el orgullo, el deseo de satisfacer las propias inclinaciones indebidas y de complacer nuestras pasiones. Y esto hasta el punto de que ya nos parecen agradables las humillaciones y el desprecio que nos quieren causar, y los reveses que van en contra de nuestros gustos e inclinaciones.

No debemos olvidar que las victorias en este campo son difíciles, imperfectas, pocas y de corta duración. Y no os desaniméis si os dais cuenta de que las propias fuerzas ya no son suficientes para alcanzar la victoria, porque las energías que nos faltan nos las dará el buen Dios si se las pedimos con fe. Siempre podemos decir con san Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Flp 4,13).

No debemos desanimarnos al considerar cuán grande es la multitud y el furor de los enemigos de la salvación, porque mucho mayor que ellos es el poder de Dios y su bondad, y el amor que nos tiene, y mucho más numerosos que los espirituales. Los adversarios son los ángeles del cielo y las oraciones de los santos que se interesan por nosotros y nos acompañan en el combate. Estas consideraciones han animado a tantas personas muy débiles y mal inclinadas que, a pesar de sus malas inclinaciones y del ataque de sus pasiones, lograron salir triunfantes en la lucha por permanecer fieles a los mandamientos del Señor Dios.

Tampoco debemos desanimarnos cuando nos damos cuenta de que los enemigos del alma son tan difíciles de derrotar y que la guerra espiritual es diaria y cada hora, que no terminará hasta que termine nuestra vida en la tierra, y que nos encontramos amenazados por todos lados. y la ruina espiritual parece muchas veces casi inevitable, porque, como dice San Agustín: "A los enemigos de la salvación les sucede como a un perro feroz atado a una cadena: no puede mordernos si no nos acercamos mucho a él". Podemos estar seguros de que nuestro Divino Capitán no aflojará las cadenas de estos enemigos hasta el punto de permitirles destruirnos, si no nos acercamos a ellos imprudentemente. Los enemigos de nuestro Salvador nunca podrán decir: "Lo vencimos". Dios lucha con nosotros, y cuando lo crea conveniente, nos concederá las victorias si son para nuestro bien y para su mayor gloria, aunque muchas veces acabemos heridos. Si decidimos no dejar de luchar nunca, eventualmente recibiremos la corona que Dios ha reservado para los vencedores.

CAPITULO 16

LA FORMA EN QUE LOS LUCHADORES POR CRISTO DEBEMOS PLANIFICAR LAS LUCHAS CADA MAÑANA

Cada mañana, después de encomendarnos a Dios y dar gracias por habernos mantenido vivos hasta hoy, ofrecerle lo que vamos a hacer este día y encomendarnos a su Divina Misericordia para que nos acompañe en cada hora del nuevo día, Debemos considerar inmediatamente que estaremos en un campo de batalla, en presencia de numerosos enemigos de nuestra salvación y con la absoluta necesidad de luchar y derrotarlos si es necesario, que no queremos ser dominados y llenos de infelicidad.

La prueba de predicción.

Cada mañana, durante unos minutos, deberemos realizar el test de predicción, que consiste en anticipar o ver de antemano qué enemigos nos atacarán hoy. Cuál es la

adicción o mal hábito que queremos dominar y evitar en este día. ¿Cuál es la pasión dominante o la inclinación al mal que debemos rechazar y reprimir? qué peligros se presentarán hoy contra nuestra virtud. Qué ocasiones pueden surgir y ponernos en riesgo de perder o disminuir nuestra amistad con Dios. Imaginemos ahora que en este día estaremos acompañados de un Gran Capitán, que es Jesucristo, el Amigo que nunca falla, y de algunos compañeros que nos ayudarán a luchar, como el ángel de la guarda y los santos de nuestra devoción. a quien muchas veces imploramos y que nunca deja de interceder por nosotros. Si tenemos miedo de ser atacados por el diablo, que es nuestro más feroz enemigo, invoquemos al glorioso Arcángel San Miguel, quien derrotó a Lucifer en la batalla que tuvo lugar en el cielo (Apocalipsis 12).

No olvidemos que “somos templos del Espíritu Santo” (1Co 3,16) y que el Espíritu Divino nos conceda valor y fuerza para salir victoriosos de las batallas espirituales, si lo invocamos en nuestro auxilio. El grito de batalla deberían ser las palabras del Salmo 69 que tan a menudo repetían los antiguos monjes del desierto: “Dios mío, ven en mi ayuda. Señor, date prisa en ayudarme”.

Cuanto más veces los repetimos, más ayuda del cielo nos llegará.

Cada mañana deberíamos escuchar las palabras del Salmo 94 dirigidas a cada uno de nosotros: “Espero que hoy oigáis la voz de Dios que os dice: “No endurezcáis vuestro corazón como los primeros rebeldes en el desierto, que me disgustaron y ¿No los dejé entrar en mi reposo?”

Comencemos el día invocando a la Sagrada Familia: “Jesús, José y María, os entrego mi corazón y mi alma”, y a nuestro ángel de la guarda: “Ángel mío de la guarda, mi dulce compañera, no me abandones ni de día ni de noche. noche”.

Cada mañana debes recordar: “¿Cuál es mi defecto dominante?” ¿Cuál es ese defecto que me hace cometer más errores y que más derrotas espirituales me provoca? Cada persona tiene un defecto dominante. Casi siempre es uno de los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, ira, envidia, impureza, gula o pereza.

¿Cuál es el defecto que pretendo combatir este año? ¿Cómo afrontaré esto hoy? Si lo derroto obtendré grandes recompensas de Dios, pero si él me vence me llenará de tristeza y amargura. Tengo que recordar los maravillosos premios que Jesucristo prometió a los ganadores. Dice en el Apocalipsis: “Vengo y traigo mi salario conmigo, y daré a cada uno según sus obras. A los vencedores haré herederos de mi Reino” (Apocalipsis 22). Pero también debo recordar que si me dejo dominar por mi defecto dominante, recibiré el terrible desgarramiento interno que produce el pecado, y el humillante sentimiento de derrota y la amargura infinita que trae consigo toda derrota espiritual y el deseo de volver atrás. en qué reloj de la Vida para que lo malo que pensé, dije o hice, nunca lo hubiera dicho, pensado o hecho. Este amargo recuerdo lleva a evitar más caídas.

AL VENCEDOR SE LE DARÁ LA CORONA DE GLORIA QUE NUNCA FALLA

CAPITULO 17

CÓMO SE DEBEN SUPRIMIR LOS MOVIMIENTOS REPENTINOS DE PASIONES

Hay ataques de pasión imprevistos y traicioneros que, si el alma no se previene y prepara, pueden traer derrotas muy amargas. Son como esas emboscadas que los bandidos tienden a las fuerzas del orden y que les causan bajas muy dolorosas, porque los sorprenden en lugares donde menos imaginaban y de una manera que los militares no pensaron que los atacarían. Lo mismo ocurre con el alma. Podría ocurrir una ofensa que no se esperaba, una humillación que no se sospechaba, una tentación impura que era inesperada, violenta y peligrosa, una profunda depresión después de ciertos éxitos y alguna alegría intensa, etc. ¿Qué hacer en estos casos?

1º Ya hemos dicho que ayuda mucho el examen de pronóstico, es decir, pensar con quién nos vamos a enfrentar, dónde estaremos, en qué ocasiones nos

presentaremos, conjeturando y haciendo cálculos de lo que nos podría pasar en estas casos. Así, ante cualquier ataque imprevisto de los enemigos del alma, estaremos preparados con cautela o prudencia para no dejarnos vencer tan fácilmente. “Un soldado bien informado no muere en la guerra” o si muere, a los enemigos les cuesta más eliminarlo.

2.º En estos casos de ataques sorpresa es muy conveniente elevar el corazón a Dios y pedir su ayuda. Muchos sucumbieron a la tentación porque en ese preciso momento se olvidaron de confiar en Nuestro Señor. No hay otro momento en el que sea tan necesario, diríamos tan obligatorio, orar, como en los momentos de tentación repentina e imprevista.

3º Si el ataque es la impaciencia y la ira: querer recurrir violentamente a defender los propios derechos cuando alguien se nos opone o intenta impedir nuestros planes, y en ese momento necesitamos ser capaces de resistir el mal sin dejarnos llevar por la impaciencia, entonces debemos pensar que esta desilusión que nos viene ciertamente fue permitida por Dios porque con ella obtendremos algún bien que por ahora no entendemos qué es. Entonces tienes que decirte a ti mismo: “¿Pero por qué no aceptar esta cruz que el Señor me envía? No es tal o cual persona quien me trae esta desilusión, es el Padre Celestial quien permitió y permite que todo me suceda para mi mayor bien. Cuanto más sufra, más me pareceré a mi Redentor Crucificado, y cuanto más me parezca a Jesús, más elevada será mi posición en la gloria celestial. Y sigue pensando: el Divino Maestro dijo que quien sufre con paciencia poseerá la tierra. La ira parece lograr victorias, pero lo que logra son derrotas espirituales. Por otro lado, la paciencia tiene la infinita eficacia de ganar corazones. La ira deja una semilla de odio en el alma de la otra persona. La mansedumbre fortalece la personalidad. Al principio el enfado parece justificado. La mansedumbre no acepta las falsas excusas del mal humor. Si le suplico a Jesús, Él me enviará el Espíritu Santo que me concederá la capacidad de dominar mi impaciencia.

4º Una gran medicina. Para no sucumbir a ataques imprevistos, debemos alejarnos poco a poco y tratar de reducir nuestro afecto por aquello que nos hace pecar. Así, por ejemplo, si se trata de una amistad dañina, recuerda lo que dijo San Pablo: “Las malas amistades corrompen las buenas costumbres” (1Co 15,33) y dite a ti mismo: “Esta amistad me hace mucho daño en cualquier forma”. Si el ataque de ira es porque nos quieren quitar algo que nos pertenece, debemos convencernos de que cuanto menos apegado esté nuestro corazón a los bienes de la tierra, más libres seremos y más se elevará nuestro espíritu hacia Dios. .

CAPITULO 18

MANERAS MUY IMPORTANTES DE LUCHAR CONTRA LA ADICCIÓN A LA IMPUREZA

Todos podemos repetir las palabras de san Pablo: “Siento dentro de mí una ley de la carne que lucha continuamente contra el espíritu que tiene inclinaciones contrarias a la carne” (Gal 5,17).

Debemos luchar contra el vicio de la impureza con más fuerza que contra todos los demás porque es el más insidioso y el que nunca deja de hacernos la guerra. Allá donde vayamos llevaremos nuestro cuerpo, y éste siempre tendrá inclinaciones pecaminosas que, si se descuidan, pueden llevarnos a caer en pecado en el momento menos esperado. En la lucha contra las impurezas es necesario utilizar determinadas técnicas que dan muy buenos resultados. Por ejemplo:

ANTE LA TENTACIÓN.

Debemos luchar contra las causas que nos inclinan a la impureza y evitar tratar con

personas que puedan ser ocasión de tentaciones pecaminosas. Recordemos que en esta cuestión de la castidad, gana quien sabe escapar a tiempo, porque si nos exponemos a la ocasión, siempre se cumplirá aquella advertencia repetida por los antiguos mæstros espirituales: "Cuando llegue la oportunidad, y cuando quieras, te caerás cada vez."

De nada sirve llevar un papel al fuego y decir: "no quiero que se quemé". Por mucho propósito que tengamos para que no se quemé, arderá.

Si por obligación tenemos que tratar a ciertos ejemplares humanos que nos atraen muy fuertemente, es necesario hacer el sacrificio de mostrarnos fríos y casi indiferentes en nuestro trato, porque cualquier libertad que le demos a nuestro sentimentalismo, explotará como las aguas de una presa que, cuando se abran las compuertas, arrastrará y se llevará al abismo todas nuestras buenas intenciones para preservar la santa pureza.

Nunca puedes confiar en ti mismo.

Aunque llevemos 25 años o más sirviendo a Dios, recordemos que muchas veces el espíritu de impureza hace en una hora lo que no ha podido hacer en muchos años. Y cuando menos lo sospechamos, puede emprender acciones traicioneras y derrotarnos. Incluso si tuviéramos la fuerza de Sansón, el coraje de David y la sabiduría de Salomón, puede suceder que, si estamos a la altura de las circunstancias, caigamos tan miserablemente en pecados impuros como lo hicieron aquellos personajes famosos. En esto no hay nadie que pueda decir: "No beberé de esta agua". Y son las aguas residuales más podridas y venenosas que existen.

Cuidado con ciertas amistades espirituales.

La experiencia demuestra cada día que el peligro nunca es tan traicionero como cuando contraemos ciertas amistades que no se temen porque parecen tan inofensivas que no podemos sospechar que el enemigo de la salvación está allí buscando nuestra ruina. Por ejemplo amistades entre primos, entre tíos y sobrinas, entre cuñados; o amigos por motivos de agradecimiento, porque esa persona nos hizo un favor (o tiene intención de hacerlo) o porque se valoran mucho sus cualidades o la sabiduría y buenos consejos que sabe dar, o necesita recibir, etc. Comienzan las visitas frecuentes. Las largas conversaciones, los pequeños regalos, y mientras tanto el veneno del deleite del sentimentalismo y de la alegría de los sentidos se infiltra en estas amistades, y el alma se excita sensitivamente, la razón ciega, poco a poco el nombre del tío, del primo, del cuñado. -desaparece la ley, benefactor, amigo, consejero, etc., quedando sólo el nombre de "persona del otro sexo", "persona cuya presencia agrada a la sensibilidad y al sentimentalismo". Y ahora en lugar de poder decir: "te amo" lo que puedes decir es "me gustas", "me atraes"... y las caídas graves se acercan peligrosamente.

No debemos confiar en los propósitos y buenas intenciones que se han hecho, porque aunque nos hayamos propuesto morir antes de ofender a Dios, si encendemos el amor sensual con dulces, dulces y frecuentes conversaciones, la pasión tomará tal forma que nuestro corazón, lo cual no importará más si la otra persona es un pariente, familiar o dirigido espiritualmente o aspirante a un grado especial de santidad y mientras la inclinación pecaminosa sea satisfecha, todos los deberes serán olvidados y hasta la santa ley de Dios, nos interesa provocar un escándalo y perder una buena reputación entre otros. Y en estos casos, todas las exhortaciones de los amigos, los propósitos y planes que se hicieron para conservar la santa virtud, serán inútiles y vanos, olvidaremos el temor de ofender y desagradar a Dios, y aunque estuviéramos ante el fuego de infierno no frenaríamos los impulsos a los que nos conducen las llamas impuras de nuestra pasión sensual. Así que sólo nos queda una solución: huir, huir, como se huye de una serpiente venenosa o de alguien con una infección muy contagiosa o de un perro rabioso, o de un loco que ataca con un machete afilado o de un toro feroz que lo ataca todo. que

encuentres. Huyamos, si no queremos perder la vida de nuestra alma, la paz de nuestro corazón y las bendiciones de Dios.

CAPITULO 19

OTROS MÉTODOS EFECTIVOS PARA EVITAR CÆR EN LA IMPUREZA

1 oh Debemos evitar la ociosidad. En el agua estancada se multiplican todos los insectos dañinos y las infecciones mortales. Es necesario estar siempre tan ocupados que podamos responder a lo que aquel discípulo dijo a su santo director espiritual, quien le aconsejó que para evitar tentaciones impuras debía dedicarse siempre a ocupaciones que ocuparan todo su tiempo. Cuando el Sacerdote le preguntó si había sido tentado en aquellos días, él respondió: "¿Y a qué hora?" Un gran mæstro espiritual exclamó: "Más daño puede hacer a un alma no hacer nada que sufrir las tentaciones del diablo". Lo cual realmente vale la pena reflexionar.

dos oh No juzgues mal a los demás. Casiano dice que un monje se dedicó a juzgar a los demás con tal severidad que el Señor dejó que le alcanzaran tentaciones casi enloquecedoras y cuando consultó al Padre Abad, este le dijo: "Es la consecuencia de haberse dedicado a condenar a otros en el tribunal". de tu cerebro. No condenéis a nadie y veréis que el fuego de vuestras pasiones se apagará." Así lo hizo y descansó de tan terribles ataques.

Cuando sabemos que alguien ha caído en pecados escandalosos pensamos: "Si hubiera estado en ese caso con los sentimientos y debilidades que me dominan, tal vez hubiera pecado de la misma manera o incluso peor". Y repitamos lo que dijo San Agustín: "No hay pecado que otro ser humano haya cometido que yo no pueda cometer". Y en lugar de despreciar a los demás o chismear o criticar o publicar sus faltas, oremos por su conversión, pidamos a Dios que les conceda la fuerza de voluntad para no seguir cayendo, y caminemos con mayor prudencia para que la próxima víctima sean aquellos. Los enemigos del alma pueden vencer, no lo hagamos.

Recordemos que si nos resulta fácil juzgar y condenar a los demás y despreciarlos, Dios nos corregirá a nuestra costa, permitiéndonos cær en las mismas faltas que condenamos, para que reconozcamos nuestro orgullo y, así, llenarnos de humildad, corregirnos de la mala costumbre de andar condenando y menospreciando a los demás. Porque se puede cumplir lo que dijo San Pablo: "¿Por qué condenáis a los demás, si vosotros hacéis las mismas cosas que vosotros condenáis?".

(Salón 2).

Si vivimos condenando y despreciando a los demás, siempre estaremos en peligro de cær en las mismas faltas que condenamos y publicamos.

Y TENGAN MUCHO CUIDADO CON LOS PENSAMIENTOS DE ORGULLO

Un director espiritual muy experimentado afirmó: "Cuando veo que alguien acepta voluntariamente pensamientos de orgullo, estoy seguro de que le sobrevendrán terribles tentaciones de impureza y caídas humillantes. Porque "Dios resiste a los soberbios" (Santiago 4,6).

Si alguien está convencido de que ya ha alcanzado tal perfección que los enemigos de su pureza no están en condiciones de hacerle la guerra y derrotarlo, y los mira con desprecio, bajo la ilusión de que ya les tiene suficiente antipatía por asco y horror por no aceptar tus sugerencias, puede suceder que caiga más fácilmente.

¿Y QUÉ HACER CUANDO LLEGA LA TENTACIÓN?

Lo primero que hay que hacer en estos casos es averiguar de dónde viene la tentación, si de fuera o de dentro. Viene del exterior a través de los ojos, los oídos, las amistades peligrosas, las ideas vergonzosas que se difunden entre la gente o las

modas indecorosas. O si, en cambio, proviene de nuestro interior: de nuestra imaginación, de los deseos sensuales que nos asaltan, de malos pensamientos o recuerdos indebidos, o de malos hábitos que hemos adquirido.

Si viene del exterior, es absolutamente necesario detener los sentidos para poder controlarlos. "Ojos que no ven, corazones que no sienten", dice el refrán.

Pero ojos que ven, un corazón que siente y probablemente también consiente. Es necesario hacer el pacto que San Job hizo con sus ojos. Dice: "Acordamos no mirar cuerpos atractivos" (Jb 31,1). Ciertas canciones no tienen "letra", sino "letrina", y si las escuchamos con placer nos emocionamos con el mal. Las conversaciones impuras a veces causan más excitación que el andar a tientas, y esto es un desastre para el alma. Hay ciertos "ejemplos" humanos cuya proximidad nos hace tan propensos al pecado, que si no evitamos su trato y amistad y no nos alejamos a tiempo de su presencia, iremos directamente a nuestra ruina espiritual. Luego nos arrepentiremos de las caídas, pero ya será demasiado tarde. Tenemos que repetirlas con valentía (aunque sólo sea en el pensamiento). "Tu amistad es perjudicial para mi alma. Tu compañía me trae mucho más daño que bien". Si el ataque viene desde dentro, por nuestros malos deseos o pensamientos impuros o malos hábitos adquiridos, es absolutamente necesario hacer algunas pequeñas mortificaciones de vez en cuando. Dejar de comer algo, dejar de beber de vez en cuando cuando nos apetezca, etc., porque la mortificación fortalece la voluntad. Y llenar la mente de buenos pensamientos a través de lecturas piadosas y recuerdos de hechos edificantes como los narrados en la Santa Biblia o los leídos en las Vidas de los Santos o en libros formativos. No pueden existir dos ideas en el cerebro al mismo tiempo. Por lo tanto, si con buenos recuerdos y lecturas útiles llenamos nuestro cerebro de ideas santas, éstas ocuparán el espacio de las ideas pecaminosas y estas tendrán que desaparecer. Pero si descubren que el cerebro está vacío de ideas útiles, aprovecharán para anidar allí y causar un daño terrible al alma y a la personalidad.

Cómo orar en la tentación.

En el Evangelio hay una advertencia de Jesús que nunca debemos olvidar ni incumplir. Dice: "Orad para no caer en tentación. Porque el espíritu está preparado, pero la carne es débil" (Mt 27,41) y el Divino Maestro añade una advertencia de enorme importancia: "Algunos espíritus inmundos no pueden ser quitados sino con la oración" (Mc 9,29). a nosotros es necesario elevar muchas pequeñas peticiones a Dios para que venga en nuestro auxilio ¿Qué diríamos de un capitán que al ver su batallón atacado por fuerzas que lo superan en número y peso, no envió mensajes? ¿Al mando? ¿superior pidiendo refuerzos? ¿Y nosotros, sintiendo el ataque del mundo, del diablo y de la carne, nos quedaremos sin pedir ayuda al Señor Dios de los ejércitos?

Es necesario decirle con el Salmo: "Mira, Señor, me atacan y no tengo adónde huir. Lucha, Señor, contra los que me hacen guerra, y di a mi alma: "Yo soy tu victoria" (Sal 34). "No entregues al furor de los halcones asesinos esta indefensa paloma que es mi pobre alma" "No me abandones, Dios de mi Salvación" "No abandones la obra de tus manos" etc.

Un remedio muy útil.

Muchas personas han experimentado con gran beneficio alcanzar la victoria contra las tentaciones, mirando fija y afectuosamente el crucifijo, y pensando en cada una de las llagas de Jesús, las de las manos, los pies y el costado, diciéndole con San Bernardo: "Señor: cuando el El halcón traicionero de mis tentaciones me ataca para quitarme la vida de la gracia y amistad de Dios, yo, como un pajarito tímido, vuelo con mis pensamientos para esconderme en esas grietas salvadoras de mi Roca, en esas cinco llagas tuyas, y Allí podré liberarme del enemigo traicionero." "Jesús: tú moriste por mí, y yo, ¿qué sacrificio haré para preservar tu santa amistad? Te ruego

que imprimas en mi alma los más vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, dolor de mis pecados y resolución de no volver a ofenderte nunca más, mientras con el mayor amor posible considero tus cinco llagas, recordando aquellas Tus palabras, mi Dios, dijo el santo profeta David: "Me traspasaron las manos, mis pies y todos mis huesos pueden ser contados".

"Algo en lo que no pensar."

Hay un error en muchas personas que les puede causar un gran daño, es creer que para escapar de la tentación, especialmente de la tentación de la impureza, deben dedicarse a pensar en lo malo y feo que es este pecado. Esto es extremadamente dañino porque produce la "fijación" de la mente en lo impuro, lo que aumenta y excita aún más las tentaciones e inclinaciones pecaminosas, y pone a la voluntad en peligro de deleitarse en estos recuerdos y luego consentir en aquello que la deleita. Lo contrario de esto es cierto. Lo adecuado en estos casos es separar completamente la imaginación, el pensamiento o la memoria de los objetos impuros y dedicarse a pensar en otras cosas. Porque si dejas de pensar en querer repelerlos y los consideras nocivos y peligrosos, lo que logras es obsesionarte más con estos temas y registrarlos en tu mente. Y como el cerebro es el que dirige toda la sexualidad humana, si se infecta y envenena con estos recuerdos e ideas fijas, todo el organismo se pervierte y va directamente hacia el mal.

Recordar estas cosas es una trampa del diablo que se disfraza de ángel de luz.

En cambio, si nos dedicamos a pensar en la Pasión y Muerte de Jesús, este recuerdo beneficioso podrá alejar pensamientos nocivos. No nos tomemos el tiempo para recordar las impurezas que hemos tenido, ni siquiera para arrepentirnos y rechazarlas, pero considerándolas como obras del diablo, tratemos de no pensar nunca en ellas. Y en estas situaciones difíciles, demostremos que sabemos acudir a la Santísima Virgen. Ella siempre ayuda admirablemente.

CAPITULO 20

LA MANERA DE LUCHAR CONTRA LA ADICCIÓN A LA PEREZA

El Libro de Proverbios dice: "Pasé por el campo de los perezosos: todo cizaña, todo descuido, y la pobreza llegará como correspondencia, sin destinatario equivocado» (Pr 24,30). Es necesario tratar de combatir el vicio de la pereza porque este defecto no sólo nos impide alcanzar la santidad, sino que también nos entrega poco a poco en manos de los enemigos de nuestra salvación.

La abeja.

Salomón en Proverbios dice: "Mira la abeja cómo trabaja continuamente. Es un ejemplo digno de imitar". (Pr 6,6). Y decía el fabulista Esopo que la cigarra que pasa el buen tiempo cantando, cuando llega el mal tiempo, va donde la hormiga para pedirle algo de comida y la hormiga le responde: "Mientras yo trabajaba, tú descansabas y cantabas. Ahora mientras yo aprovecha mis provisiones, morirás de hambre y sufrirás". Es un retrato de lo que les espera a tantas personas que se dedican a la pereza.

Un enemigo.

Ante todo debemos huir de la vana curiosidad. Querer estar al día de las últimas novedades que sucedieron cerca o lejos. Ya hemos dicho que los antiguos repetían el proverbio: "Para aprender cosas nuevas no te preocupes, porque cuando sean mayores las conocerán fácilmente".

Cuantas cosas y cosas nuevas hay que por no saber no nos perderemos de nada y tendremos más paz.

Cumplir con el deber.

Los romanos decían que la mejor medicina para vencer la pereza es “hacer siempre lo que hay que hacer, y hacerlo bien”. Y una santa recomendaba a quienes guiaba: “Que Dios, cuando nos vea trabajar, diga: 'Muy bien'”.

Cuidado con un mal hábito.

También dijimos anteriormente que dicen los que dirigen las almas que lo peor que le puede pasar a una persona en este mundo es adquirir un mal hábito, un mal hábito. Esto se convierte en una nueva naturaleza y esclaviza completamente al alma. Así, si adquirimos la mala costumbre o costumbre de dejarnos llevar por la pereza, esto hará que nuestra personalidad se atrofie y paralice nuestra voluntad.

Que continúe el funeral. Las antiguas leyendas cuentan que una joven se volvió tan vaga que ya no quería hacer ninguna tarea doméstica.

“¿Me los darás ya amasados y convertidos en pan tostado?” “No, ya no es así sin amasar ni tostar”. Y la mujer muy tranquila y perezosa se volvió a acostar sobre el ataúd y exclamó: “Entonces: que continúe el entierro”. Cuántos pobres víctimas de la pereza dicen lo mismo en el mundo de hoy. Mientras no tengas que trabajar ni esforzarte, ¡que continúe el funeral! Y siguen caminando hacia el fracaso y la miseria final. ¡Qué fatalidad!

Cuidado con las precipitaciones.

Una de las especialidades en las que se manifiesta la pereza es que las cosas se hacen con prisas, a toda velocidad, con descuido y mal hechas. Es mejor hacer poco y hacerlo bien y con cuidado que hacer muchas cosas a la ligera y sin cuidado. Lo que Dios recompensará no sólo será la cantidad de obras que hayamos realizado, sino sobre todo el cuidado y dedicación con que las hayamos hecho. Es mejor hacer menos obras, pero hacerlas bien, que dedicarte a muchas cosas y dejarlas al azar a medio hacer.

Una advertencia aterradora.

Dios dice en Apocalipsis: “Tengo algo contra algunos, y es que han perdido el entusiasmo que tenían al principio. son tibios, indiferentes, los vomitaré de mi "boca" (Ap 3,16).

DIOS QUITA LO QUE NO SE USA

Es necesario recordar que Dios va quitando poco a poco sus dones a quienes se dejan vencer por la pereza y la tibieza, y los concede en abundancia a quienes se dedican con diligencia y fervor a hacer lo que hacen bien. Tienen que. Hay carismas o dones celestiales que se pierden por no ser utilizados. ¿Por qué el Creador dará ayuda especial a quienes no hacen ningún esfuerzo por usarla y aprovecharla?

Divídelos y los conquistarás.

Los antiguos guerreros romanos, cuando enviaban un nuevo líder a luchar contra los enemigos, le daban este consejo táctico: "divídelos y los derrotarás. No los ataques a todos cuando estén en un solo grupo, sino en sectores y en este "De esa manera podrás derrotarlos más fácilmente". Algo similar debería aconsejarse en la guerra espiritual. No digamos: “Voy a superar todos mis defectos de una vez por todas”. Esto es lo mismo que no decir nada. En cambio, si decimos: “Este año combatiré este defecto que tengo”, entonces concentraremos todas nuestras energías de

combate en un solo punto, lograremos buenas victorias y se cumplirá lo que dice la Imitación de Cristo. : "Cualquier año que luches duro contra uno de tus defectos, alcanzarás una perfección muy especial.

Sólo un día cada día.

Algo parecido a lo anterior cabe advertir respecto al tiempo. No digas: "Voy a pasar toda mi vida luchando contra estos defectos". Una afirmación como ésta puede desanimarnos porque la lucha parece muy larga. Pero si decimos: "Hoy, aunque sea sólo por hoy, durante estas 12 horas lucharé contra mi defecto dominante", entonces la lucha nos parecerá más llevadera, porque algún día podremos luchar. Mañana intentaremos decir lo mismo y así cumpliremos lo que Jesús aconsejó: "No os preocupéis por el mañana. Porque basta vuestras preocupaciones cada día" (Mt 6.3.4). A una gran santa le preguntaron por qué no se desanimaba en su lucha por alcanzar la santidad y por superar sus defectos y superar las dificultades que encontraba y ella respondió: "Resulta que sólo vivo un día al día. Durante 12 o 24 horas". Me atrevo sí a luchar, confiando en la poderosa ayuda de Dios, pero si pensara en la lucha de los 365 días del año y los días que me quedan de mi existencia en la tierra, me llenaría de desánimo y pereza. . Pero sólo un día al día, ¿quién no es capaz de resistir y luchar?

Ore por pequeñas cuotas.

Esta misma técnica debemos utilizarla en la oración, para evitar que la pereza se apodere de nosotros. No intentes prestar mucha atención durante una hora entera, ni siquiera media hora. Pero en lugar de eso, repítete a ti mismo: "Voy a orar con amor y fervor durante los próximos cinco minutos".

Luego, si me viene la pereza y la desilusión, suspendo la oración. Y así durante los siguientes cinco minutos. Y así después de 20 minutos o media hora ya te sientes cansado y desanimado de orar, entonces suspende la oración para no aumentar el descontento y el disgusto, ya que esta interrupción, en lugar de causarnos daño, puede servirnos de descanso para luego volver a orar. con mayor fervor. Los antiguos monjes del desierto, cuando sentían que se acercaba la pereza y la desgana para orar, se dedicaban a decir sólo pequeñas oraciones que eran como una flecha que se enviaba con un mensaje. Y la pequeña oración es una pequeña flecha espiritual que enviamos al cielo con un mensaje pidiendo ayuda o dando gracias). ¿Cuántas pequeñas oraciones envío al cielo cada día? Había santos que decían hasta mil por día.

¿Cuántos diré? ¿Y con cuánto amor al buen Dios, o a la Santísima Virgen, o a mi ángel, o a los santos?

Una lista muy beneficiosa.

La experiencia ha demostrado que cuando tienes muchas cosas que hacer, es de gran beneficio y utilidad hacer una lista de las diez mejores cosas por hacer, enumerarlas en orden de importancia e intentar hacerlas en ese orden. Y si tenemos varias ocupaciones, nos parecen muchas e incluso difíciles, esto puede provocarnos inquietud, ansiedad, agotamiento nervioso e incluso mal humor. Pero si nos proponemos hacer sólo las diez más importantes y hacemos una lista según el orden de importancia que tienen, y las hacemos una por una, como si cada una fuera lo único que tenemos que hacer en la vida, sin dedicarnos Pensando en un trabajo mientras realizamos otro, nuestro desempeño será admirable, la paz y la tranquilidad nos acompañarán y el agotamiento nervioso será mucho menor. Cada trabajo debe realizarse como si fuera el único que tenemos que hacer en la vida, y con todo el cuidado posible. Este es un gran secreto para adquirir perfección y santidad.

Aviso.

Si no cumplimos con el consejo anterior, puede suceder que la pereza nos domine y que al dejar muchos deberes sin cumplir, se acumulen obligaciones y comisiones hasta terminar con gran perturbación o inquietud en el alma, nerviosismo y prisa en lo que hacemos. y descuidar las tareas diarias. Y nos puede pasar lo que Cristo narró de las cinco vírgenes insensatas que salieron hasta el último momento a buscar el aceite para sus lámparas y cuando quisieron entrar al banquete de la santidad las puertas ya estaban cerradas y se quedaron afuera (cf. Mt. 25:1-13).

Recordemos cada día que quien nos dio la mañana no nos promete que nos dará la tarde y que quien nos dio hoy no prometió darnos el mañana.

Disfrutemos este día como si fuera el último de nuestras vidas y no olvidemos que al momento de la muerte tendremos que dar cuenta a Dios por la forma en que pasamos cada momento de nuestras vidas.

Finalmente, convenzamos de que podemos dar por perdido el día en que no cumplimos bien con nuestros deberes y no hicimos lo que debíamos hacer ese día, o lo hicimos de manera negligente y deficiente. Al día en el que no obtuvimos victorias contra nuestra pereza y las desganas que sentíamos hacia el trabajo, podemos ponerle este título: "Día perdido".

No dejemos pasar un día de nuestras vidas sin vencer nuestras malas inclinaciones, sin dar gracias y alabar a Dios por sus beneficios y bondad, y sin recordar la obra maravillosa que realizó Jesucristo al ofrecer su vida, pasión y muerte para alcanzar la salvación. de nuestras vidas, de nuestra alma A Él sea la gloria junto con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos infinitos. Amén.

Y EL SEÑOR DIRÁ: 'POR QUE FUISTEIS FIELES EN LO POCO, OS CONSTITUIRÁ SOBRE MUCHO' (Lucas 19:17)

CAPITULO 21

CÓMO DEBEMOS GOBERNAR NUESTROS SENTIDOS Y UTILIZARLOS PARA CONTEMPLAR LAS REALIDADES DIVINAS

Una de las precauciones más delicadas que siempre debemos tomar es saber gobernar bien nuestros sentidos, porque la naturaleza corrupta los inclina e incita incontrolablemente a dedicarse a deleites y excesos, y a tratar de obtener excesivo goce sensual y dañar así la voluntad. , engañan el entendimiento y manchan el alma.

LAS MEDICAMENTOS

Los autores espirituales han experimentado con algunos remedios que han producido muy buenos efectos para poder gobernar bien los sentidos y mantenerlos enfocados en lo sobrenatural. Son los siguientes:

Lo primero es no dar demasiada libertad a tus sentidos y saber controlarlos de tal forma que sólo se centren en lo necesario y no en falsos placeres, o gustos exagerados, porque si les damos demasiada libertad, causarán daños muy graves al alma y la obstaculizarán enormemente en el camino hacia la perfección. Todo aquel que se dedique a intentar alcanzar la santidad debería poder repetir lo que dijo aquel santo: "Nunca he concedido a mis sentidos un deleite que a Nuestro Señor no le agradara".

Las cinco cabras.

San Agustín decía que tenemos que recorrer los caminos de esta vida guiando a cinco cabras sumamente inquietas, lo que a la vez nos ayuda mucho a hacer más placentero y placentero nuestro camino hacia la eternidad. van a donde quieren, pueden hundirnos en abismos muy peligrosos. Y que estos 5 chivos son los cinco

sentidos. Los santos siempre tuvieron mucho cuidado de no alargar demasiado el vínculo con el que mantenían sus sentidos y así lograban mantenerlos disciplinados, esto les ayudó mucho a alcanzar la perfección.

Cómo sublimar tu vista.

Llamamos sublimación a ese esfuerzo que hacemos por elevar nuestros pensamientos a esferas superiores. De vez en cuando debemos pensar que nuestros ojos fueron hechos para ver a Dios y que "le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2). Cuando Natanæel quedó asombrado por las maravillas que veía, Jesús le dijo algo que ahora dice a cada uno de sus seguidores: "Después veréis maravillas mayores" (Juan 1:50) y en su oración sacerdotal en la Última Cena pidió al Padre celestial para todos los que amamos, un favor inmenso: "Que un día contemplen la gloria que me diste" (Juan 17:24).

Pensemos de vez en cuando: "Mis ojos fueron hechos para poder ver a Dios y a los seres celestiales, y no quiero nublar ni empañar mi visión al detenerme a gastarla para ver lo que podría hacerme daño aquí en la tierra". Los antiguos repetían un lema latino que dice: "Admaiora nati sumus": "Nacimos para acciones mucho más elevadas". ¿Por qué permanecer como gallinas hurgando en los contenedores de basura de la tierra, cuando podemos mirar al cielo como águilas?

Una comparación que fue muy impresionante.

Una santa que escribió hermosos libros sobre la mística, es decir, el arte de elevar el alma a Dios y a lo celestial, narra lo que le sucedió cuando inició su vida de ascensión espiritual. Su principal defecto fue que sentía un afecto demasiado sensible hacia personas que poseían una belleza física especial, lo que le obstaculizó de manera perjudicial en su camino hacia la santidad. Luego se dedicó a pedir con especial fe a Nuestro Señor que la curara de estas pasiones nocivas y se le concedió, por un breve momento, vislumbrar el rostro glorioso de Jesucristo en el cielo. Y dice que desde entonces las bellezas de las criaturas humanas de la tierra le parecían tan poco atractivas como si fueran baratas y en lugar de sentir pasiones sensibles por los seres bellos de este mundo, lo que empezó a tener fue una "santa indiferencia". . "Antes que toda belleza muera y se convierta en pus y gusanos. Si el Señor nos concediera tal favor, obtendríamos una libertad espiritual impresionante que nos permitiría escalar muy alto en nuestra vida espiritual.

Pensemos que toda la belleza que existe en esta tierra fue creada por Dios. Y si estas hermosas criaturas son tan agradables a nuestra vista, ¿cuánto más debería atráernos el Creador de toda belleza? Por eso un santo exclamó: "Oh Dios, si en este mundo que pasa y muere hay tanta belleza, ¿cuánto mayor será tu infinita belleza, si el Creador de toda belleza en el mundo eres Tú? "¿Si pudiera más bien elevar mi mente y mi corazón a Dios, el autor de toda belleza, cuya belleza y bondad serán mi santo deleite por toda la eternidad?"

EL GUSTO

Cuando comamos algún manjar placentero, pensemos en el banquete celestial donde saborearemos para siempre los más deliciosos manjares, y hagamos nuestras las palabras del evangelio: "Bienaventurados los que logran llegar al banquete del Reino de Dios". Dios". (Lucas 14:15). Cuando sintamos una sed fuerte, recordemos esa sed ardiente que sufrió Jesús en la cruz. Se dice de una santa que en la parte más calurosa del verano, cuando la atormentaba la sed, se dedicaba a pensar en la terrible sequedad de garganta que padeció Jesús al ser crucificado, tan fuerte y terrible que le obligaba a gritar "tengo sed" y meditar: en este tormento del Redentor se animó a sufrir también el martirio de la sed, por la salvación de las almas. Que el recuerdo de la sed de Jesús en el Calvario nos lleve a nunca beber más de lo necesario.

EL OLOR

Cuando percibimos un olor suave y agradable, y saboreamos el aroma de las flores y los perfumes refinados, que según el Libro de los Proverbios, “alegran el corazón” (Pr 27,9), recordemos que el Libro del Apocalipsis anuncia que todos días “los seres celestiales traen ante el Trono de Nuestro Señor unos cálices muy dulces y aromáticos, llenos de perfumes y este incienso son las oraciones de los fieles en la tierra” (cf. Ap 5,8). Y cuando tengamos que experimentar el asco de algún hedor desagradable, especialmente el que proviene de algunos enfermos graves o de ciertos cuerpos en descomposición, no olvidemos que es así y mucho peor, el hedor de un alma en pecado, que es verdaderamente desagradable ante la presencia de Dios y sus santos. Y esa alma en tan grave estado de descomposición puede ser nuestra si vivimos en paz con algún pecado, porque entonces se nos pueden repetir las palabras del Libro Sagrado: “Pareces estar vivo, pero estás muerto” (Apoc 3, 1). Digamos a Nuestro Señor: “Espero que en nuestra vida podamos repetir lo que san Pablo dijo a algunos de sus fieles: “Vuestro sacrificio sube a Dios como un suave aroma que él acepta con agrado” (Flp 4,18).

LA OREJA

Cuando escuchemos música muy agradable, recordemos que toda melodía verdaderamente hermosa es inspirada por el Espíritu Santo. Cuando los artistas componen algunas piezas musicales famosas, pueden decir lo que dijo un autor universalmente famoso: “mientras compongo mi música, lo único que puedo hacer es escribirla, porque llega a mi cerebro y a mis oídos, como si viniera del cielo. . Y al escuchar algunas piezas musicales que nos conmueven y alegran el alma, decimos: “Si esto es aquí en el exilio, ¿cómo será allá en la patria verdadera donde la inspiración será total?” En una catedral, mientras orquestas y coros cantaron hermosas composiciones musicales, un famoso arzobispo, temblando de emoción, dijo a la persona que tenía al lado: 'Hermano mío: si así es aquí, ¿cómo será en el cielo?' “Esto es lo que se llama sublimar lo que entra por los sentidos”.

CAPITULO 22

¿CÓMO PODEMOS UTILIZAR SERES VISIBLES PARA ELEVAR NUESTROS CORAZONES A DIOS?

Ciertos santos como San Francisco, San Antonio de Padua, Santo Domingo de Guzmán, Santa Gertrudis y muchos más, recibieron del Espíritu Santo el don de la piedad que consiste en sentir por Dios un cariño como el que sienten los niños más agradecidos del mundo. sienten por sus padres los más amables que existen. Y este don de piedad les hizo recurrir a los más diversos seres sensibles para elevar su corazón al buen Dios.

Así, San Francisco escuchó el canto de los pájaros y exclamó: “Pajaritos del bosque, con vuestro canto me enseñáis a no dejar nunca de alabar a mi Dios y cantar en su honor”. Y vi las hermosas flores del campo y les dije: “Por favor: sigan recordándome que yo también debo vivir siempre orientada hacia el cielo, hacia mi sol que es Jesucristo y exhalar continuamente el perfume de mis oraciones”. San Antonio de Padua caminaba por los campos cantando alegremente y diciendo: “Quiero unirme a la voz de los pájaros y al perfume de las flores y al ruido de las corrientes de agua, para alabar y bendecir a mi Creador”. São Domingos hizo algo similar.

Se dice que una santa, en medio de las más terribles tormentas, mientras otros se escondían por temor a los rayos, miró al pórtico de su casa y exclamó sonriendo:

"Cuán poderoso es mi Padre Dios. Qué maravilloso tener como iPadre y amigo, soy el ser más poderoso que existe!"

Un niño que en muy poco tiempo alcanzó una gran santidad le dijo a su padre una noche estrellada mirando al cielo: "Padre, si el cielo es tan hermoso de este lado, ¿cómo será del otro lado?" Y se emocionó pensando en el Paraíso que nos espera.

El Salmo 8 dice: "Oh Señor, cuando miro el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú creaste, me pregunto: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?"

San Francisco de Asís, al ver en el campo una corderita blanca, hermosa, inocente, mansa y pacífica, la tomó en sus brazos y le dijo con entusiasmo: "Oh corderita inmaculada, que te dejas llevar al matadero sin ofreciendo la más mínima resistencia; cuánto "me recuerdas al amado Cordero de Dios que fue llevado al Calvario sin ofrecer la más mínima oposición, y que murió sin causar daño a nadie y demostrando la más admirable mansedumbre y la más perfecta inocencia".

Cuando sintamos un fuerte aguacero o una llovizna continua, pensemos que estas son las gracias y ayudas que Dios nos envía desde el cielo, a veces grandes y vistosas como las aguas de un fuerte aguacero, y otras veces pequeñas pero continuas como las de un fuerte aguacero. una suave llovizna.

Cuando veamos algunos árboles frutales, preguntémosnos: "¿Estaré produciendo frutos de vida eterna en mi vida? O seré un árbol que no da fruto o da malos frutos y el hacha de la justicia divina vendrá a desgarrarme". en pedazos y arrojarme al fuego?"

A veces, cuando escuchamos cantar a un gallo, pensamos: "¿Qué me dice este gallo cantando? ¿Me dirás como San Pedro: "Negaste a tu Señor? ¿Pides perdón?"

Si nos acercamos a la orilla de un río, pensamos: "Nuestras vidas son las aguas que corren hacia el mar, que es la muerte. Allí encontraremos el océano infinito que es el Poder y la Bondad de Dios..."

Cuando veamos una imagen de la Santísima Virgen, recordemos que esta buena Madre nos espera en el cielo y está dispuesta a venir a ayudarnos en la tierra siempre que le pidamos su poderosa protección. Pensemos lo mismo cuando veamos la imagen de un ángel o de un santo.

Cuando veamos volar una paloma, pensemos en el Espíritu Santo, y cuando contemplemos a una madre abrazando a su hijo, recordemos lo que dice Dios en la Sagrada Escritura: "Como una madre consuela a su hijo, así consolaré a mis creyentes". ." (Is 66,13).

QUE NUESTRA MENTE SE DIRIJA HACIA DONDE ESPERA LA VERDADERA ALEGRÍA Cf. "ORAR" en la Santa Misa.

CAPITULO 23

EN EL CAMINO DE GOBERNAR LA LENGUA

El Salmo 18 hace una importante petición a Dios: "Oh Señor, que las palabras de mi boca te sean agradables, y por tanto los pensamientos de mi corazón te sean agradables". Para que el lenguaje humano quede contenido dentro de los límites de la prudencia. , debe ser gobernado con cuidado, porque todos tendemos a hablar más de lo que deberíamos y a decir lo que no es apropiado. O como dice el apóstol Santiago: "Los seres humanos son capaces incluso de domesticar ellos mismos a los animales salvajes. Lo único que no podemos el amo es nuestra propia lengua" (cf. Santiago 3).

Hablar demasiado casi siempre resulta de una falta de autocontrol. Y así como uno no puede controlar su propia lengua, tampoco puede controlar otras inclinaciones

indebidas de la naturaleza. Hablar mucho también surge del placer que sentimos al escucharnos a nosotros mismos, olvidando que los demás no sienten la misma satisfacción al escucharnos que nosotros cuando hablamos.

No debes confiar demasiado en estas bolsas llenas de palabras, dicen los psicólogos. Hablar demasiado puede venir de que nos apasiona demasiado nuestra propia opinión y queremos imponerla a los demás, intentando dominar la conversación y que todos nos escuchen como profesores.

La locuacidad o la costumbre de hablar demasiado tienen consecuencias perjudiciales.

Esto conduce a la pereza (una persona locuaz tiene una lengua más larga que su mano, dice el refrán, lo que significa que sus obras no equivalen a sus palabras). En muchas conversaciones no faltará el pecado, afirma el libro de Proverbios. Resulta que la charla lleva a mentir, a murmurar, a decir lo que no se debe decir, a pronunciar palabras inútiles y hasta dañinas. San Bernardo recomendaba con razón: "Debemos comprar de Dios con la oración la gracia de hablar para hacer mucho bien y nunca mal".

No tengamos conversaciones muy largas con personas que demuestran que se cansan de que hablemos mucho. E incluso con aquellas personas que son muy educadas y nos escuchan con aparente atención, tratemos de no cansarlos con palabras exageradas. Espero que todos los que tratan con nosotros tengan ganas de volver a escucharnos y que nadie tenga que abandonar nuestra presencia con una indigestión intelectual de tanto escucharnos hablar.

Tenga cuidado con el énfasis.

Necesitamos enfatizar, darle mucha fuerza a las expresiones que decimos. Este hablar en voz muy alta produce disgusto en quienes nos escuchan porque demuestra que tenemos una confianza exagerada en lo que decimos y que queremos imponer lo que decimos. Y eso es vanidad.

Nunca debes hablar de ti mismo, ni de tus pertenencias o de tu familia, salvo cuando sea realmente necesario hacerlo, y en estos casos debes proceder con mucha moderación y ser lo más breve posible, porque aquí el orgullo lleva fácilmente a la exageración y al aumento de la propia vanidad. Si escuchamos que a alguien le gusta hablar de sí mismo, de su familia y de sus acciones, no lo despreciamos, pero tenemos cuidado de no imitarlo en esto. Y ni siquiera hablemos de nosotros para despreciarnos y menospreciarnos, porque el amor propio es tan traicionero, que para hacernos hablar de nosotros no nos importa si es con pretexto de despreciarnos, porque al final lo que somos lo que busca es aparecer y ser protagonista, aunque tenga que disfrazarse de su propio desprecio.

O hablas bien de tu prójimo o no.

En ésta, como en todas nuestras conversaciones, debemos practicar esta regla o norma que aconsejaban los antiguos directores espirituales: "Si hablamos, que sea para decir algo que sea mejor que el silencio". Una santa pareció escuchar en una visión que su ángel de la guarda le daba este consejo: "Nunca pronuncies un juicio negativo contra nadie", que equivale a esta orden de Jesús: "No condenes y no serás condenado por Dios" (cf. Mt7,1).

Y cuando escuchemos cosas malas de otras personas, hagamos lo que recomendaba el antiguo sabio: "Pon una cara tan triste que parezca que vamos a llorar". Quien habla en contra de los demás verá en nuestra cara que su conversación nos desagrada y tal vez ya no se atreva a continuarla. Un sacerdote que tenía fama de ser un verdadero hombre de Dios, al oír un día a un colega hablar mal de otro, le dijo: "¿Y qué ganas con decir eso?"

El otro comprendió y guardó silencio. Hagámonos esta pregunta cuando tengamos ganas de hablar en contra de alguien. "¿Y qué gano yo con decir eso?"

Hablemos con agrado de Dios y de sus obras y favores, y cumplamos lo que el ángel Rafæel dijo a Tobías: “Nunca debemos avergonzarnos de contar los favores que de Dios hemos recibido”. Pero como somos gente bastante ignorante en estas materias, preferimos escuchar a otros que hablan mejor que nosotros, cuando hay quienes quieren proclamar las maravillas de nuestro Creador. De esta manera cumpliremos lo que aconseja el Libro del Eclesiástico: “Escuchemos con agrado toda buena conversación sobre Dios”.

Los temas mundanos y dañinos, ni siquiera los nombraremos.

En esto es necesario cumplir lo que ordenó el Apóstol San Pablo: “Las impurezas, los males, las cosas que llevan a la avaricia, no queden nombradas entre nosotros”, porque queremos alcanzar la santidad. Las groserías, las bromas duras y las mentiras no son aceptables en nuestros labios, pero sí la acción de gracias (cf. Ef 5,4). Las palabras inmodestas, incluso si se dicen sin malas intenciones, pueden herir a las personas débiles que nos escuchan. Los labios dedicados a alabar y bendecir a Dios no deben dedicarse a hablar cosas malas o dañinas. Por eso el apóstol Santiago exclama: “Nunca debe suceder que la lengua con la que bendecimos a Dios se convierta en maldecir a otros.

Precaución: antes de hablar: conecte su cerebro. Los sabios siempre han recomendado que quienes deseen alcanzar la perfección se acostumbren a que cada palabra que llega a sus labios pasa primero por el cerebro, para poder juzgar si debe ser pronunciada o si debe ser silenciada. Muchas cosas que en el fragor de una conversación parecen a primera vista probables de decirse, si razones con calma llegarás a la conclusión de que sería mejor enterrarlas en silencio y, en lugar de decirlas, reprimirlas. Muchas veces es necesario guardar silencio ante esas cosas vívidas que nos suceden, porque la impulsividad no siempre es la mejor y muchas veces es la menos conveniente. Los directores espirituales preguntan a menudo a las personas que dirigen: “¿Cuántas abstinencias de palabras habéis hecho estos días para la salvación de las almas y como penitencia por vuestros pecados?” Porque saben muy bien que si alguien domina el idioma, será más fácil dominar también sus impulsos. Desafortunadamente, muchos de nosotros tendríamos que escuchar a menudo: “Hoy perdiste la oportunidad de guardar silencio sobre algo que no deberías haber dicho”.

SILENCIO

Uno de los remedios más beneficiosos para formar una verdadera personalidad es acostumbrarse a callar lo que no es necesario decir: “Habla menos y serás más feliz”, decía un mæstro espiritual a sus discípulos. Quien se acostumbra a disciplinar y refrenar su lengua para no decir lo que no conviene, adquiere con este ejercicio de la voluntad la capacidad de alcanzar luego grandes victorias espirituales. Su primer biógrafo dice de Santo Domingo de Guzmán: “Hablaban pocas palabras cuando hablaba de temas mundanos. Pero cuando hablaban de Dios, de temas religiosos y espirituales, él hablaba con entusiasmo”.

Remedios para conseguirlo.

Para acostumbrarse a permanecer en silencio es muy útil pensar y meditar en los grandes beneficios de permanecer en silencio y el daño que supone hablar más de lo necesario. El silencio ayuda mucho a obtener la meditación en la oración. El apóstol Santiago dijo: “El que sabe refrenar su lengua, sabrá también refrenar las demás inclinaciones de su cuerpo” (Santiago 3:2). Pero añada inmediatamente: “La lengua no mortificada es como una chispa que prende fuego a todo un cañaveral, o como un veneno que contamina toda la existencia de quien la posee”. Si los pecados que cometieron con su lengua fueran eliminados de la vida de

algunas personas, la cantidad de fracasos y la cantidad de problemas que tuvieron y causaron a otros disminuiría enormemente.

Aprende a callarse estando en silencio.

Algunos estudiantes universitarios pidieron a un monje famoso que les aconsejara sobre un método para aprender a controlar sus propias inclinaciones, y su única respuesta fue hacer una cruz en sus labios. Quería decirles que si podían dominar su idioma, más adelante también podrían dominar sus otras inclinaciones. Es necesario guardar algo en silencio todos los días. Algo que no se dice no nos hace daño a nosotros ni a los demás. Cumplamos lo que recomienda el libro de Eclesiastés: "Sean pocas tus palabras" (Ec 5,1-2). Pero que sean pocos y amables; pocos y agradables; pocos y felices. Pocos y útiles. Para que no les pase a ciertos pequeños que hablan poco, pero cuando abren la boca es para reprender, para criticar, para amargar la vida de los demás, lo que nos pasa a nosotros. Dan mala impresión con esta forma de hablar.

CUIDADO CON EL MUTISMO

Hay individuos que confunden la falta de palabras con tener un desagradable mutismo en el trato con los demás. Un mutismo educado, artificial y exagerado que les hace parecer muy informados de todo lo que dicen los demás, o como si no les interesara en absoluto la conversación que mantienen las personas de su entorno. Pero afortunadamente también hay personas que dicen muy poco, pero le dan tanta importancia a lo que dicen los demás que su trato llega a ser verdaderamente agradable y amigable. Quien convierte en oro lo que dicen los demás se gana su simpatía. Pero alguien que en la conversación se comporta como una estatua, que ni habla ni parece prestar atención a lo que dicen los demás, se vuelve indeseable. Una pregunta a tiempo. Apoya lo que dice la otra persona. Mostrar interés por el tema que están tratando, etc.

Al pie de una imagen en un camino había esta hermosa inscripción: "Señor: enséñanos a orar y a escuchar. Hablar y permanecer en silencio". Hermosa oración, digna de ser repetida muchas veces a lo largo de nuestra vida.

QUE NUESTRA CONVERSACIÓN SE LLENE DE LA SAL DEL PLACER Y DE LA BONDAD (Mc 9,50)

CAPITULO 24

CÓMO ALEJARSE DE LAS PREOCUPACIONES Y EVITAR LAS PREOCUPACIONES DEL CORAZÓN

Cuando los enemigos del alma no pueden hacer vivir a una persona cometiendo pecados graves, al menos intentan hacerla vivir llena de preocupaciones y preocupada por mil cosas. Y es necesario recordar que cuando se pierde la paz del corazón, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para recuperarla y tratar de que nada en el mundo pueda hacernos vivir llenos de deseos o preocupaciones. Debemos considerar como dichas a nosotros aquellas palabras que fueron dichas en tiempos del profeta Elías: "El Señor no está conmovido ni agitado" (1 Reyes 19,9) y dar a nuestra alma la reprimenda que Marta recibió de Jesús: " Te preocupas por muchas cosas, pero sólo una es necesaria."

Arrepentimiento, pero no remordimiento.

Cuando cometemos errores debemos sentir una ligera tristeza por haber ofendido a un Dios tan bueno y tan generoso con nosotros. Sintiendo por nuestra alma manchada y derrotada la misma conmiseración que tendríamos por una persona a la

que estimamos mucho y a quien vemos haber caído en faltas y pecados. Pero el arrepentimiento debe ser tranquilo, sin preocupaciones exageradas ni falta de coraje. Porque esto último ya no sería verdadero arrepentimiento o contrición por haber ofendido a Dios, sino remordimiento o disgusto porque Él nos hizo daño al pecar.

PACIENCIA EN EL MEDIO AMBIENTE

La paciencia, según Santo Tomás, es la virtud por la cual, ante el mal, no nos dejamos vencer por la tristeza o el disgusto. Jesús puso como condición para seguirlo llevar pacientemente la cruz del sufrimiento diario. Y estos nunca le fallarán a nadie. Unas veces será una enfermedad, otras una situación económica grave, o un accidente, o la muerte de un ser querido, o una persona que nos trata sin caridad o con severidad o humillación, o un trabajo agotador e ingrato, o un viaje. .situaciones aburridas, o situaciones imprevistas que acaban con todos nuestros planes, etc.

TRES ACTITUDES

Ante estos contratiempos podemos tomar una de tres acciones:

1 a . La de Jesús en el Huerto de los Olivos: clamar: “Padre, si no es posible apartar de mí este cáliz de amargura, hágase tu santa voluntad”. Esta actitud trae paz en la tierra e inmensas recompensas en el cielo. Y como Jesús, el Padre nos enviará un ángel para consolarnos.

2 a . Actitud: La de los antiguos estoicos. Soportad el mal sin vacilar, por el solo placer de demostrar que el mal no os puede mover ni perturbar. Esta actitud admira a las personas, pero por falta del detalle de ofrecerlo todo por amor a Dios, puede quedarse sin mucha recompensa para el cielo.

3 a . Actitud: La de los renegados. Sufren al maldecir y negar. El Apocalipsis dice de ellos que los sufrimientos que les sobrevienen no les ayudan a mejorar y a pagar por sus pecados, sino que los empeoran y los hacen más maldecidos. Un ejemplo clásico es el del mal ladrón que, a pesar de sufrir en la cruz, aun así se burló de Jesús en lugar de pedirle perdón y ofrecerle sus sufrimientos (todo lo contrario de lo que hizo su compañero, que aprovechó esos tormentos para ofrecérselos a Cristo y hacer que lo lleve esa misma tarde al Paraíso).

¿Por qué Dios permitirá que suframos?

El sufrimiento que nos llega no es la venganza de Dios. Es demasiado grande para dedicarse a vengarse de gorgojos tan pequeños como nosotros. Por cada ofensa impone una pena, pero no en venganza, sino por estricta justicia. Los sufrimientos que nos sobrevienen no significan que Dios no nos esté escuchando o que esté disgustado con nosotros. No. Él permite el sufrimiento para que le paguemos las deudas que le debemos por tantos errores que hemos cometido y para que con ellos podamos ganar grandes recompensas para el cielo.

Anticipa lo que sucederá.

Para no impacientarse cuando llegan los contratiempos, conviene acostumbrarse a anticipar las dificultades que se presentarán durante el día. ¿Que en un viaje que vamos a realizar habrá retrasos muy molestos? Pues si nos adelantamos a ellos, cuando lleguen no nos irritarán tanto porque nos hemos preparado para resistirlos. Y así tendremos menos ansiedad.

Recuerda que todo acaba saliendo bien.

Convenzámonos de que los contratiempos y dificultades que se nos presenten no son realmente malos, sino más bien una oportunidad para lograr cosas buenas para el alma y para la eternidad. Los propósitos por los cuales Dios permite que estos sufrimientos lleguen a nosotros pueden permanecer ocultos y desconocidos para nosotros, pero podemos estar seguros de que al final de nuestras vidas, cuando lleguemos a la eternidad, podremos repetir lo que José les dijo en Egipto. . a los hermanos que lo vendieron como esclavo: "Fue Dios quien permitió esto, que parecía un gran mal. Y lo permitió porque de ello resultaría un gran bien" (Gén 45). Recordar esto te libera de muchas preocupaciones.

Intentemos ser siempre felices.

La tristeza hace mucho daño al corazón y no trae ningún beneficio al alma, y casi siempre proviene de recordar las pocas cosas desagradables que nos han sucedido y olvidar las muchas cosas agradables y beneficiosas que Dios nos ha permitido hacer. A los enemigos de nuestra santidad les conviene que vivamos tristes porque la tristeza apaga el entusiasmo y nos desalienta de hacer el bien. Pero vivir triste (si no es porque se padece alguna enfermedad que produce tristeza, y luego hay que tratar de curar esa enfermedad con medicamentos porque puede derivar en otras enfermedades muy graves y dañinas) vivir triste es ingratitud hacia Dios, porque por cada evento desagradable o dañino que nos sucede, nos llegan diez o más eventos placenteros y beneficiosos.

CUIDADO CON LOS DESEOS EXAGERADOS O INSTANTÁNEOS

Otra trampa que provoca inquietud en el alma es llenarse de deseos y planes exagerados y dedicarse a intentar ponerlos en práctica rápidamente. Los orientales dicen que una persona tiene mayor paz cuanto más sabe moderar sus deseos. Cuando se nos ocurra un deseo o se nos ocurra un plan, pidamos al Espíritu Santo que nos ilumine si es de Dios y es para nuestro mayor bien.

Esperamos que también podamos consultar a alguna persona prudente y espiritual. Y luego intentemos mortificar nuestra excesiva vivacidad, que quiere llevarnos a intentar inmediatamente poner en práctica lo que nos pasó. Esta mortificación hace que nuestro trabajo sea más perfecto y más agradable a Dios que si lo hubiéramos hecho apresuradamente y demasiado rápido. Las personas prudentes dejan fermentar poco a poco las ideas en su cerebro, cocinándolas con el fuego de la oración y el combustible llamado "pedir consejo a quien sabe". Jesús dijo que si comienzas una obra sin hacer cálculos sobre si podrás terminarla y luego no la terminas, la gente se burlará de nosotros y dirá: "Él la comenzó y no pudo terminarla". Vayamos poco a poco y lleguemos más lejos.

Ten cuidado con los recuerdos amargos.

Para evitar el mal nocivo que es la inquietud, conviene alejar de nuestra mente esos recuerdos amargos y tristes que quieren anidar allí como dañinos roedores. Viviendo pensando en ello lo que logras es que queden grabados en la mente de tal manera que luego no podremos salir de allí. Y son recuerdos que, en lugar de ayudarnos a mejorar, lo que hacen es llenar el alma de preocupaciones vanas y amargas inútiles. ¿Que alguien nos humilló y nos atacó injustamente? Pues con esto aumentó nuestra humildad y ejercitó nuestra paciencia. ¿Que hemos cometido muchos pecados graves en el pasado? Pero ¿las hemos confesado y pedido perdón a Dios muchas veces? ¿Por qué seguir recordándolos?

Más bien, sumergámoslos en el inmenso océano de la bondad y la misericordia de Dios y así se cumplirá lo que prometió el profeta Miqueas: "Tú, oh Dios, arrojarás al fondo del mar todos nuestros pecados, para que nunca nos acordemos de otra vez" (Mt 7,19).

¿Por qué seguir atormentándonos con estos recuerdos de un pasado que por muy angustiados que estemos no podemos cambiar ni dejar de ser así?

Confiemos el pasado en manos de Dios y dediquémonos a vivir el presente con alegría y optimismo, esforzándonos por agradarle con nuestro buen comportamiento.

¿Que tuvimos una imprudencia tremenda que nos causó enormes pérdidas? Aprovechemos esta amarga experiencia para aprender lecciones para el futuro, pero no nos amarguemos llorando sobre la leche derramada, porque llorando no podremos recoger nada. Empecemos de nuevo con valentía, porque hay muchas personas que, imprudentemente, perdieron los ahorros de toda su vida y luego, con la ayuda de Dios, lograron recuperarse y volver a ponerse en pie. Pero si nos dejamos llevar por la preocupación y la depresión, destruiremos nuestra salud nerviosa, acortaremos nuestra vida, y con estas preocupaciones no podremos remediar nada, dice San Pedro: "Pongamos nuestras preocupaciones en en manos de Dios, que se interesa por nosotros." (1P 5.7).

Analícemos nuestros arrepentimientos.

Si nos llevan a confiar más en la divina misericordia de Dios, a pedir perdón y comenzar una vida más virtuosa, a ser más humildes y más comprensivos con los demás, entonces son beneficiosos.

Pero si sólo nos llenan de amargura y desaliento, rechacémoslas como provenientes de un espíritu maligno, porque podrían ser sugerencias del enemigo para hacernos vivir llenos de preocupaciones inútiles.

Cuando recordemos acontecimientos dolorosos, analícemos si recordarlos nos ayuda a atacar nuestro orgullo y amor propio, que es el enemigo más temible que tenemos. Si su recuerdo nos lleva a tener más agradecimiento a Dios y menos confianza en nuestras propias fuerzas. Si, al recordar estos acontecimientos, nos sentimos impulsados a pedir más ayuda y perdón a Dios. En estos casos, son recuerdos útiles. Pero si, por el contrario, al recordar estos amargos acontecimientos nos inquietamos, nos desanimamos, nos volvemos más temerosos de hacer el bien y más pesimistas, y nos llenamos de resentimiento y deseo de venganza, llega la impaciencia, la amargura y el rechazo airado. a nosotros por lo que nos hizo sufrir, así que eso sí, tengan mucho cuidado, que por ahí camina el ángel de las tinieblas que está triste cada día y minuto de su vida y quiere contagiarnos con su tristeza y amargura. Dios es paz, y sus pensamientos son de paz y no de amargura.

Repitamos las palabras que dijo un santo: "Tristeza y melancolía, dejad mi alma".

Vivir recordando el pasado con asco es una tristeza inútil.

Ya no cambiará ni un milímetro. Por otro lado, qué reconfortante es recordar lo que dice el libro del Apocalipsis, que al final de nuestro tiempo se abrirá el Libro de la Vida donde está escrito todo lo que hemos sufrido y cada uno será pagado según sus méritos. Qué consuelo pensar que ninguno de nuestros sufrimientos habrá sido olvidado por Dios. Él les permitió venir a nosotros, sabrá recompensarlos muy bien y su recompensa será eterna y maravillosa. Un recuerdo como este beneficia el alma y la llena de entusiasmo.

PONGAMOS NUESTRAS PREOCUPACIONES EN MANOS DE DIOS, QUIEN SERÁ EL ENCARGADO DE DARNOS SOLUCIONES (Salmo 55)

CAPITULO 25

¿QUÉ DEBEMOS HACER CUANDO SUFREMO UNA DERROTA EN EL COMBATE ESPIRITUAL?

"Siete veces cae el justo, pero cuantas veces se levanta." El Libro de los Proverbios dice y como lo más grave no es caer en la debilidad y la miseria, sino permanecer caído y no levantarse a tiempo, añade: "En cambio, el imprudente queda hundido en su miseria espiritual" (Pr 24,16).

Cuando cometemos un error, ya sea por imprudencia o sorpresa, ya por malicia y premeditación, lo importante es no desanimarnos, no dejar de luchar por recuperar la amistad con Dios, la paz y la pureza del alma. Cuando nos sucede hacer, decir o pensar algo que va en contra de la ley de Dios, debemos decir humildemente a Nuestro Señor: "Dios mío: acabo de mostrar lo que soy: miseria, debilidad, mala inclinación. ¿Qué más se puede esperar de una criatura tan miserable y débil como yo, aparte de caídas, infidelidades y pecados?"

Así que dediquemos unos momentos a considerar cuán débiles e inclinados al mal somos y cuán vil y miserable es nuestra naturaleza pecaminosa, y sin desanimarnos, convirtámonos en santos enojados con pasiones y malas costumbres, y exclamemos: "Yo no habría Si tu infinita bondad, Dios mío, no me hubiera ayudado, habría cometido faltas aún más graves".

Y demos gracias a Dios por habernos perdonado tantas veces para que se cumpliera lo que dijo Jesús: "A quien mucho se le perdona, mucho se le ama" (Lucas 7,47).

Admiremos su infinita bondad que con tan admirable paciencia nos ha sostenido hasta hoy y pidámosle que nunca nos suelte de su santa mano, porque si nos suelta nos hundiremos en el abismo de todos los vicios.

Hagamos con frecuencia la oración del publicano del Evangelio: "Misericordia, Señor, que soy pecador" (Lucas 18,13). Y agreguemos: "Oh Señor: no permitas que me aparte jamás de Ti. Pecamos y cometemos iniquidades, pero tu misericordia es mayor que nuestra miseria, y tu poder es mucho mayor que nuestra debilidad en la infidelidad y en el deseo". tenemos que recuperar tu divina amistad".

Algo que no conviene.

No nos detengamos a pensar si Dios nos ha perdonado o no. Esto puede causarnos preocupación y pérdida de tiempo. Si nos arrepentimos. Si tenemos el firme propósito de no seguir cometiendo estas faltas, si humildemente pedimos perdón al Señor y nos confesamos a su debido tiempo, no sigamos dudando si Dios nos ha perdonado o no. Continúa repitiéndonos las palabras que pronunció a través del rey David: "Dios no desprecia jamás el corazón humillado y arrepentido" (Sal 51,19).

Pongámonos con confianza en las manos de la bondad divina y, aunque hayamos cometido muchas faltas, recordemos lo que dijo el Señor a través del profeta: "Aunque por tus faltas tu alma esté roja como el paño más rojo, yo la blanquearé como la nieve" (cf. Is 1,18). Cultivemos el verdadero temor de nuestra total debilidad, la inclinación al mal, el santo horror y el disgusto por todo lo que es pecaminoso y ofensivo para Dios, esforcémonos comportarnos de ahora en adelante con mayor prudencia y más cuidado, y si hacemos lo que podemos, Dios se encargará de concedernos lo que no podemos lograr con nuestras propias fuerzas.

No nos olvidemos de las caídas, ya que su memoria puede ser útil para caminar con más cuidado en el futuro. Y recordemos siempre cuán grande es la bondad de Dios que a pesar de tantas infidelidades que hemos tenido, nos sigue amando con un amor tan inmenso. Él continúa repitiéndonos: "Con amor eterno te he amado" y "te devolveré la belleza espiritual que una vez tuviste" (Jer 31,3).

CAPITULO 26

LOS CUATRO TIPOS DE ACCIONES MAL QUE EXISTEN EN LAS PERSONAS EN RELACIÓN CON EL PECADO

En la lucha contra el pecado, muchas personas pueden y tienen algunas de estas cuatro acciones, que son extremadamente equivocadas y peligrosas:

1 a Hay quienes se han esclavizado al pecado y no piensan en salir de esa esclavitud.

dos a Otros quieren salir de esta esclavitud, pero nunca intentan seriamente liberarse de esta opresión.

3 a Muchas personas imaginan que ya han avanzado mucho en el camino hacia la perfección y no se dan cuenta de que su debilidad y pereza ante el pecado los ha mantenido enormemente alejados de la santidad y la perfección.

4 a Otras personas, después de haber alcanzado un alto grado de virtud, se vuelven descuidadas y caen en una terrible ruina espiritual y en un gran peligro de perderse. Estudiemos estas cuatro acciones erróneas para ver si estamos en alguna de ellas e intentemos salir de allí.

PRIMERA ACCIÓN MAL: SER ESCLAVOS DEL PECADO Y NO PENSAR EN SALIR DE ESTA ESCLAVITUD.

Los enemigos de nuestra salvación no quieren más que dejarnos en paz y tranquilidad respecto a nuestros pecados. Cualquier pensamiento o deseo de conversión que nos llegue intentará apagarlo y alejarlo, y si alguien quiere aconsejarle que sería mejor cambiar su vida y empezar a comportarse más de acuerdo con la ley de Dios, inmediatamente cambia la tema y trate de no hablar sobre el tema.

Y los tres enemigos de la santificación: el mundo, el diablo y la carne o pasiones carnales, se esfuerzan por brindarnos continuamente nuevas oportunidades de pecar, nos ponen trampas y lazos traicioneros para que continuemos nuevamente en viejas faltas; y tratan de endurecer nuestra conciencia de tal manera que ya no nos conmuevan por la bondad que Dios tiene para con nosotros, ni por las sanciones que Su Divina Justicia enviará contra nuestros males, ni por las pérdidas y daños que vendrán a nosotros pecando. Y así el alma pecadora corre continuamente hacia su perdición, cae de abismo en abismo, y se aleja cada vez más de la perfección y de la santidad, y si Dios no interviene con un milagro de su gracia, quedará completamente arruinada.

Hay dos remedios para frenar esta carrera hacia el abismo del pecado.

La primera es prestar atención a las inspiraciones y remordimientos que sentimos en nuestra conciencia. Decía el poeta: "La conciencia corrige tan pronto y bien al culpable, que son pocos los que no quedan ahorcados en el alma", dijo San Agustín: "El mayor peligro para un pie herido es que ya no duela, porque entonces no hay remedio. Se iniciará la circulación sanguínea y se producirá gangrena. El mal terrible y aterrador para un alma pecadora es que ya no siente remordimiento por haber pecado. Si no lo sientes, estarás irremediabilmente perdido. Pero si le duele la conciencia y la escucha, todavía tiene esperanza de enmienda y salvación.

El segundo remedio es clamar mucho a Dios, pidiéndole ayuda y perdón. Miremos el crucifijo y pidámosle que nos dé verdadera contrición por nuestra maldad. Elevemos la mirada al cuadro de la Virgen María y a Ella, que es refugio de los pecadores, digamos: "Ven, Madre mía, en mi ayuda, que me están derrotando". Y Dios cumplirá lo que prometió en el Apocalipsis: "Derramará gotas curativas en los ojos de tu alma para que veas la fealdad de tus faltas y las aborrezcas y puedas evitarlas".

TENGO CONTRA USTEDES, QUE HABÍAN PERDIDO EL FERVOR DE ANTES.
Date cuenta de dónde caes. ARREPENTIRSE Y VOLVER AL BUEN COMPORTAMIENTO.

SI NO TE ARREPIENTES, VENDRÉ Y TE QUITARÉ DEL LUGAR IMPORTANTE DONDE ESTÁS (Apocalipsis 2:4)

CAPITULO 27

LA SEGUNDA ACCIÓN MAL. NO COMIENCES EN SERIO A TRATAR DE DESHACERTE DE LA ESCLAVITUD DEL PECADO

Muchos son conscientes del mal estado de su conciencia e incluso quieren mejorar su comportamiento, pero se dejan engañar por una trampa extremadamente peligrosa: dejar para más tarde empezar a reformarse seriamente. Se olvidan que quienes siempre dicen: "Después", terminan diciendo: "Nunca más". Deben decidir no dejar para mañana los esfuerzos que no quisieron hacer ayer.

Porque la excusa complicada es decir: "Me voy a centrar primero en algunos temas que tengo entre manos y luego veré cómo puedo intentar mejorar mi comportamiento". Y "después" se convierte para ellos en "nunca".

"Señor más tarde".

Llamaban a Antígono, rey de Macedonia, "el señor después", porque siempre que le pedían un favor él respondía con esa pequeña frase: "más tarde" y luego no concedía los favores que le habían solicitado. El mundo está lleno de hombres y mujeres que podrían adoptar un segundo apellido, después de aquel con el que la gente los conoce y su segundo apellido podría ser: "Más tarde", porque eso es lo que siempre dicen que les propone una voz en el alma. : "Empieza a comportarte mejor, conviértete, comienza una vida de virtud, fervor y santidad". Los campesinos repiten un dicho que dice: "El que ahorra para después, ahorra para el perro", que es como decir: "Dejar para después es renunciar a lo que hay que hacer ahora".

Hoy es mi día.

Los psicólogos recomiendan crear un lema muy útil: "Hoy es mi día". Si voy a empezar a tratar a las personas con amabilidad, ¿por qué no empezar hoy? ¿Por qué dejarlo para más tarde? ¿Empezaré a guardar silencio sobre lo que no debería decir? ¿Desde cuando? ¿Desde la mañana? ¿Y por qué no a partir de hoy? ¿Quiero controlar mis ojos para que no persigan lo que no conviene a mi alma? ¿A partir de la próxima semana? ¿Y no sería mejor a partir de ahora? ¿Quién garantiza que el mañana vendrá por mí? El apóstol Santiago dice: "No digáis: 'Mañana haré esto y aquello', porque no sabemos si el mañana vendrá por nosotros". ¿Quiero hacer alguna pequeña penitencia por mis pecados y por la salvación de las almas? Muy bien. Pero lo mejor sería empezar hoy, para que mañana ya no tengas ganas ni ganas de hacerlo. Cada uno de nosotros debería repetir lo que respondió un pecador a un santo predicador que le preguntó: ¿Y cuándo quieres convertirte? -y el otro respondió: "Quiero convertirme hoy". Señor, déjame ver. Cuando un ciego quiso que Jesús pusiera fin a su terrible ceguera, gritó: "Señor, déjame ver". También deberíamos rogarle con frecuencia algo similar: "Señor, que pueda ver qué hay en mí que debo corregir y cómo corregirlo". Y recordando nuestra terrible debilidad y pereza para poder atacar el mal, repetimos a Dios las palabras que dijo el héroe Balac en la Santa Biblia: "Si vienes conmigo, iré a la batalla; Si no vienes, no me atreveré."

Ahora empiezo.

Los maestros espirituales recomiendan a sus discípulos que de vez en cuando se digan: "Ahora empiezo", "a partir de hoy quiero cambiar", "No postergaré los esfuerzos que no he querido hacer hasta ahora. "

El infierno está lleno de buenos propósitos.

Los santos padres de la antigüedad repetían un dicho: "El infierno está lleno de buenas intenciones", para dar a entender que muchos se perdieron porque, aunque se propusieron hacer la paz, nunca se arriesgaron seriamente a hacerlo. Hoy podríamos exclamar: "El número de fracasos está lleno de personas que tomaron decisiones para ser mejores, pero nunca comenzaron a llevarlas a cabo". ¿No está mi alma entre los que no se arriesgaron a empezar ahora mismo a luchar decididamente contra la esclavitud del pecado? Si es así, tengo que gritar mi grito de independencia a partir de ahora y empezar a luchar contra tan terrible opresor.

HOY: SI ESCUCHAMOS LA VOZ DE DIOS (QUE NOS LLAMA A LA CONVERSIÓN) NO ENDURECEMOS NUESTRO CORAZÓN (NI DEJEMOS LA CONVERSIÓN PARA DESPUÉS) (Salmo 94)

CAPITULO 28

LA TERCERA ACCIÓN MAL ES IMAGINAR QUE YA ESTÁS CERCA DE LA SANTIDAD, CUANDO ESTÁS ENORMEMENTE LEJOS DE ELLA

Hay otro grave error en relación al pecado: olvidar las pasiones, vicios, malos hábitos e inclinaciones perversas que tenemos y dedicarnos a hacer planes quiméricos y fantásticos sobre una santidad que ya no imaginamos tener, sólo porque la imaginamos y deseamos. Y se cumple lo que dijo el poeta: "Mientras se seca el huerto, el río corre hacia abajo". Mientras vivimos pensando en una santidad idealista e imaginaria, dejamos de luchar contra las malas inclinaciones que nos llevan al pecado y siguiendo a hermosas mariposas que vuelan por el aire, nos olvidamos de cazar los ratones que devoran los productos de nuestro jardín.

DAR LO QUE NO TIENES

Y sucede que hacemos proyectos fantásticos sobre lo que no poseemos o no tenemos a mano y, en cambio, sobre lo que tenemos que hacer y responder, eso lo descuidamos. Nos pasa como aquel que decía: "Si tuviera dos carruajes lujosos le daría uno a los pobres". Y un amigo le preguntó: "¿Y si tuviera dos carretillas, también le daría una a los pobres?" -No. ¡No, no, eso! - ¿Es porque? Porque tengo ambas carretillas. Qué fácil es proponerse heroísmo con lo que no se tiene, pero qué difícil es ser generoso con lo que se tiene.

VALIENTE EN LO LEJOS, Y PEREZOSO EN LO CERCA,

Quienes los conocen dicen de ciertas personas: "Ante el peligro, mucho coraje. Quando chegar a hora: muito medo." Algo semelhante acontece com tantas pessoas em seus projetos espirituais e de santidade; Eles imaginam que se a perseguição vier eles darão sua vida em meio a terríveis tormentos para defender a santa religião, e com essa imaginação, eles já se consideram pessoas santas. Mas se lhes impõe a menor ofensa, eles irrompem em protestos, e à menor dor de uma doença já vivem reclamando. Eles facilmente desejam a santidade brilhante e a distante, mas rejeitam a santidade humilde que lhes é oferecido día tras día.

Medicamentos.

Para evitar estos engaños de nuestra imaginación, debemos pensar concretamente qué enemigos espirituales nos atacan y contra quién debemos luchar. En lugar de vivir imaginando situaciones fantásticas para el futuro, situaciones que seguramente nunca nos sucederán, analicemos con calma cuáles son los peligros y oportunidades que pueden hacernos fracasar ahora en el presente: esos arrebatos de mal humor,

esos pensamientos de orgullo, ese deseo de aparecer y ganarse la estima de los demás; esa amistad que nos roba del corazón el amor que debemos dirigir sólo a Dios y a las almas; ese deseo de poseer cada vez más, esa tristeza que nos trae tanta timidez...etc.

CUIDADO DE NO CONFUNDIR EL SUEÑO CON LA REALIDAD

El error de tantas personas es imaginar que por haber tomado ya la decisión o resolución de comportarse muy bien, eso significa que en realidad ya están cerca de la santidad. Nada más malo. Alguien puede saber muy bien lo que debe hacer y qué bien quiere lograr y cómo debe comportarse, pero si recuerda sus pasiones, sus malas inclinaciones, la debilidad de su voluntad y los ataques feroces que los enemigos de su alma, en cambio, de imaginar que ya estás cerca de la santidad, lo que sentirás será un gran miedo a tu propia debilidad y un deseo tremendo de implorar la ayuda de Dios Todopoderoso y pedirle la gracia de no caer en la tentación y de perseverar en el bien. hasta la muerte.

ESTÉ ALERTA, VIGILANTE Y ORA, PORQUE EL ESPÍRITU ESTÁ PREPARADO, PERO LA CARNE ES DÉBIL (Mc 14,38)

CAPITULO 29

LA ÚLTIMA Y MÁS PELIGROSA ACCIÓN EN RELACIÓN CON EL PECADO: DEJAR DE LUCHAR Y CAER EN LA RUINA ESPIRITUAL

La cuarta trampa que nos presentan los enemigos de nuestra santidad es hacer que dejemos de luchar contra el pecado y mantengamos la calma en nuestros malos hábitos, vicios y conducta defectuosa.

Un error: si alguien sufre de impaciencia y mal humor a causa de las enfermedades que le sobrevienen, corre el peligro de que se pase el tiempo pensando en cuántas buenas obras más haría si tuviera perfecta salud, y cuánto mejor sería. Podría servir a Dios y a los demás si estas enfermedades desaparecieran. Y así, en lugar de luchar contra la impaciencia y el mal humor, lo que estás haciendo es apoyar tu rebelión interior y fomentar tu disgusto por lo que sufres. Y se vuelve inquieto, angustiado e impaciente porque su salud no es perfecta. Y en lugar de luchar contra la impaciencia, lo que hace es alimentarla y fortalecerla, considerando su enfermedad como un impedimento para realizar buenas obras (como si Dios tuviera tanta necesidad de las buenas obras que vamos a realizar) y se imagina que porque de enfermedad se detiene su progreso en la virtud (aunque ocurre lo contrario, si sufre sus enfermedades con paciencia y por amor de Dios). Y en lugar de luchar contra la adicción al mal humor y a la impaciencia, lo que ocurre es que imperceptiblemente cae en estos dos grandes defectos y se deja vencer por ellos.

Una medicina.

Cuando nos vienen estas imaginaciones de que si nos curamos de las enfermedades que padecemos serviremos mejor a Nuestro Señor, pensemos que probablemente no será así, porque cuando nuestra salud sea completa, nuestros sentimientos de piedad y fervor desaparecerán. y probablemente serán mucho menos fuertes que los que tuvimos mientras sufríamos. Por eso un santo dijo a una mujer enferma que suplicaba una bendición para curarse de una larga y dolorosa enfermedad: "Si se cura, nunca será santa. Pero si continúa sufriendo, podrá alcanzar un alto grado de perfección en la tierra y un maravilloso grado de gloria en el cielo".

Ella aceptó de buen grado el sufrimiento continuo y, de hecho, alcanzó una santidad admirable. Hay personas que no se santifican en plena salud, pero en las enfermedades y dolencias adquieren un notable grado de fervor.

Y si todavía nos preocupa que con perfecta salud haríamos más buenas obras, pensemos que probablemente Dios en su sabiduría determinó que no seamos nosotros quienes hagamos estas buenas obras y en cambio con nuestros sufrimientos logremos la conversión de muchos pecadores y salvación de numerosas almas y obtenemos el perdón de nuestros propios pecados.

Cuidado con la tristeza.

Existe un pecado que si somos descuidados y dejamos de combatirlo, echará raíces en nuestro corazón y nos causará un daño enorme. Es tristeza. El Libro Sagrado dice: "La tristeza es inútil y sólo trae daño a la persona". Es necesario que nunca dejemos de luchar contra la mala inclinación que tenemos de arrepentirnos de aquello que no es pecado ni ofende a Dios. Por ejemplo, cuando alguien enferma comienza a sentirse triste por las molestias que causa a quienes lo cuidan, pero cuando mejora ya no recuerda la caridad que hizo por él. Lo que le entristecía era su orgullo.

Otros se dejan llevar por la tristeza, diciendo que estos sufrimientos les llegan como castigo por sus pecados, pero cuando recuperen la salud verán qué poco arrepentimiento sienten por los males de sus vidas. Su tristeza no procedía del arrepentimiento, sino de la impaciencia. Cuantos hay que suspiran de tristeza porque no tienen mayores riquezas para dedicarse a hacer muchas obras de caridad, pero si las tuvieran tampoco las harían. Por eso, es muy peligroso dejar de luchar contra la tristeza y dejarse dominar por esa terrible inclinación a vivir triste. Y lo mismo debe decirse de cualquier otro vicio o pecado.

SI ACEPTAMOS LOS BIENES DE DIOS, ¿POR QUÉ NO ACEPTAR TAMBIÉN EL MAL? (Jb 2)

CAPITULO 30

UNA TRAMPA MORTAL QUE DEBE EVITAR: QUE NUESTRAS MISMAS VIRTUDES SON LA CAUSA DE DEJARNOS SUPERAR POR EL ORGULLO

Una de las trampas más traicioneras que se nos puede presentar en el camino de la santidad es que cuando consideramos las virtudes y cualidades que poseemos, nos dedicamos a sentir una autostima complaciente y exagerada y, así, nos dejamos ser dominado por el orgullo, la vanidad y la jactancia.

Los santos aconsejan: "Debemos recordar las miserias y debilidades del pasado para evitar el orgullo presente y futuro". Tenemos que decir con san Agustín: "Todo lo bueno que tengo es don totalmente gratuito de Dios. Lo único que poseo son mis debilidades y lo que creé son mis males".

Es necesario tener presente una verdad dicha por San Pablo, que puede librarnos de muchos orgullos y jactancias. Dice algo como esto: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibisteis, ¿por qué estáis llenos de orgullo como si no lo hubierais recibido?" (cf. 1Co4,7).

Evalúate a ti mismo adecuadamente.

Cada persona debe valorarse a sí misma, separando claramente lo que es suyo y lo que recibió gratuitamente de Dios. Y en consecuencia, tenga en cuenta cuántas razones puede tener para estar orgulloso. Si calificas de esta manera, en lugar de vivir con el alma llena de orgullo y vanidad, lo que harás será vivir humildemente dando gracias al buen Dios.

Una mirada al pasado.

Tengo que pensar en lo que era hace cien años.

Pura nada. Y no había nada que pudiera hacer por mi cuenta para convertirme en

algo. Necesito preguntarme: ¿qué hubiera sido de mí si la misericordia y el poder de Dios no hubieran preservado mi vida? Si Nuestro Señor me abandona por un momento, inmediatamente regresaré a la nada. El apóstol Santiago dice: "Somos humo que aparece por un momento y luego desaparece" (SM, 14). Y el santo Job dijo: "El ser humano es como una flor: florece y luego se seca y desaparece como una sombra que desaparece" (Job 14,2). Si esto es lo que soy, ¿cómo puedo quedar atrapado en el orgullo y la vanidad?

Y en cuanto a las obras espirituales debo pensar en lo siguiente: ¿Qué buenas obras podría hacer sin la ayuda de Dios? São Paulo afirmó: La memoria de los errores cometidos.

Si empiezo a recordar la multitud de pecados que he cometido, e incluso los que podría haber cometido si la bondad de Dios no me hubiera defendido y ayudado, no encontraré en mí más que debilidad, infidelidad, malos hábitos e inclinaciones péfidas. Y este recuerdo debe guiarme y mantenerme humilde y dar infinitas gracias a Dios que tanto me perdonó y me libró de tantos otros males.

La verdad y sólo la verdad.

Pero en estos juicios que hacemos sobre nosotros mismos es necesario no exagerar ni afirmar nada que no esté conforme con la verdad.

No significa que hicimos el mal que realmente no hicimos, ni que cometimos lo que realmente no cometimos. Pero si estamos contentos con la verdad, tendremos suficiente para humillarnos y no llenarnos de vano orgullo. Y no creernos superiores a los demás, pues no lo somos.

Cuidado con la esclavitud.

Como realmente no merecemos elogios, sino humillaciones, es necesario estar muy alerta para no dejarnos dominar por una esclavitud sumamente dañina que consiste en vivir pensando "¿qué dirán los demás de mí? ¿Qué buen nombre hacen?". tengo ante los ojos de los demás?" " ¿Qué pensarán de mi comportamiento? Todo esto puede ser orgullo y vanidad, y el deseo de quedar bien.

Pero no parezcas humilde por orgullo.

Hay que aceptar humillaciones y no querer aparecer delante de los demás, pero no es para que nos consideren personas humildes, porque entonces nos parecería que estamos demostrando humildad, pero por puro orgullo. "Sepulcros blanqueados", llamó Jesús a esta clase de individuos, y añadió que su apariencia es hermosa como relucientes lápidas de cementerio, pero su interior es horrible como la podredumbre de una tumba.

¿Y si nos otorgan honores?

A veces puede suceder que la gente nos felicite y elogie por nosotros. En estos casos debemos repetir la frase del salmista: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre sea la gloria" (Sal 115,1). O lo que repetía el profeta Daniel: "El Señor Dios merece toda honra, y nosotros merecemos confusión y humillación". Y dirigiendo nuestro pensamiento a quienes nos alaban y felicitan, repitamos interiormente lo que dijo Jesús: "Sólo Dios es bueno" (Lucas 18,19) y pensemos: "Esta gente me alaba porque sólo conocen exteriormente mis apariencias de bondad". , pero si me conocieran como realmente soy, ciertamente no hablarían así a mi favor. Puedo repetir con San Bernardo: "Soy experto en disfrazarme de buena persona y por eso la gente me elogia.

¿Qué pasa si nos viene el recuerdo de las buenas obras que hicimos?

A veces, cuando recordamos las buenas obras que pudimos realizar, pueden surgir pensamientos de vanidad. Por eso debemos hacer este razonamiento: "Todo el bien que he podido hacer es un regalo del buen Dios, una generosidad de su infinita bondad. No comprendo cómo de este abismo de corrupción e iniquidad que es mi persona, pudieron surgir estas buenas obras. Sólo puedo repetir la frase del Libro Sagrado: "Fue el Señor quien hizo esto". Y con humildad y con lenguaje de alabanza repetamos las hermosas frases de la Virgen María en su Canto: "Él Señor ha hecho maravillas en mí. Gloria al Señor" (Lucas 1:49). Además, debemos pensar que las buenas obras que hemos realizado a lo largo de nuestra vida, no sólo no se corresponden con la inmensa cantidad de luz y ayuda que hemos recibido de Nuestro Señor, sino que han estado acompañadas de grandes defectos e imperfecciones, y tal vez en numerosos casos faltó darles esa pureza de intención para hacerlos sólo para la gloria de Dios y el bien de las almas. Y si los examinamos de cerca, tal vez en lugar de sentirnos orgullosos, nos confundirán al ver cómo podríamos haberlos hecho mejor y cómo los hemos estropeado con tantas imperfecciones.

Una comparación útil.

Cuando alguien cree haber alcanzado un alto grado de perfección en un arte, por ejemplo la música, lo único que necesita es acudir a un concierto donde un gran mæstro hace demostraciones de sus más altas cualidades artísticas. Escucharlo disminuye en gran medida la creencia del principiante de que ha alcanzado un nivel muy alto en este arte. Esto nos puede pasar a nosotros si comparamos nuestras buenas obras con las de los santos. Entonces tendremos que repetir lo que dijo aquel gran predicador: "Comparados en santidad y buenas obras con los grandes santos, no somos más que gallinas mojadas y asnos muertos". ¿Y qué diremos si comparamos nuestra virtud y nuestras buenas obras con las de Jesucristo? Sería como comparar un gorgojo insignificante con una montaña muy alta. ¿Qué pasa si nos comparamos con Dios? Con tu infinita santidad. ¿Con tus obras maravillosas y tu trabajo continuo en favor de todos y tu generosidad ilimitada y tu capacidad inagotable de perdonar y tu pureza total? ¿Quién puede sentir orgullo comparándose con Dios?

No expongamos los tesoros.

Cuenta la Sagrada Escritura que una vez el rey Ezequías mostró a los embajadores babilónicos todos los tesoros que había en Jerusalén, y el profeta Isaías le advirtió que los babilonios al conocer tantos tesoros, se llenarían de avaricia, vendrían y se los robarían todos y los llevaría a Babilonia. Y así sucedió (cf. 2R 13,20). Algo parecido puede sucederles a quienes viven revelando a los demás las gracias y dones que recibieron de Dios, pero hacen alarde de ello no para hacer el bien a las almas, sino para inflar su propio orgullo. Los enemigos del alma vienen y le roban todos los méritos y ganancias que podría haber guardado para el cielo.

La base de todo.

San Agustín repetía: "Si alguien quiere alcanzar la santidad, debe comenzar a cultivar la humildad. No porque sea la virtud principal (ya que la virtud número uno es la caridad), sino porque la humildad es el fundamento más seguro sobre el que construir el edificio de la perfección." Y cuanto más excavamos, acordándonos de nuestras miserias y debilidades, más cuanto más descubramos las profundidades de nuestra propia nada, más el Arquitecto Divino colocará en nuestras vidas las piedras más sólidas para construir el edificio de la perfección. Nunca creáis que ya conocemos perfectamente nuestra propia miseria y debilidad. Porque si el infinito pudiera ocurrir en cualquier cosa en la criatura humana, sería en nuestra fragilidad y debilidad.

Un secreto.

Para que Dios venga y conceda muchos triunfos es necesario permanecer muy humildes, porque Él se aleja de los que se elevan más de lo debido y se acerca a los que se rebajan humillándose. Sus favores y gracias son como el agua de lluvia que no se queda en las altas cumbres, sino que desciende para reposar en los valles profundos. Siempre se cumplirá lo que dijo Jesús, que al que está colocado en el último lugar en el banquete, el Señor viene y lo lleva a uno de los lugares principales (cf. Lc 14,10).

Un favor que debería agradecerse.

Si Dios, en su infinita bondad, nos concede la gracia de acostumbrarnos a permanecer siempre en un buen grado de humildad, no dejemos de agradecerle su gran favor, pues así nos asemejamos a Jesucristo, quien, siendo Hijo del Altísimo, y Señor de los Señores, se hizo humilde hasta lavar los pies de sus apóstoles y hasta la muerte y una muerte de cruz. Y por eso Dios le concedió una gloria inmensa y un nombre ante el cual los cielos, la tierra y los abismos se arrodillan. Y todo el que se humilla será enaltecido.

CAPITULO 31

PEQUEÑAS LUCHAS QUE DEBEN HACER CADA DÍA

Quien desee alcanzar la santidad, nunca puede dejar de luchar contra todo lo que se opone a la perfección. La primera y más frecuente batalla que tendrás que librar a diario será atacar tus pasiones, especialmente aquellas que más atacan a tu alma, y tratar de alcanzar, poco a poco, pero sin cansarte ni desanimarte, las virtudes que te son propias. Contrario a tus sueños, malos hábitos, pasiones e inclinaciones impropias. Y no olvidéis que las virtudes y las pasiones están tan ligadas entre sí que cuando se avanza en una virtud, las demás también crecen, y cuando se combate un vicio, los demás también disminuyen.

No establezcas plazos.

Algo que puede llenarte de preocupaciones y sueños es ponerte plazos para adquirir una virtud o para superar una adicción o mal hábito. En este caso lo importante no es cuánto tiempo se tarda en conseguir la victoria, sino no dejar de luchar, aunque los éxitos conseguidos no sean muy rápidos ni notables. Dios no sólo premia las victorias logradas, sino sobre todo los esfuerzos realizados para obtenerlas. Nuestro deber no es alcanzar la perfección, sino esforzarnos continuamente por alcanzarla.

No pares.

En la lucha contra las malas tendencias es necesario no dejar un solo día sin hacer algo para progresar en la virtud, porque en esto sucede como quien rema contra la corriente: si sueltan los remos por un momento, la corriente se los lleva lejos.

Nunca creas que ya hemos llegado.

Si alguien imagina que ya ha alcanzado el grado de perfección y santidad que Dios desea de cada persona, está totalmente equivocado. Esto llevaría a no aprovechar las nuevas oportunidades que se presentan cada día para practicar la virtud y rechazar el mal, pues se imagina que eso ya es lo que se debe hacer.

Una figura ideal.

Una persona muy espiritual vio en sueños un personaje maravilloso, practicando las más excelsas virtudes y luchando valientemente contra todo lo que se oponía a la santidad, y con un alma verdaderamente hermosa y admirable. Y con gran emoción preguntó: "¿Quién es? ¿Quién es?". Y una voz celestial le dijo: "Esto es lo que Dios quería que fueras. Es una pena que estés todavía tan lejos de lo que Nuestro Señor quiere que seas". Se despertó suspirando de desilusión, pero decidió no dejar de trabajar día tras día para alcanzar su perfección, porque se daba cuenta de lo lejos que aún estaba de la verdadera santidad. Y yo personalmente, ¿a qué distancia estaré? Estaría aterrorizado si lo supiera.

No pierdas ninguna oportunidad.

De alguien que al sufrir una ofensa estalla en gritos y quejas, su director espiritual le dijo: "¡Qué vergüenza! ¡Perdiste la oportunidad de quedarte en silencio y ganar un gran premio para la eternidad!". Que esto no se diga de nosotros en ninguna ocasión. Al contrario, aprovechemos cada oportunidad que se nos presente para practicar cualquiera de las virtudes, ya sea la paciencia, el silencio, la humildad, la caridad, la alegría, la misericordia, el perdón, etc.

Y huyamos por miedo a cualquier oportunidad de pecar. Huye, huye siempre, porque la seducción o atracción por el mal es lo que más arrastra todas las fuerzas, e incluso las personas más fuertes se dejan llevar como una hoja por el viento.

Practica las pequeñas virtudes.

Hay algunas virtudes o costumbres de hacer el bien que no son grandes en apariencia, pero si se practican todos los días progresan admirablemente en santidad, su práctica y ejercicio no dañan el cuerpo. Por ejemplo, ser amable y tratar amablemente a los demás, hablar bien de todos y nunca mal de nadie, hacer pequeños favores, prestar servicios humildes; puntualidad en levantarnos por la mañana y llegar a todas partes a tiempo y tratar de no llegar tarde a ninguna de nuestras obligaciones; dedicar unos minutos cada día a leer unas páginas de un libro espiritual, aunque nos cueste algún pequeño sacrificio (sacrificio que Dios podrá recompensar muy bien en esta vida y en la eternidad) sabiendo guardar silencio en ocasiones cuando es mejor callar que hablar; mostrando siempre un rostro feliz, aunque haya sufrimiento en el alma o en el cuerpo; orar para que Dios bendiga a aquellos que nos han ofendido; recuerda con frecuencia los favores de Nuestro Señor y agrádecele; dejar de comer algo que nos atrae y que nos gusta mucho, etc. Son virtudes pequeñas tal vez, pero les pueden pasar como las arenas del mar que son tan pequeñas pero unidas que todas forman un muro que no deja pasar las olas destructivas que intentan inundar la tierra. Y estas olas pueden ser nuestras pasiones y tentaciones.

Centrar todos los esfuerzos en un mismo punto.

Un antiguo sabio dijo: "Espero mucho de aquellos que concentran todos sus esfuerzos en el logro de una sola virtud o en la derrota de un solo vicio. Obtendrás resultados admirables."

Concentremos todos nuestros pensamientos, todos los deseos, esfuerzos y oraciones que hagamos, en el intento de combatir un determinado defecto y alcanzar la virtud o cualidad contraria. Esto es sumamente provechoso y muy agradable a Dios.

Así como dijo San Pablo: "Ya sea que comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para mayor gloria de Dios" (1Co 10,31), digamos esto sobre lo que estamos recomendando: si trabajamos, si Descansemos, ya sea que oremos, ya sea que meditemos, ya sea que estemos en casa o en el extranjero, tengamos siempre un fin ante nuestros ojos y nuestras intenciones, para que podamos mover nuestra

voluntad: luchar contra algún defecto que nos domina y lograr. la virtud o cualidad opuesta.

SACRIFICAR DESEOS INDEBIDOS

Aquel filósofo oriental llamado Buda, que tanta influencia tuvo en los pueblos de Asia, repetía siempre a sus discípulos: "Si queréis tener paz en el alma y progreso en el espíritu, debéis luchar sin compasión contra todos los deseos impropios o moderados. ." y contra eso está simplemente buscar el placer. (El placer es lo que produce satisfacción a los sentidos. En cambio, la alegría es lo que produce satisfacción al espíritu.) Los vicios reciben su fuerza y vigor de todo lo que produce placer y deleite. Por tanto , al evitar estos últimos, los vicios necesariamente debilitan y pierden poder sobre la voluntad y el espíritu.

CUIDADO CON LAS PEQUEÑAS DELICIAS

Un principio que nunca falla en la espiritualidad es que quien no se mortifica en pequeños deleites no podrá controlarse cuando lleguen los atractivos de placer más impresionantes. Aquí se cumple lo que dijo Jesús: "El que no es capaz de ser fiel en lo pequeño, no podrá ser fiel en lo grande" (Lucas 19:17). Si bien los pequeños placeres no son faltas graves ni ofenden a Dios, está claro, sin embargo, que no poder hacer el sacrificio de abstenerse de ellos debilita la voluntad y la prepara negativamente para que, cuando lleguen las grandes batallas, no ya no será capaz de resistir. Por ejemplo, ciertas muestras de afecto muy sensibles: miradas excesivamente afectuosas, apretones de manos, pequeñas caricias en el rostro, comer dulces con frecuencia durante el día, pasear mirando con curiosidad el entorno, vivir con curiosidad escuchando noticias del mundo y chismes sobre los demás, no poder silenciar ciertas cosas vívidas que nos vienen a la mente, etc. Todo esto no será una gran ofensa para Dios, pero sí debilitará mucho la voluntad. No olvidemos nunca la advertencia de san Pablo: "Si vivimos entregándonos a las inclinaciones de la carne, acabaremos muy mal. Pero si, con la ayuda del Espíritu Santo, refrenamos los deseos del cuerpo, acabaremos viviendo una vida plena." (Romanos 8:13)

Consejos muy útiles.

Si alguien no ha hecho una confesión general en toda su vida, sepa que será de gran beneficio para su avance espiritual y para la paz de su espíritu adquirir un librito que hable de cómo hacer una buena confesión y leerlo lentamente. dos o tres veces, y luego busca un sacerdote comprensivo y muy espiritual y haz una confesión de todos los pecados que recuerdes en tu vida.

Verás qué profunda alegría sentirás.

Es comenzar una nueva etapa de tu vida con cero pecados. Es una "pizarra en blanco". Y pide al confesor que te conceda también la absolución de todos los pecados que hayas olvidado o no hayas confesado. Entonces se cumplirá lo que dijo Jesús: "Aquel a quien se le perdonan los pecados, queda perdonado" (Juan 20:23). Pedir esto es como repetir lo que el salmista suplicó al Señor: "Oh Dios, perdóname mis pecados ocultos" (Sal 18). Y Cristo nos dirá lo que dijo al paralítico y al pecador: "Tus pecados te son perdonados". ¿Qué mejor puedes contarnos? Será la más consoladora de todas tus noticias.

EL QUE ES FIEL EN POCO TAMBIÉN SERÁ FIEL EN MUCHO (LC 16,10)

CAPITULO 32

DEBEMOS CONTENTARNOS CON ADQUIRIR VIRTUDES POCO A POCO Y EJERCER PRIMERO UNA VIRTUD Y DESPUÉS OTRA

Un error de novato.

Cuando muchas personas inician sus esfuerzos por adquirir la santidad y luchar contra los enemigos de su perfección, caen en un error que puede causarles mucho daño, y consiste en lanzarse con un fervor de espíritu indiscreto y exagerado a adquirir todas las virtudes a la vez. .para todos y para siempre abandonar todos los defectos y vicios. Y como esto no les es posible, entonces les sobreviene el desaliento y se desaniman. Se olvidaron de lo que tantas veces repetía el sabio Salomón: “Quien abarca mucho, poco logra”.

Poco a poco.

Los campesinos dicen: “De grano en grano la gallina llena su buche” y algo parecido ocurre al alimentar el alma para obtener la santidad.

Hay que contentarse con crecer poco a poco hacia la perfección. Así crecen las plantas, los animales y los seres humanos: casi sin que nadie se dé cuenta, pero si este crecimiento es continuo se pueden conseguir resultados muy satisfactorios.

Por ejemplo: alguien quiere tener paciencia.

No es que hoy te acuestas de mal humor y mañana te despiertas ya con la paciencia de San Job.

Pretender hacerlo sería como coger manzanas de un arbusto de cebolla. Había un hombre que estaba tan enojado que incluso mató a un enemigo. Y se dice de este individuo que después de 40 años de intenso trabajo para obtener paciencia, se convirtió en el hombre más manso y humilde de su tiempo. Su nombre era: Moisés, el libertador de Israel. Pero hacía una semana o un mes que no tenía paciencia. Aquí se sigue cumpliendo lo que dijo Jesús: “Por vuestra perseverancia seréis salvos”. Los que perseveren serán los vencedores (Mt 24:13).

Una sola virtud a la vez.

Muchos intentaron dedicarse a cultivar todas las virtudes al mismo tiempo y terminaron sin fuerzas ni coraje. No recordaban aquel principio de combate que tenían los famosos guerreros romanos: “Divídelos y los vencerás”. Uno a uno, los enemigos de la santidad pueden ser derrotados. Una a una se van alcanzando las virtudes. Pero todos ellos juntos suponen demasiado peso sobre nuestros débiles hombros.

Repito, repito, algo queda.

Tenemos que proponernos cada mes y cada año cultivar alguna virtud especial y específica que necesitemos. El Espíritu Santo, si se lo pedimos, nos iluminará sobre qué virtud pretendemos adquirir con mayor cuidado que las demás. Y sobre esta virtud o cualidad tenemos que repetir y repetir las buenas acciones hasta convertirlas en hábito. Porque ésta es una virtud: el hábito de realizar determinadas buenas acciones. Así como se crea una zanja en el cerebro al repetir tantas enseñanzas y lo aprendido a través de la repetición queda grabado para siempre, así en el deseo de repetir tantas buenas acciones se forma el gusto y la facilidad de repetir esos mismos actos. Y repito: en esto consiste poseer una virtud: adquirir el hábito de realizar determinadas buenas acciones.

Mantenerse motivado.

Los santos no dicen que la gente no quiera hacer ciertas buenas obras, sino que lo que les sucede a estas personas es que no estaban lo suficientemente motivados para dedicarse a esas buenas obras. Esto es lo que sucede con nuestra voluntad. Quizás sea necesario motivarla más sobre cuánto ganaremos si nos dedicamos a la virtud que queremos practicar. Veremos que si motivamos la voluntad ésta se inclinará más activamente a adquirir esta virtud.

CAPITULO 33

PARA PODER ALCANZAR UNA VIRTUD ES NECESARIO AMAR Y ESTIMAR MUCHO.

En filosofía se enseña este principio: “Nadie ama lo que no conoce. Nadie se entusiasma con lo que no aprecia”. Por tanto, si queremos tener alguna virtud o excelente manera de actuar, es necesario que fomentemos en nuestro corazón un gran amor por esa virtud y que tratemos de formar en nuestro cerebro una verdadera admiración por esa cualidad. Si lo logramos, la voluntad se moverá y tratará decididamente de lograrlo, y se esforzará por superar las dificultades que se presenten y soportar con valentía los dolores y contratiempos que requiere la realización de esta virtud.

Doble beneficio.

Resulta que si nos entusiasma una virtud y trabajamos para alcanzarla, junto a ella lograremos otras virtudes, pues están sumamente ligadas entre sí y lo que se hace a favor de una resulta a favor de otra, y la El trabajo que se realiza sirve para alcanzar una virtud, sirve como preparación para adquirir varias otras cualidades. Así, por ejemplo, quien se esfuerza por obtener paciencia obtendrá también el bien, y quien ejercite la humildad obtendrá al mismo tiempo mansedumbre. Y practicando la mortificación se adquiere de manera admirable la virtud de la castidad. Cada virtud que crece y se perfecciona, perfecciona a su vez otras virtudes. Y por tanto, ganamos enormemente cada vez que intentamos crecer y progresar en alguna virtud.

CULTIVAR EL AFECTO Y LA ADMIRACIÓN

Es especialmente importante que busquemos aumentar nuestro afecto e inclinación hacia la virtud que deseamos alcanzar o incrementar. Este cariño y admiración se logra pensando frecuentemente en lo agradable que es esta virtud a Dios, en lo hermosa y excelente que es en sí misma, y en lo útil y provechosa que es para quienes la practican. Para ello, ayuda mucho leer algunos escritos que alaban esta virtud. Así, San Bernardo se entusiasmó mucho con la virtud de la generosidad al dar limosna cuando leyó los maravillosos sermones de San Juan Crisóstomo y San Basilio sobre los enormes frutos que se pueden lograr ayudando a los necesitados. Miles, e incluso diríamos millones, de personas han logrado conservar la santa virtud de la pureza, o recuperarla si la hubieran perdido, al escuchar explicadas las grandezas y maravillas de esta virtud, o al leer escritos que la alaban y presentar su gran valor.

Haz un plan de combate.

Cada mañana debes preguntarte: ¿qué voy a hacer hoy para crecer en esta virtud que me propuse alcanzar este año? ¿Qué peligros se me podrían presentar hoy? ¿Cómo puedo derrotarlos o evitarlos? Es necesario concentrar todas las fuerzas (físicas, emocionales y espirituales) y dirigir las hacia la consecución de esta virtud. Esto produce una fuerza irresistible. Es muy conveniente poner todo nuestro

corazón, es decir, toda nuestra personalidad, al servicio de la realización de la virtud que deseamos obtener. Se vuelve imposible que las personas adquieran ciertas virtudes, no porque no tengan la capacidad de obtenerlas, sino porque les falta una dedicación total y perseverante en el esfuerzo por poseerlas.

Lo que deseamos intensamente, si es para nuestro bien, tarde o temprano lo podremos obtener de la bondad de Dios. Los sabios dicen: "Ten cuidado con lo que quieres, porque si te conviene, lo conseguirás", si no te cansas de intentar conseguirlo.

Plantillas de búsqueda.

Para adquirir una virtud es muy conveniente buscar ejemplos de personas que la practicaron. Cualquiera que quiera tener éxito en una profesión se beneficia leyendo biografías y estudiando las vidas de personas que han ejercido esa profesión con éxito. Y lo mismo ocurre con las virtudes. ¿Y qué mejores modelos que la vida de Jesús y los santos? Por tanto, si la virtud que quieres alcanzar es la pureza o la castidad,

Y si se trata de alcanzar la virtud de la paciencia, pensemos en los ejemplos de San Job que, cuando perdió todos sus bienes y su salud, no pecó con la lengua y dijo: "Dios me la dio". , Dios me lo quitó, bendito sea Dios". Y sobre todo en el admirable ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo en su Santa Pasión y Muerte, que acepta todo sufrimiento, ofreciéndolo por la salvación de las almas, y guarda silencio cuando inventan contra él las más terribles calumnias, y cuando cometen las más terribles calumnias contra él. Las afrentas más terribles contra él, las injusticias más terribles. ¿A quién no le sorprendería sufrir pacientemente en silencio, después de meditar ejemplos tan sublimes?

UN REMEDIO PRODIGIOSO

La experiencia de muchos siglos ha enseñado que una de las formas más beneficiosas para enamorarse de una virtud y entusiasmarse por practicarla es recordar las frases de la Santa Biblia que hablan a favor de esa virtud. Grandes maestros espirituales aconsejan copiar varias de estas frases y, con suerte, aprender algunas de memoria y recitarlas con frecuencia hasta que formen parte de nuestras posesiones intelectuales.

Por ejemplo: si la virtud que deseamos poseer es la fe, podemos recordar frases como estas: "Como es vuestra fe, así serán y os sucederán" (Mt 15,28). Si tuvieran fe como un grano de mostaza, le dirían a este monte que se fuera de aquí y se fuera al mar, y él les obedecería (Mt 17,20). Ten fe en Dios.

Todo lo que pidáis en oración, creed que ya lo habéis obtenido y lo obtendréis (Mc 10, 24), todo es posible para quien tiene fe (Mc 9, 23). ¿Por qué tener miedo, gente de poca fe? (Mt 8,26). Es un ejercicio verdaderamente fructífero y ameno seguir buscando en las Sagradas Escrituras otras frases que hablen de fe u otras virtudes. Encontraremos tesoros y progresaremos espiritualmente.

Si lo que buscamos es paciencia, recordemos, por ejemplo, estas frases: "Vale más el que tiene paciencia que el que puede dominar una ciudad" (Pr 16,32). Con su paciencia podrán salvar su alma (cf. Lc 21,19). Una de las señales de ser buen apóstol es tener mucha paciencia (cf. 2Co12,12): la caridad es paciente. (cf. 1Co13).

PEQUEÑAS ORACIONES

En las guerras antiguas se les llamaba "jaculas" o unas flechas llameantes que se lanzaban para propagar incendios o llevar mensajes en medio del combate. Espero que estas pequeñas frases de la Sagrada Escritura sirvan como flechas llameantes que enviemos al cielo para llevar nuestros mensajes a Dios, pidiendo su ayuda y protección para que un verdadero fuego de amor y entusiasmo por Él se encienda en nuestras almas. las virtudes que queremos alcanzar.

CAPITULO 34

QUE EN EL COMBATE ESPIRITUAL NO AVANZAR ES RETROCEDER, Y NO CRECER ES DESCENDIR.

En la lucha por la adquisición de virtudes debemos tener siempre presente el lema de los grandes entrenadores de personalidad: "En el mundo espiritual no avanzar es retroceder". y los que no crecen se vuelven enanos."

El Papa San Gregorio Magno repitió: "Recordemos que en la lucha por ser mejores, si no avanzamos, nos retiramos al abismo, y si nos detenemos en el camino, nos sucede como a la esposa de Lot: "nosotros se convierten en estatuas que no pueden crecer más."

Cuidado con no ser momias.

Las momias o cadáveres secos encontrados en Egipto y otros lugares no han crecido ni un centímetro durante siglos y siglos. Como los dejaron cuando los embalsamaron, así están ahora después de tanto tiempo. Algo similar les puede pasar a quienes dejan de luchar por progresar en la virtud y reducir sus defectos y pecados. Hay personas que parecen haber desechado sus virtudes, sus defectos, sus cualidades y sus malas inclinaciones, y después de años y años permanecen como estaban al principio de su vida espiritual. ¡Que pena! Les pasó como a las momias. Es verdad que no se pudrieron, pero tampoco crecieron. Y espiritualmente, no crecer es disminuir.

EL EMPLEADO QUE NO UTILIZÓ SU TALENTO

Lo que Jesús dijo que le pasó al empleado holgazán al que le dieron un talento le puede pasar a las personas que dejan de luchar y no se esfuerzan por ser mejores y crecer en virtud. Esa parábola del empleado perezoso es una invitación a la actividad, a la audacia. Cuando Jesús dice que el empleado que no trabajó en su talento fue castigado, no anuncia ninguna injusticia por parte de Dios, sino que advierte seriamente que cada uno será requerido según su capacidad de actuar. Aunque alguien crea que las habilidades que ha recibido son muy pocas (solo un talento), recuerde que el empleado del talento también habría escuchado como el empleado de los 5 talentos: "Ven y entra en el Reino de tu Señor", si había trabajado duro para producir lo que recibió. Pero puso excusas. Amaba más su propia comodidad que el bien que podría haber hecho y logrado. Mostró muy poco interés en producir lo que había recibido del Señor, y Jesús lo llamó: "Oficial malo y holgazán". Y este mismo Jesús será nuestro Juez.

Que no hace falta que nos digas algo así.

Quien deja de trabajar para ser mejor dejará de recibir muchas gracias y ayuda espiritual que le llegarían del cielo si se esforzara en luchar con entusiasmo para mejorar su forma de trabajar.

Cualquiera que se detiene se enfría.

Cuando estamos subiendo una montaña empinada y comenzamos a acomodarnos al costado del camino para descansar, el guía nos dice: "Cuidado, si te detienes, te enfriarás y perderás el entusiasmo". Lo mismo sucede en el camino espiritual. Dejar de ascender trae mucha pérdida de ánimo y un enfriamiento del espíritu muy nocivo.

La práctica produce felicidad.

Un gran actor dijo que si dejara de ensayar por unos días sus oyentes lo notarían o al menos él mismo lo notaría, y por otro lado muchos artistas declaran que trabajar cada día para progresar en su propio arte les da placer o, una facilidad. y un progreso que los admira. Lo mismo sucede en la virtud. Si trabajamos día a día para hacer algo a favor de la virtud que buscamos alcanzar y contra el vicio que queremos evitar, lograremos una facilidad muy consoladora para crecer en el bien y poder hacerlo con mayor placer. y beneficio. Muchos dolores y dificultades que se encontraron al inicio de este arduo trabajo espiritual irán disminuyendo gradualmente hasta desaparecer, a través de la práctica.
¿Realmente haremos esto de ahora en adelante?

¿HAS VISTO ALGUIEN QUE SE ESFUERZA POR HACER BIEN LO QUE TIENE QUE HACER?
NO ESTARÁS ENTRE LOS ÚLTIMOS.
ESTARÁS DE LOS PRIMEROS (Proverbios)

CAPITULO 35

DEBES EXPONERTE AL COMBATE PARA ADQUIRIR CORAJE, AGILIDAD Y FUERZA DE VOLUNTAD

Ninguna cualidad crece sin ejercicio, y muchas cualidades disminuyen y se debilitan por la falta de ejercicio. Por eso es necesario no desaprovechar ninguna oportunidad que se presente para ejercer cualquier virtud. Y tengamos cuidado de no huir de aquellas ocasiones que son contrarias a nuestras malas inclinaciones, porque a través de estas ocasiones podemos lograr un gran crecimiento y perfección en las cualidades y virtudes que queremos cultivar y alcanzar.

Una excepción.

Lo único a lo que no podemos ni debemos exponernos nunca es a lo que concierne a la santa virtud de la pureza o castidad. Esto es lo que inevitablemente les corresponde a quienes se exponen. Es inútil acercar un trozo de papel a una llama ardiente y decir: "No quiero que se quemé". Por mucha fuerza de voluntad que tengamos, el papel se ilumina. Las pasiones impuras son tan esclavizantes y cegadoras que nos derrotan cada vez que nos exponemos a la oportunidad de pecar. En este campo sólo hay una solución: huir, huir, huir del peligro. Pero en otras virtudes podemos exponernos a ataques. Por ejemplo.

Con paciencia.

Cuentan de una santa muy famosa que cuando iba a los hospitales a cuidar a los enfermos pedía permiso para cuidar a los más ingratos, repugnantes, groseros y malhumorados, porque así podía ejercitar más en la virtud de la paciencia. Y nadie tendrá paciencia si no hay nadie que lo ofenda y lo contradiga. Aquellos que lo insultaron, lo abofetearon, lo escupieron, lo azotaron y lo crucificaron hicieron crecer a Jesús más en santidad que aquellos que le cantaron el "Hosanna". Porque quienes lo ofendieron le permitieron practicar hasta un grado heroico la santa virtud de la paciencia.

Si no aceptamos tratar con personas que nos tratan mal, ¿cómo adquiriremos la virtud de la paciencia?

Los trabajos agotadores.

Una de las formas más prácticas de crecer en paciencia es aceptar trabajos agotadores y monótonos, ocupaciones incómodas, con superiores o compañeros que

nos tratan mal, y dedicarnos a estas tareas con alegría y perseverancia. Tener que hacer el mismo trabajo agotador todos los días, en los mismos horarios poco atractivos, es lo que el Evangelio llama: "La cruz diaria" (Lucas 9,23). Y si no nos resignamos a aceptar estos trabajos, nunca aprenderemos a sufrir con paciencia.

Las humillaciones.

Nadie alcanza la humildad a menos que tenga alguien que lo humille. Por eso una gran mística decía que tenía compasión de las personas que eran tratadas muy bien por todos y nadie las trataba mal, porque ¿cómo pueden ser humildes si no reciben humillación de nadie? ¡Oh, cuánto creció en humildad nuestro Redentor cuando fue comparado con el asesino Barrabás y el pueblo prefirió a este criminal antes que a Jesús, y cuando fue coronado rey de la burla, y desfilado por las calles vestido de loco, y crucificado entre dos ladrones! , abofeteado, escupido y despreciado con la peor burla. Con razón decía San Ignacio de Loyola: "Si en el lugar donde vivo nadie me humilla, me vestiré de loco y saldré a la calle para que me humillen e insulten y pueda practicar la virtud". de humildad." No huyamos de quienes nos humillan, su trato nos santifica.

El luchador novato.

Cuando un soldado comienza a entrenar para la guerra o un luchador olímpico comienza a prepararse para sus futuros combates en los estadios, se le coloca a entrenar con otros luchadores mayores que él y con más técnicas y habilidades. Sufren caídas, derrotas, golpes y hasta heridas y a veces les parece que nunca podrán salir victoriosos: pero entrenan y entrenan y adquieren tanta soltura en la lucha que cuando menos lo piensan saldrán vencedores. Entonces en virtud: si no nos cansamos y dejamos de entrenar, algún día seremos parte del grupo de ganadores.

NI EL QUE SIEMPRE ES NADA, NI EL QUE CULTIVA.
ES CRISTO QUIEN DA LOS FRUTOS Y LA COSECHA (São Paulo)

CAPITULO 36

QUE PARA APRENDER A TRIUNFAR DEBEMOS ACEPTAR LAS OCASIONES QUE SE
VIENEN PARA LUCHAR Y NO ASCOARNOS POR LAS COSAS QUE VAN EN CONTRA DE
NUESTRAS INCLINACIONES

Aprender a triunfar en términos de Virtud no basta con exponernos al combate, sino que también debemos aceptar y hasta con alegría aquellas cosas que se oponen a nuestras inclinaciones, sabiendo que cuanto más difíciles y dolorosas sean para nosotros, más beneficiosas serán para nosotros. para nuestro avance espiritual. Y si imploramos constantemente la gracia y la ayuda de Dios, nada nos parecerá imposible de soportar y todo contribuirá a nuestra perfección.

Doble efecto de la oración.

Cuando le pedimos a Dios que nos conceda una virtud también le estamos pidiendo que nos conceda los medios para obtenerla, si estamos molestos porque nos envía estos medios entonces ya estamos haciendo inútil la oración, porque por un lado pedimos una virtud. virtud y por el otro no la queremos. Que se nos dé la manera de ponerlo en práctica. Así, por ejemplo, cuando pedimos la virtud de la paciencia, lo más probable, quizás (o quizás no), será que Dios nos envíe sufrimientos, reveses, ofensas de las personas, dureza en el trato con nosotros, decepciones y otros medios que aumentan enormemente nuestra paciencia. Y si pedimos a Nuestro Señor que nos conceda la virtud de la humildad, ciertamente permitirá humillaciones

y tratos duros e incluso debilidades que nos desacrediten un poco. Resulta que sin humillaciones nunca seremos humildes y sin contratiempos nunca adquiriremos paciencia. Muchas de las virtudes más admirables son frutos de las adversidades que Dios permite que nos alcancen, las cuales, si las sufrimos aceptando la voluntad del Señor, contribuyen maravillosamente a formar en nosotros las virtudes que más necesitamos.

Domina lo pequeño.

Todo director espiritual verdaderamente sabio insiste en que las grandes virtudes se alcanzan mortificando la voluntad en pequeñas ocasiones en detalles casi insignificantes, porque las victorias que obtenemos contra nosotros mismos en las grandes ocasiones son más gloriosas, pero las que logramos en pequeñas ocasiones son incomparablemente más frecuentes.

Acepta lo que sucede.

Debemos partir de un principio enseñado por san Pablo y que no nos cansaremos de repetir: "Todo sucede para el bien de los que aman a Dios" (Rm 8,28). Todas las cosas que suceden en este mundo son permitidas por Dios para nuestro beneficio, utilidad y beneficio. Al final de nuestra existencia veremos como Dios escribió correctamente con líneas torcidas, y lo que nos parecía para nuestro mal terminó siendo para nuestro bien.

Acepta lo que Dios permite.

Alguien dirá: pero ¿cómo puede venir de Dios lo malo y lo pecaminoso, si Él aborrece la iniquidad y el mal? Por supuesto esto no viene de Dios, pero Dios lo permite. Él bien podría asegurarse de que eso no sucediera. Pero él permitió que esto nos sucediera y nos ama inmensamente, hay una razón por la que permitió que esto nos sucediera. Los que tomaron los bienes de Job eran ladrones y los que mataron a sus siervos eran asesinos, pero él no los culpó, sino que exclamó: "Dios me los dio, Dios me los quitó, bendito sea". Los que crucificaron y azotaron a Jesús eran malvados, pero Él dijo: "Padre, de otra manera es posible que se me quiten estos sufrimientos, para que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres". No dice: "Lo que quiere Pilato o lo que quiere Caifás, sino "lo que Tú quieres". Porque fue Dios Padre quien permitió que esto sucediera, y fue para la gloria de Jesús y para nuestra salvación.

¿Y SI LOS ATAQUES VIENEN DE AQUELLOS A NOSOTROS FAVORECEMOS?

Algunos dicen: "Aceptaría pacientemente que me ofendieran y me trataran con dureza personas a las que no les he hecho ningún favor. Pero lo que no puedo tolerar es que me ofendan y desprecien personas a las que he favorecido y ayudado". En esta situación debemos recordar quiénes fueron algunos de los que ofendieron a Jesús. Por ejemplo, Judas, que durante tres años lo vio hacer saltar al cojo, cantar al mudo, ver al ciego y liberar al endemoniado. Había escuchado de Jesús los sermones más hermosos y conmovedores que jamás se hayan pronunciado en el mundo, y fue testigo día tras día y hora tras hora de lo que es la vida y el comportamiento de un ser absolutamente santo. ¿Y qué hizo este hombre que recibió el mayor honor en la tierra del Redentor: ser uno de sus 12 apóstoles? Pues lo vendió por 30 monedas y se lo entregó con un beso traidor.

¿Y Pedro? Lo negó tres veces bajo juramento. ¿Y cuando fue eso? La noche que recibió su Primera Comunión de manos del mismo Jesús; esa misma noche fue ordenado sacerdote. Él, que recibió el inmenso honor de ser nombrado cabeza de la Iglesia y sustituto visible del mismo Cristo, cuando éste ya no era visible para el pueblo. ¿Y qué dijo Jesús ante tanta ingratitud? Pues nada menos que este sublime:

“Pedro: Yo oré por ti... Si me amas... Apacienta mis ovejas. Apacienta mis corderos”. En estos dos casos Jesús podría repetir lo que dice el Salmo 55: “Si un enemigo me atacara, trataría de esconderme de él. Pero tú eres mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me uno en dulce intimidad.” “Juntos caminamos en medio de la agitación por la casa de Dios.” Si al Hijo de Dios le sucedió que sus amigos más cercanos le fallaron él, el ¡Qué diremos nosotros, miserables pecadores!, imerecemos mucho más, por nuestros males!

Lo que me preocupa es que las ofensas contra mí las cometen personas muy pecadoras.

Hay personas que protestan porque el sufrimiento les viene de gente muy enemiga de Dios, y exclaman que esto no puede venir de la Voluntad de Nuestro Señor, que odia a los que viven haciendo el mal. Pero recordemos quienes fueron los que atacaron a Jesús: el mismo Satanás que lo llevó a la parte más alta del templo para proponerle que saltara desde allí por orgullo y vanidad.

Herodes, impuro y escandaloso, que lo vistió de loco y se burló de él. Caifás y Anás, que eran envidiosos y avaros, que odiaban con toda su alma. Si Jesús aceptó el sufrimiento que le llegó de personas tan malvadas, ¿no aceptaremos también nosotros el sufrimiento que nos llega de personas que son más débiles que el mal?

¿Y las tentaciones? Algo que ciertamente no querríamos tener de ninguna manera y nunca son las tentaciones, especialmente aquellas que más nos humillan. Esos sentimientos indescriptibles que no podemos evitar nos lleguen. En este caso hace falta valentía, paciencia y resignación para no protestar por lo que nos pasa. Y recuerda lo que Dios te respondió. Y recordemos lo que Dios respondió a San Pablo cuando este apóstol le rogó con tanta insistencia que le quitara ese “aguijón en la carne que lo abofeteaba”. El Señor le dijo: “Te basta mi gracia y mi ayuda. Porque en la debilidad mi poder brilla mejor” (cf. 2Co12,9).

Ciertas tentaciones nos hacen progresar más en humildad y paciencia que muchos sermones, y nos convencen hasta la saciedad de lo que dijo Jesús: “Separados de mí nada podéis hacer”. La tentación no nos debilita, pero revela cuán miserables y débiles somos... Y si Dios no llega con su ayuda tan especial, tendremos que repetir con el salmista: “Antes de sufrir las tentaciones dije: ‘Yo No lo dudaré, nunca.’ Pero tú retiraste tu mano, Señor, y caí en el abismo más profundo.” Parodiando lo que exclamaba el santo Job, repitamos en los momentos de tentación: “Si recibimos de Dios los bienes que nos consuelan, ¿por qué no aceptar también las tentaciones humillantes que Él permite que nos alcancen?”. Dios sabe sacar el bien incluso de los propios males.

Todo sucede para el bien de quienes aman a Dios (Rom 8)

CAPITULO 37

APROVECHA CADA OCASIÓN PARA CRECER EN CADA VIRTUD

Los comerciantes adultos aprovechan incluso las oportunidades más pequeñas que se les presentan para obtener ganancias y así aumentar su capital. Algo similar deberíamos hacer en relación con las virtudes: no dejar pasar ninguna oportunidad que se presente sin lograr alguna ganancia en alguna virtud, y así aumentar nuestra santidad y recompensa para la eternidad.

Uno principal y muchos secundarios.

Hemos insistido en que en cada período de la vida debemos aspirar a alcanzar alguna virtud, poniendo en su consecución mayor esfuerzo que el dedicado a otras, porque necesitamos de esta virtud más que de las demás. Pero eso no significa que dejemos de intentar crecer en todas las demás virtudes. Hay que actuar como buenos estudiantes que pretenden especializarse en una ciencia concreta, que es la que mejor les servirá en su futura profesión, pero eso no significa que dejen de estudiar también otras ciencias diversas.

Algunos ejemplos.

Supongamos que nos critican por una buena acción que hicimos con buenas intenciones. Esta es una buena oportunidad para practicar la virtud de la rectitud de intención, que consiste en preocuparse sólo por lo que piensa Dios, no por lo que piensan las personas. O nos corrigen con palabras duras y hasta ofensivas, o nos niegan con frialdad y dureza un favor que les hemos pedido. ¡Qué buena oportunidad para practicar la virtud de la humildad! Y si un alimento es insípido o desagradable y no es de nuestro agrado y es escaso y mal preparado, o se sirve de mala gana... maravillosa oportunidad para practicar la virtud de la templanza o la mortificación. Y cuando nos ataca el dolor o la enfermedad, ¿qué mejor oportunidad para cultivar y hacer crecer la virtud de la paciencia?

¿Y qué deberíamos pensar entonces? Supongamos que nos maltratan o nos sucede algo desagradable. Pensemos entonces: "No hay castigo que se pueda comparar con mis faltas. Mucho más es lo que merezco por tantos males que hemos cometido". Cuando un pobre nos pide limosna y no tenemos muchas ganas de dársela, recordemos lo que dice el Libro de los Proverbios: "El que da al pobre, a Dios presta, y Dios se lo pagará", y pensemos: Yo' Le voy a dar a este pobrecito, y el buen Dios sabrá devolverme todo multiplicado. Si nos sobrevienen contratiempos y las cosas suceden de manera muy diferente a lo que queríamos, pensemos: "En Nuestro Señor que permitió que me sucedieran estos males. Él me ama y si permite que sucedan es ciertamente porque Él obtiene un beneficio de ellos." muy bien."

La mosca y la leche.

Dicen los campesinos que en un vaso de leche cayeron dos moscas. Una se desanimó y se dejó ahogar, pero la otra pateaba y movía tanto las piernas que logró formar crema y se sentó en la crema y logró sobrevivir. Entonces nosotros: cuando lleguen tiempos difíciles y amargos podemos tener dos maneras de actuar: una: desanimarnos y dejarnos vencer. La otra es intentar sacar provecho de esa situación dolorosa, "dar el pistoletazo de salida", es decir, esforzarse por superar esa situación difícil, y así conseguir victorias en la tierra y recompensa en el cielo.

El que fue atacado con limones.

Dicen que un actor principiante no sabía actuar en el teatro de una manera que agradara al público, y el público, lleno de disgusto, salió a la calle, compró limones, y volvió al escenario, lo atacó con limones.

Y el paciente actor recogió todos los limones, los metió en una carretilla, salió a la calle, los vendió y así se ganó sus buenos céntimos. ¿No es este un cuadro de lo que podemos hacer cuando la vida nos ataca con incomprendimientos, amarguras y malos momentos? ¿juntar todo esto y hacer una buena limonada ofreciendo todo a Dios con la mayor paciencia posible?

CAPITULO 38

QUE ES NECESARIO HACER UN PLAN DE VIDA. TRATA DE CUMPLIR CADA DÍA Y NUNCA IMAGINES QUE YA ESTAMOS CUMPLIENDO EXACTAMENTE

Muchas personas que se han dedicado a educarse han constatado que una de las formas que más ayuda a progresar en la virtud es hacer un proyecto de vida y esforzarse día tras día. para cumplirlo de la mejor manera posible.

Es necesario decidir darle gran importancia a ser "una persona virtuosa, alguien que se dedica a hacer el bien y tratar de agradar a Dios", y valorar esto más que cualquier título de honor o gloria. A partir de ahora tienes que decidir trabajar en tu propia personalidad y tomar la decisión de no renunciar a un solo día de lucha para

alcanzar tu perfección.

Algo que no es fácil.

Los principiantes imaginan que crecer hacia la perfección no les será difícil, porque como creen que saben lo que deben hacer y evitar, no ven por qué no deberían poder hacer una cosa y evitar la otra. Pero muy pronto se darán cuenta de que la tarea emprendida es mucho más difícil de lo que imaginaban y de lo que les decía su engañoso optimismo. Mientras dirigen toda su atención a evitar un error, otro les sorprende; Sus viejos malos hábitos se aprovechan de su descuido y les juegan malas pasadas; tus malas inclinaciones son a veces más fuertes que tu voluntad y más astutas que tu inteligencia; y se convencen de que no basta tener buena voluntad y deseo de ser mejores, sino que es necesaria una gracia o ayuda especial de Dios, de vez en cuando,

Y nos responderá muy a menudo lo que tantas veces dijo a quienes iba a sanar: "Sí, quiero. Estás curado".

Una lista importante: debemos hacer una lista de las virtudes que nos parecen más importantes y que más necesitamos alcanzar, y dedicarnos a repetir y repetir actos de dichas virtudes hasta formar el hábito de actuar de acuerdo con ellas.

Pero no te esfuerces en conseguirlos todos a la vez, sino uno tras otro. La adquisición de la virtud anterior facilita la adquisición de la siguiente. Los profesores de arte siempre aconsejan hacer un plan de lo que vas a hacer o lograr. Esto es lo que debes hacer espiritualmente: hacer un plan: ¿qué quiero conseguir? ¿Qué virtudes quiero practicar? ¿Cómo los estoy practicando? ¿Qué éxitos y fracasos estoy teniendo para lograrlos?

Quitar las malas hierbas.

Cualquiera que trabaja en una finca grande no se propone eliminar todas las malezas de su finca de una vez, sino arrancarlas poco a poco, hasta que el campo quede libre de malezas. Esto es lo que debemos hacer en nuestra alma: proponernos eliminar poco a poco las faltas que cometemos contra las virtudes que intentamos practicar y comenzar a eliminar las que vuelven a aparecer.

Y para ello, rezar pequeñas y frecuentes oraciones, confiando en que el Señor nos ayudará e iluminará.

Descubrimientos impresionantes.

Si nos examinamos frecuentemente sobre cómo estamos cumpliendo nuestro Plan de Vida, nos sorprenderemos al encontrar en nosotros muchos más defectos de los que esperábamos, pero también tendremos la satisfacción de comprobar que poco a poco el número de nuestros defectos va aumentando. decreciente. .

Nunca creas que ya hemos llegado.

Nunca debemos convencernos de que hemos adquirido un grado eminente de virtud o de que hemos triunfado por completo sobre cualquier pasión. Esto nos llevaría a dejarnos llevar por el orgullo, a descuidar nuestras defensas y luego a sufrir las caídas más humillantes. Sigamos el consejo del Apóstol: "Quien se levante, tenga mucho cuidado de no caer" (1Co10,12).

CAPITULO 39

LOS QUE QUIEREN OBTENER VICTORIAS EN EL COMBATE ESPIRITUAL TIENEN QUE ACEPTAR RECIBIR HERIDAS, SUFRIR DOLOR, TENER CAÍDAS Y SUFRIR DECEPCIONES

Los dos caminos de Hércules.

Cuenta la antigua leyenda que cuando el futuro campeón Hércules era aún muy joven, una vez soñó que se le presentaban dos caminos: uno ancho, fácil y de suave descenso, lleno de rosas sin espinas, restaurantes y salones de baile, juegos y delicias. había un cartel que decía: "Este es el camino de la facilidad y la falta de esfuerzo. A través de él se llega a la ruina y al fracaso". Luego vio otro sendero angosto, subiendo, lleno de piedras ásperas y arbustos espinosos, sin bebidas fáciles a mano, sin descansos muy refrescantes, y un cartel decía: "Este es el camino de la dificultad y del esfuerzo, de las luchas por estar bien". .

Los dos caminos de Jesús.

500 años después del sueño de Hércules, Cristo vino y nos dejó esta importantísima advertencia: "Cuídate de caminar siempre por el camino angosto de las dificultades, porque ancho es el camino y espacioso es el camino que lleva a la destrucción y son muchos los que caminan por allí, pero qué difícil es el camino y qué angosto el camino que lleva a la Vida Eterna, y qué pocos son los que andan por ese camino" (Mt 7, 13).

Por eso debemos tener cuidado de no escuchar las voces de los enemigos de nuestra santidad que quieren que evitemos todo lo que nos resulta difícil o nos hace sufrir. Sería un error muy perjudicial.

Los pequeños sufrimientos preparan los grandes.

Cuentan la historia de un antiguo rey que, para evitar que algún día alguien lo envenenara, adoptó la costumbre de tomar una pequeña dosis de "antiveneno" todos los días. Y después, cuando en un momento de desesperación y desánimo quiso suicidarse tomando veneno, ya no pudo envenenarse porque su cuerpo estaba entrenado para resistir. Algo similar les sucede a quienes se acostumbran a sufrir con paciencia y por amor de Dios las pequeñas dificultades y contratiempos que enfrentan cada día. Cuando te sobrevengan enormes tristezas y catástrofes, tu voluntad ya estará tan fortalecida que podrás resistir sin desanimarte ni rendirte.

Una regla muy útil.

Algo que produce mucha paz y serenidad es acostumbrarse a aceptar de buena gana todo lo que Dios permite que suceda. Nunca llueve mucho ni hace mucho calor, pero cae la lluvia que Dios quiso caer y hace tanto calor como Nuestro Señor quiso que fuera. No se cae un cabello de nuestra cabeza sin que Dios dé la orden para que caiga. Y lo que este Padre misericordioso permite que les suceda a sus hijos, a quienes ama tanto, es ciertamente para su bien.

Buen negocio.

Un santo dijo: "Siempre me sucede lo que quiero que me pase". Y alguien le dijo: "Eso es imposible, porque a todos nos pasan cosas en la vida que no quisiéramos que nos pasaran". "Y ella respondió: 'Siempre quiero lo que Dios quiere y permite'. Y como sólo sucede lo que Dios permite, siempre sucede lo que yo quiero." Cómo deberíamos tener a menudo en nuestros labios aquella hermosa oración de Jesús en el Huerto: "Padre Celestial, no se haga lo que mi naturaleza humana desea, sino lo que Tú quieres" (Mc 14,36).

¿Qué pasa con los pecados y las tentaciones?

Nuestros pecados no son la voluntad de Dios, sino nuestra propia creación. Pero también Nuestro Señor puede sacar bien de ellos, porque nos hacen más humildes, más comprensivos con los débiles y nos hacen sentir más necesitados del perdón y

de la ayuda de Dios. Pero siempre debemos odiarlos y aborrecerlos.

¿Y las tentaciones? Se trata, en efecto, de una cruz pesada, agotadora y difícil de llevar.

Nos atacan como perros rabiosos en todos los ámbitos de la vida. Ladran y aúllan a la puerta de nuestras almas como lobos buscando presas que destruir.

Como moscas cansadas e intempestivas, zumban con frecuencia en nuestros oídos.

Deseamos no tenerlos y ellos vienen a nosotros.

Quisiéramos derrotarlos y ellos nos derrotan. Como murciélagos oscuros, revolotean constantemente ante nuestros ojos. Cuando arde el fuego de la lujuria, la carne se rebela como una loca furiosa. Incluso los santos más grandes como San Pablo tuvieron que rogar a Dios que les quitara ese agujijón en la carne que los abofeteaba. Afortunadamente también para todos los que sufrimos, Jesús dijo: "Venid a mí todos los que estáis cargados, y yo os haré descansar" (Mt 11,28). Y a cada uno de nosotros repite lo que dijo a san Pablo: "Os basta mi gracia. Porque en la debilidad mi poder brilla más" (cf. 2Co 12,9).

Debilidad total.

Cuántas veces pensamos que tendremos un día perfecto.

No hay nubes en el horizonte. Y se presenta una oportunidad y no paramos, y no ofrecemos resistencia y no pensamos en las consecuencias de nuestro mal... En unos instantes quedamos fuera de combate... por ganas máximas. , no por pecar comenzamos a pecar inmediatamente. No podemos recordar la amargura que nos trajo la culpa pasada... estamos indefensos ante la primera excitación... no nos vienen a la mente las tremendas consecuencias que tendrá nuestra culpa. Creemos que ahora podremos controlarnos y fracasamos una vez más... Sólo nos queda una solución: lanzarnos como un cohete a las alturas en busca de la ayuda de Dios.

Qué santo dijo.

Un alma de la más alta espiritualidad dijo: "Vi que una gran cantidad de enemigos espirituales me rodeaban con toda clase de armas mortíferas y no tenía adónde correr sin quedar gravemente herido, entonces clamé al Señor y Él extendió su mano. mano y me sacó de allí y me dijo: "Confía en mí y yo te libraré". Hagamos algo similar en los momentos de tentación y ofrezcamos al Señor este sufrimiento molesto y humillante de sufrir continuos ataques espirituales y recordemos que la ventaja de sufrir tentaciones es que siguen siendo comprensivos con los demás.

¿Y LOS RECUERDOS AMARGOS Y LAS DESILUSIONES?

Otro de los sufrimientos que nuestro Creador nos permite sufrir es recordar las cosas tristes, humillantes y dolorosas que nos sucedieron en el pasado.

Quisiéramos olvidarlo y borrarlo de nuestra memoria, pero todo queda ahí.

Como un zumbido perpetuo en el oído, como una nube que nunca sale de tus ojos.

Al aceptar todo esto con paciencia y por el amor de Dios, estamos ganando más recompensas para la eternidad de las que quizás podamos imaginar.

Los arrepentimientos.

En la vida podemos olvidar muchas cosas: nombres de personas, lugares en los que hemos estado, palabras que hemos escuchado, etc. Pero algo que nunca podremos olvidar: son los pecados graves que cometemos. Estos quedan imborrables como un tatuaje, en la memoria. Cuando un amante va a la playa le pide a un costero que le escriba el nombre de su amada en forma de tatuaje en el brazo. Pero esto sucede después de que pelea con esa mujer y deja de amarla, y aun así tendrá que llevar

ese nombre en la piel de su brazo para siempre, porque permaneció allí de manera indeleble. Lo mismo ocurre con nuestros pecados: ya no los amamos, ahora los odiamos, pero su recuerdo quedará grabado para siempre en nuestra memoria. Que este tormento sirva de penitencia por todo el mal que hemos hecho. Y digamos lo mismo de tantos recuerdos tristes del pasado que no podemos evitar. Un psicólogo dijo con razón: "Si la gente no recordara las cosas tristes que les sucedieron en la vida, sino las cosas felices y alegres que les sucedieron, no habría neuróticos". Que el Señor tenga piedad y borre de nuestra mente estos recuerdos dolorosos, pero hasta que Él permita que desaparezcan, ofrezcámoslos como penitencia por nuestros pecados.

JESÚS DICE: "VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y FATIGADOS, Y YO LES DARE ALIGO" (Mt11,28)

CAPITULO 40

QUE ES NECESARIO EVITAR LAS EXAGERACIONES, PORQUE TRÆN MÁS DAÑO QUE BIEN

Hay un grave peligro en la lucha por adquirir virtudes y consiste en exagerar los buenos actos que realizamos y las penitencias que nos imponemos. San Pablo dice que: "Satanás se disfraza de ángel de luz para engañarnos" (cf. 2Co11,14) y lo hace muchas veces incitándonos a cometer exageraciones en la piedad, y así rápidamente nos debilitamos y nos cansamos y tenemos que abandonar el camino de la santidad. Quiere que nos convenzamos de que estamos haciendo grandes cosas y así llenarnos de jactancia.

Lecturas.

Algunos principiantes desarrollan tal fervor por la lectura (al darse cuenta de que las buenas lecturas les levantan el ánimo y transforman el alma) que se dedican con demasiada voracidad a leer y leer hasta cansarse mentalmente.

Cuando el gobernador de Judea quiso desacreditar a San Pablo, le dijo: "Pablo está loco. La lectura excesiva lo volvía loco" (Hechos 26:24).

Esto no era cierto, por lo que el Apóstol respondió: "No estoy loco, y las palabras que pronuncié son verdaderas y provienen de una mente equilibrada y de buen juicio". Pero en algunas personas sucede que desarrollan un apetito desmedido por la lectura y la lectura, por todo, y casi sin digerir lo que leen, y con avidez y prisa y queriendo alcanzar la máxima cantidad de sabiduría en muy poco tiempo, y lo que lo que sienten es fatiga mental. Así como no leer o leer poco conduce al raquitismo mental y al enanismo espiritual, leer demasiado y con prisa y entusiasmo produce cansancio y agotamiento. El Libro de Proverbios dice con razón: "La miel es sabrosa y beneficiosa, pero si comes demasiada, enfermarás.

Sólo debes comer lo suficiente, porque si te excedes, te sentirás lleno y hasta vomitarás" (Pr2,16). Y las buenas lecturas son una miel muy beneficiosa para el alma. Por supuesto, para la gran mayoría de los católicos, más de advirtiéndoles que no lean mucho, lo que deberíamos aconsejarles es que lean un poco más, porque leen muy poco, y quizás el 90% de lo que leen es más alimento para los animales que delicadeza para el espíritu, como escándalos y otras cosas. mundanas, pero lecturas que llevan el alma a la santidad, ¡qué pocas se leen realmente! Un gran director espiritual siempre aconseja: "Leed, leed libros religiosos, y preferid siempre aquellos de autores que tengan una S detrás del nombre, es decir, libros escrito por santos."

Las penitencias.

Uno de los errores más dañinos para quien inicia una vida de santidad es dedicarse a imitar a los grandes santos realizando penitencias exageradas, desproporcionadas

con sus fuerzas. Los campesinos repiten un dicho: "Un burro vivo que nos ayuda a llevar las cargas es más útil para nuestro trabajo que un sabio muerto en el cementerio". Algo parecido deberíamos decir en la vida espiritual: "Quien conserva su salud cuidando de no exagerar en las penitencias, puede trabajar más que quien pierde la salud exagerando en las mortificaciones". Podemos imitar a los santos en su amor al silencio, en su aprecio por la humildad, en su inmensa caridad hacia los demás y en su intenso amor a Dios al sufrir con paciencia las ofensas que se cometen contra nosotros y los contratiempos y enfermedades que nos afectan, en no comer o beber por gula, en luchar por evitar el pecado y corregir los propios defectos. Pero en cuanto a sus terribles penitencias, si no recibimos una gracia muy especial como la que ellos recibieron, sería mejor no intentar imitarlas, porque podríamos dañar irreparablemente nuestra salud y desanimarnos en el camino de la santidad.

CAPITULO 41

EL PELIGRO DE VIVIR JUZGANDO Y CONDENANDO A LOS DEMÁS

São Paulo escribió algunas frases que se hicieron famosas. Dice: "No tienes excusas, seas quien seas, tú que te dedicas a juzgar y condenar a los demás, porque juzgando a los demás te condenas a ti mismo, porque haces lo mismo que condenas constantemente en los demás" (Rm2,1).

Nuestro orgullo y el desprecio que sentimos por el prójimo nos hacen tener una idea negativa de las demás personas. Y cuanto mayor es la opinión que el orgullo nos hace de nosotros mismos, menor es la opinión que nuestro desprecio forma de los demás, y nos convencemos de que estamos libres de las imperfecciones que tanto criticamos en los demás. Y eso es mentira y engaño.

La fábula de Esopo.

Este poeta que vivió 500 años antes de Cristo pintó a quienes critican y desprecian a los demás, con dos mochilas colgadas al cuello. El que tiene los defectos de los demás ante sus ojos para mirarlos continuamente y condenarlos. Y el otro con sus propios defectos, a sus espaldas, para que no los vea ni los conozca. Este es nuestro retrato cuando condenamos y juzgamos.

Remedios para esta dolencia.

Cuando empecemos a pensar en los defectos o vicios de los demás, intentemos inmediatamente dejar ese pensamiento a un lado y negarnos a formar juicios negativos sobre ellos. En estos momentos debes decirte a ti mismo: "No tengo autoridad para juzgar o condenar a otros; No tengo datos suficientes para formarme un juicio sobre sus pasiones, defectos y malas inclinaciones. Tengo que examinar aquellas palabras del Apóstol: "Tú que te dedicas a juzgar y condenar, que cometes lo mismo que condenas, ¿quién escapará del juicio de Dios?" (Rom2). Y otras consoladoras promesas similares hechas por el mismo Jesús que será nuestro juez: "No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados" (Lc6,37).

Pase a ver.

Para no dedicarnos a juzgar y condenar a los demás es necesario centrar toda nuestra atención en nuestras propias miserias y debilidades. Si hacemos esto, encontraremos tantas cosas que corregir y reformar dentro de nosotros mismos que ya no tendremos tiempo ni placer para dedicar a juzgar a los demás, y aprenderemos a mirar las faltas de los demás con buena caridad. Tenemos que pensar que si vivimos juzgando que los demás tienen algún vicio, puede ser que nosotros también lo tengamos, porque según el viejo refrán: "El ladrón juzga por su

condición". Así como quien sufrió la corrupción de un adulto siendo niño, cuando llega a la edad adulta juzga continuamente que los adultos están corrompiendo a los menores, de la misma manera atribuyendo a otros ciertas miserias y malas inclinaciones,

Un promedio impresionante.

Si analizamos fríamente las veces que condenamos en nuestro entendimiento o con palabras dirigidas a los demás, veremos que la mayoría de las veces que condenamos nos equivocamos.

Entonces, ¿por qué dedicarse a una actividad que tiene tantas posibilidades de error? Cuando sentimos la inclinación a hacerlo, nos decimos: "¿Cómo puedo atreverme a juzgar y condenar a los demás si tengo los mismos defectos y peores inclinaciones que ellos? Si tengo una viga en los ojos, ¿por qué criticar a los demás? ¿Quién tiene una viga en los ojos? tablón?, ¿pequeña basura dentro de ellos?

¿Qué pasa si el delito es verdadero y público?

En estos casos pensaremos que esa persona debe tener muchas cualidades y virtudes ocultas y probablemente haya hecho muchas buenas obras que desconocemos. Y consideremos que si Dios le permitió caer en esta falta, probablemente fue para sanar su orgullo y aumentar su humildad y para que fuera más comprensivo con los demás. Y por tanto, su ganancia al hacer público este error será mayor que la pérdida que sufrió por el descrédito que se le atribuye.

¿Qué pasa si la escasez es enorme?

¿Qué pasa si el pecador no se arrepiente, está endurecido y no muestra ninguna inclinación a la conversión? En estos casos, después de tomar la decisión de orar todos los días por la conversión de los pecadores (que quizás será el favor más grande que les podamos hacer y solo en el cielo sabremos cuánto bien les hemos hecho al orar por su conversión) . Elevemos el ánimo al cielo y pensemos en cuántos están allá arriba disfrutando del Paraíso Eterno después de haber llevado durante muchos años una vida de pecado que parecía impenitente y sin esperanza de conversión, y de repente, tal vez por las oraciones y sacrificios que alguien ofreció. por los pecadores, recibió una de esas gracias que los místicos llaman "tumbativas" y cambió su vida y luego logró alcanzar la santidad, como el ladrón de la derecha en la cruz o como el pecador del Evangelio, cambiaron una vida horrible de pecado por una situación de conversión y fueron salvos. Por otra parte, cuántos hombres y mujeres que ya estaban en lo alto del camino de la santidad, se llenaron de orgullo y presunción, y de vanagloria y desprecio hacia los demás, para luego caer en un abismo de miseria y debilidad. Por eso dice el sabio en el Libro del Eclesiástico: "No juzguemos a nadie antes de que llegue al final de su vida, porque hay personas que empezaron bien y terminaron mal, y otras pueden empezar muy mal y terminar muy bien. Otro alardeaba y despreciaba a los demás, y luego caía en un abismo de miseria y debilidad.

Pregunta por esta calidad.

Uno de los favores que más debemos pedir al Espíritu Santo es aquel don que, según San Pablo, el Espíritu Santo suele conceder a quien se lo pide: la bondad, es decir, la cualidad de pensar bien y bondadosamente hacia todos (Gál. 5). Si Él nos concede esta feliz inclinación, estaremos seguros de que el día del Juicio no recibiremos una sentencia condenatoria, porque Jesús prometió: "Con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados, y con la medida con que juzguéis". midáis, seréis medidos" (Mt7,1).

La mayoría de las veces deberíamos tener en nuestros labios esa pequeña oración

que tanta gente ha repetido miles de veces y que ha transformado tantos corazones duros e inflexibles en corazones comprensivos y bondadosos. Dice: "Jesús, manso y humilde de corazón, haz nuestro corazón igual al tuyo".

Entonces se cumplirá en nosotros lo que el Señor prometió a través del profeta Ezequiel: "Cambiaré vuestro corazón de piedra por un corazón de carne" (Ez36,26), el corazón duro y condenador por un corazón comprensivo y perdonador.

Muchos intentaron pedir esta gracia y la obtuvieron. ¿Por qué no ensayamos también?

Si vamos a ser juzgados por la medida con la que juzgamos a los demás, lo mejor es utilizar una medida amplia y generosa, para que esa medida pueda ser utilizada a nuestro favor. Así se cumplirá la promesa de Jesús: "Se os dará una medida grande, buena, generosa y abundante" (Lc6,38).

CAPITULO 42

EL ARMA MÁS POTENTE PARA GANAR EN EL COMBATE ESPIRITUAL

Hemos recordado que para salir victoriosos en las batallas del espíritu son necesarias tres condiciones: sospechar que con nuestras propias fuerzas podremos vencer a los enemigos de la salvación; confiar inmensamente en Dios y utilizar las cualidades recibidas de la mejor manera posible. Ahora recordemos la cuarta arma, y la más poderosa y eficaz, que es la oración. Desde la oración podemos repetir las palabras que dice la Sagrada Escritura sobre la sabiduría: "Con ella vinieron a mí todos los demás bienes". La oración es el canal a través del cual nos llega toda la ayuda que recibimos del cielo. Es la espada que Dios ha puesto en nuestras manos para que podamos luchar contra los enemigos de nuestra salvación y derrotarlos.

La oración tiene sus condiciones.

Orar es hablar con un Dios que nos ama y nos escucha con infinita bondad y con gran interés en ayudarnos y defendernos. Pero al orar debemos tener cuidado de cumplir ciertas condiciones para que la oración agrade a Nuestro Señor. Dicen los santos que al orar debemos hacer cuatro acciones: adorar, dar gracias, pedir perdón y suplicar favores. Puede haber peligro: oramos sólo para pedir favores y nos olvidamos de adorar, dar gracias al buen Dios y pedirle perdón por las ofensas que le hemos hecho. Cuando le pides un favor a alguien, es muy importante ganarte la amistad y la buena voluntad de la persona que te concederá ese favor. ¿Hacemos esto con Dios? ¿Pedimos disculpas por las ofensas que le causamos? ¿Le damos gracias por tantos favores que nos ha dado? ¿Le decimos a menudo que lo amamos? ¿O simplemente preguntamos, preguntamos y nada más?

Al pedir, es importante que lo que se pide agrade al dador.

Un santo dijo que el cielo debe estar cansado de escuchar que algunos sólo piden bienes materiales para esta tierra, se olvidan de pedir la conversión, la salvación del alma, para crecer en la santidad y obtener la vida eterna. Son cosas que verdaderamente agradan mucho a Nuestro Señor y Él las concede con inmenso placer. ¿Es esto lo que más pedimos? No olvidemos que de las siete peticiones del Padre Nuestro sólo una es material.

Los otros seis son espirituales.

Ventajas de la oración.

Una de las mayores cualidades que Dios nos ha dado a algunos de nosotros es que nos encanta orar. Porque la oración nos ayudará a atravesar sin falta los lugares traicioneros donde se encuentra la tentación. Por la mañana, la oración es la llave que nos abre los tesoros de Dios y por la noche es el manto que nos coloca bajo Su

Divina Protección. Los milagros más maravillosos y los cambios más portentosos han sido preparados por muchas oraciones. Lo que falla en algunos apostolados es que se dedica demasiado tiempo a hacer planes y muy poco tiempo a la oración. Así el apostolado se vuelve estéril.

Toda persona ferviente debe dedicar el diez por ciento de su día a la oración.

El defecto de no confiar en Dios con toda fe desaparecerá y disminuirá significativamente.

Una condición sin la cual no podemos progresar.

Para que la oración sea eficaz es necesario hacerla con gran confianza en el poder y la bondad de Nuestro Señor. San Pablo dice: "Dios tiene el poder y la bondad de darnos mucho más de lo que nos atrevemos a pedir o desear" (Ef 3,20).

Podemos estar seguros de que si se lo pedimos con fe y sin cansarnos, no nos negará la ayuda que necesitamos material y espiritualmente. El santo profeta repitió: "¿Sabes a quién prefiere el Señor? Los que confían en su misericordia". Intentemos pertenecer a ese número de favoritos de Dios.

Cuanto más confiemos en Él, más nos ayudará su infinita bondad y poder.

Otra condición.

Para que nuestra oración sea respondida favorablemente por el Creador, es necesario que nuestro deseo sea cumplir la Voluntad de Dios, lo que Dios quiere, y no nuestra voluntad o nuestros propios caprichos. Porque nuestra propia voluntad puede equivocarse y puede hacernos pedir cosas que no nos convienen, y en cambio la Voluntad Divina nunca se equivoca y lo que quiere para nosotros es lo mejor para nosotros. Por eso de vez en cuando le decimos a nuestro Señor que si lo que le pedimos no sirve a nuestro mayor bien, por favor no nos lo conceda. Incluso en las virtudes y en el progreso espiritual, que son bienes que siempre nos benefician mucho, pidamos todo esto al Señor, pero no para darnos el gusto de ser mejores y más estimados, sino para agradarle más y lograr mejores cosas. tu santísima Voluntad.

ACTÚA PARA QUE MERECEMOS LO QUE PEDIMOS

En Oración, los expertos recomiendan que para hacer con mayor seguridad lo que pedimos al cielo cuando oramos, es muy conveniente que tratemos de actuar de tal manera que con nuestro buen comportamiento nos ganemos la simpatía del Dios Santo a quien pedimos estos favores. Esto es lo que hacen los niños cuando intentan que su padre les conceda algún favor muy especial que desean: luego intentan comportarse tan bien que su padre, muy satisfecho de su buen comportamiento, está más dispuesto a concedérselo. lo que piden.

Lamentablemente, muchas veces hacemos todo lo contrario: pedimos a Dios algún favor o gracia que necesitamos o deseamos, pero mientras tanto seguimos comportándonos de tan mala manera que en lugar de merecer la simpatía divina, lo que estamos recibiendo es aversión y antipatía. .por nuestro daño. Proceder. Y entonces se cumple lo que dijo un gran místico: "Con Dios, en los buenos tiempos, conseguimos todo lo que queremos y mucho más. Pero en los malos tiempos sólo tenemos fracasos".

Antes de realizar el pedido, gracias.

Es sumamente conveniente que antes de pedir favores a Nuestro Señor le agradezcamos tantas bondades que hasta ahora nos ha mostrado. Esto es lo que saben hacer los pueblos del mundo cuando piden ayuda a los poderosos. Antes de recordarles lo agradecidos que están por los regalos anteriores. Así consiguen buena voluntad para concederles nuevas ayudas. Recordar con gratitud los favores

recibidos es señal de que tienes un corazón noble y agradecido. Por tanto, no dejemos pasar ningún día sin agradecer a Dios por ciertos favores que nos ha otorgado. Cumplimos así el mandamiento del Libro Sagrado: "Debemos ser siempre agradecidos. Demos gracias a Dios en todo, porque ésta es su santa voluntad" (1 Tes 5,18).

CONTRATE SIEMPRE A UN ABOGADO, UN INTERCESOR

Al hablar con una autoridad muy alta, es sumamente recomendable estar acompañado de alguien que goce de gran estima y buen nombre entre el alto gobierno, por ejemplo un senador, un familiar muy estimado por el gobernante, un amigo, etc. Algo similar es lo que debemos hacer cuando nos dirigimos al Dios Altísimo. Nos presentamos a Él a través del ser que más ama y aprecia, su amado Hijo Jesucristo. Por eso el Redentor nos dejó esta hermosa promesa: "Todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré (Juan 14,13). Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo concederá" (Juan 15,16). Pidamos siempre cualquier favor que deseemos obtener de nuestro Padre Celestial, diciéndole que lo pedimos en el nombre de su amado Hijo Jesucristo. Y digamos a Jesús que le rogamos en el nombre de su amada Madre y de los santos. Así, apoyados en abogados e intercesores tan poderosos, seremos escuchados con mayor seguridad.

La oración irresistible.

Es una oración perseverante, la oración de quien no se cansa de implorar la ayuda divina. Jesús nos cuenta en el Evangelio (cf. Lc18) que una viuda, sin cansarse de mendigar y mendigar, obtuvo justicia de un juez malvado y frío y la libró de un enemigo que quería dejarla en la pobreza. Y añade al Señor: "Si un hombre malvado y frío hizo esto, ¿cuánto más hará mi Padre Celestial si no os cansáis de rogarle?".

El que no esperó.

Una señora acudió a una familia rica para pedirle un vestido para su pequeña hija que era muy pobre. Esas personas empezaron a buscar en los armarios el mejor vestido que tenían, pero cuando bajaron al primer piso la mujer ya se había ido creyendo que no le iban a regalar nada. No sabía esperar.

¿Pero qué pasa si lleva demasiado tiempo? Uno de los peligros para nuestra oración es que si Dios tarda en concedernos lo que pedimos, nos desanimemos y dejemos de orarle a Él. Necesitamos repetirnos hasta cansarnos de la hermosa noticia que nos contó San Pablo. nosotros: "Dios tiene poder y bondad para darnos mucho más de lo que nos atrevimos a pedir o desear" (Ef 3,20). Si Él quiere y puede ayudar, ¿por qué dejar de pedirle ayuda?

Partimos siempre de un principio: "A quien pedimos es al Todopoderoso". "Dios nos escucha, dice San Juan, y si nos escucha, nos ayuda" (1 Juan 5:14).

¿Qué pasa si la gracia que pedimos no es la adecuada para nosotros? En este caso, Dios, que es infinitamente sabio y bondadoso, nos concederá luego otras gracias y ayudas más útiles y provechosas. Pero lo cierto es que Él siempre cumplirá lo que prometió a través de Su profeta: "Aún no han terminado de hablar en su oración y ya les envío respuesta a su favor" (Is 65,24).

¿Qué pasa si no merecemos ser escuchados? Cuando Dios parezca no querer escuchar nuestras peticiones, debemos humillarnos y reconocer que somos indignos de que Él nos escuche y nos ayude, pero no nos detengamos en el recuerdo de nuestras miserias y males, sino pensemos en lo grandes que son. Su misericordia y admiración son la generosidad y que Él nos ayuda no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno; y estemos seguros de que cuanto mayor sea nuestra confianza en la misericordia divina, mayores serán los favores que obtendremos de Nuestro Señor. De alguien que tiene más riqueza y más generosidad se puede obtener más

ayuda que de alguien pobre y tacaño.

Pero ¿quién es más rico, más generoso y nuestro mejor amigo que Dios mismo?

Nuestro Creador no necesita que le "informemos" sobre lo que necesitamos porque "el Padre Celestial sabe todo lo que necesitamos" (Lucas 12:30), pero quiere que acudamos a Él para confiarle plenamente lo que nos falta. y deja que la solución esté en tus manos, aceptando tu santa voluntad.

San Juan Crisóstomo dice: "No hay criatura más poderosa que aquella que ora con fe, porque tiene a su favor una promesa infalible que dice: "Pedid y se os dará". nos concederá... Nos toca a nosotros no tener miedo de pedir, aunque lo que pedimos sea tan extraño como pedir que arranquen un árbol o una montaña de donde están y la arrojen al mar (Mc 11, 23).

Orad sin tanto esfuerzo.

No necesitamos profundizar demasiado en los problemas. Al rascarse tanto una herida, ésta se inflama cada vez más. Deja que Dios actúe.

Acabemos con tanto miedo. El miedo no es bueno para quien confía en la bondad del Señor. No nos dediquemos tanto a analizar problemas ni a intentar solucionarlos solos. Que Dios los resuelva.

No pidas sólo cosas materiales.

La gente dice: "Rezan para que se resuelva tal o cual problema". ¡Muy bien! Pero ¿por qué no preguntas también: reza para que me convierta? Si esto sucede, se cumplirá lo que Jesús anunció: "Todo lo demás nos será añadido". La mejor oración es aquella que parte del deseo de agradar a Dios, del deseo de salvar almas, del deseo de lograr la conversión propia y de muchos otros. No hay nada que agrade más a Nuestro Salvador que esto. Y si le pedimos estas gracias, él siempre estará dispuesto a responder a nuestra oración.

"Todo lo que pidáis en oración, creed que lo habéis recibido, y lo recibiréis" (MC 11,24)

CAPITULO 43

LOS DOS TIPOS DE ORACIÓN Y CÓMO HACERLAS

La oración es elevar la mente a Dios para adorarlo, darle gracia,

La oración se puede hacer de dos maneras: con palabras o simplemente con la mente. La primera se llama oración vocal. El segundo: la oración mental.

ORACIÓN VOCAL.

Es aquel en el que hablamos con palabras a Dios. Así, por ejemplo, decimos: "Señor y Dios mío, si te place, si es para mi mayor bien, concédeme tal o cual favor... Perdóname tal o cual falta... Gracias por esta o aquella falta. otro beneficio tuyo."

Cuando experimentamos tentaciones peligrosas y estamos en peligro de caer en pecado, es apropiado decir: "Señor, mira, me están venciendo.

Dios mío, ven a ayudarme. Señor, date prisa en ayudarme... Mira, Señor, en el camino por donde voy me han tendido una trampa... No me abandones, Dios de mi salvación... No me dejes caer en la tentación... Dios Santo, Dios Fuerte, Dios inmortal, líbranos Señor de todo mal...etc.

Cuando nos sentimos débiles e incapaces de salir victoriosos en las luchas espirituales podemos decir las palabras del hermoso Salmo 86: "Inclina, Señor, tus oídos; escúchame, soy pobre y desvalido; el día del peligro "Te llamo y me oyes. Grande eres Tú y haces maravillas. Dame una señal favorable. Que los enemigos de mi alma te vean y se aparten, porque Tú, Señor, ayúdame y consuélame".

ORACIÓN MENTAL.

Consiste en elevar la mente a Dios, pero sin decirle nada con palabras. Por ejemplo, cuando empezamos a pensar que solos no somos capaces de defendernos del mal y de hacer el bien, y llenos de amor a Dios aumentamos nuestra confianza en Él con la certeza de que su ayuda nunca nos faltará. Esta desconfianza en nosotros mismos y este acto de fe en el poder y la bondad de Dios es una verdadera oración, aunque no se pronuncien palabras.

También se hace una oración mental cuando representamos a Dios nuestra pobreza, miseria y debilidad absoluta, y recordando la bondad con la que nos ayudó en otras ocasiones pensamos que también nos ayudará y nos ayudará en el presente y en el futuro. Esta oración mental es sumamente útil para el alma y siempre beneficiosa.

ALGUNAS REGLAS PARA ORAR CON SENCILLEZ

1º En primer lugar, dediquemos cada día unos minutos para estar solos, en paz y hablar con Dios.

2º Hablemos a Nuestro Señor con sencillez y naturalidad, como un hijo muy amado, como el más bueno y amoroso de los padres. Digámosle lo que nos preocupa. No necesitamos utilizar fórmulas extrañas. Hablemos con Él con nuestras propias palabras, porque Él las entiende muy bien.

3º Entremos también en diálogo con Dios cuando estemos en el trabajo. Digámosle que lo amamos, que le damos las gracias. Que te ofrecemos lo que estamos haciendo.

4º Convencémonos de esta gran verdad "Dios está con nosotros". Viaja con nosotros. Nos acompaña como el aire y la luz a todas horas del día. Él está a nuestro lado las 24 horas y 60 minutos de cada hora. Y quiere ayudarnos. Quiere ayudarnos. Aprovecha la oportunidad para ayudarnos. Pero espere nuestra solicitud de ayuda.

5º Oremos con la absoluta certeza de que nuestra oración sea escuchada y contestada por Dios siempre y siempre. Y alabemos a los pecadores que quieren convertirse y a todos los que han tratado o tratarán con nosotros.

6º Cuando oramos, tenemos ideas positivas y no negativas. "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?"

7º Siempre debemos declarar o pensar cuando empezamos a orar que aceptamos lo que Dios permite que nos suceda, porque aunque no nos conceda lo que le pedimos, siempre nos concederá lo que sea para nuestro mayor bien. Él nos ama mucho y por eso nos da lo mejor para nosotros.

8º Cuando oremos, dejemos todos los problemas en manos de Dios. Recordemos lo que dice el Salmo 55: "Pon tus problemas en manos del Señor, y él actuará". Pidámosle que nos conceda la fuerza para hacer lo que tenemos que hacer y dejemos el resto en sus manos Todopoderosas.

9º Cada día diremos una oración por nuestra ciudad, por nuestro país. Esto es lo que aconseja el profeta Jeremías, diciendo: "Orad por la ciudad y la tierra donde habitáis, porque su bien será vuestro bien" (Jeremías 39,17).

CAPITULO 44

CÓMO ORAR A TRAVÉS DE LA MEDITACIÓN

Entendemos la meditación como la aplicación consciente del pensamiento para considerar algún tema religioso. Meditar es elevarse a Dios a través de la reflexión.

La meditación es una de las mejores formas de progresar en la vida espiritual.

Todo aquel que quiera alcanzar un buen grado de perfección y santidad debe dedicar al menos media hora al día a este ejercicio de oración llamado meditación. Y uno de los temas que más ayuda a obtener un verdadero amor a Dios y un rechazo total de todo pecado es la Pasión y Muerte de Jesucristo.

¿CÓMO MEDITAR EN LA PASIÓN?

Supongamos que deseamos alcanzar la virtud de la paciencia. Para lograrlo, será de enorme beneficio meditar en los sufrimientos de Jesús en la Pasión. Por ejemplo en

La Oración en el Huerto: como después de pedir varias veces al Padre que nos quite ese cáliz de amargura (porque tenemos todo el derecho de pedirle a Dios que nos quite ciertos sufrimientos, si nos parece bien quitarnos) viendo que el Padre Celestial No pretendía librarnos de aquellos tormentos que le esperaban, dijo con la más admirable paciencia: "Padre, si no es posible que este cáliz se aparte de mí, no hagas lo que yo quiero, sino como Tú quieres. Hágase. "Haz tu santa voluntad". Nunca en la historia nadie había visto una agonía tan horrible como la de Jesús esa noche (que le hizo sudar gotas de sangre), pero tampoco nadie había escuchado una oración que demostrara una paciencia tan admirable. Esto es lo que debemos repetir cuando nos lleguen las horas amargas de la vida: "Padre, hágase tu Santa Voluntad". Y como recompensa por su admirable renuncia, Jesús recibió la visita de un ángel que lo consoló, y durante su admirable Pasión y Muerte nunca más tuvo un momento de desánimo. El Señor da dolor, pero también da coraje, si recurrimos a su bondad.

Y en la flagelación: podemos meditar cuán agudos y atroces debieron ser aquellos dolores en los que su cuerpo fue literalmente destrozado a golpes, sin dejar espacio sin heridas de la cabeza a los pies. Y allí, en tan insoportables tormentos, no lo escuchamos gritar ni protestar, sino que con una paciencia impresionante ofrece a Dios Padre todos sus tormentos por nuestros pecados y por la salvación de nuestra alma. Bendito sea el Señor Jesús.

En la coronación de espinas: le escupen, le vendan los ojos, le dan puñetazos, le visten con un manto de burla, le ponen una caña a modo de bastón de mando y le clavan en la cabeza unas espinas muy afiladas y devastadoras... Y todo esta vez está en silencio. "Como oveja que se trasquila sin protestar" (dijo el profeta). Todo lo contrario de nosotros que no somos capaces de recibir la más mínima ofensa o el más mínimo desprecio sin mostrar disgusto y sin protestar. Jesús: enséñanos a sufrir como tú sufriste.

El proceso de Pilato. Absolutamente injusto, sin una sola prueba en su contra. El mismo juez declarará que Jesús es justo y que no encuentra en él ningún delito. Y, sin embargo, lo condena a muerte por miedo a perder su trabajo. Cuánta mansedumbre demostró Jesús durante esta prueba y cuánta paciencia. ¡Qué tremenda lección para nosotros!

La subida al Calvario. El profeta había dicho que sería llevado "como un cordero al matadero, sin ofrecer resistencia". El santo de los pecadores. Lo justo por lo injusto. Oh, cómo Jesús nos enseña a aceptar la cruz de nuestro sufrimiento diario y a llevarla con paciencia por nuestros propios pecados y por la conversión de los pecadores.

Y su agonía en la cruz. Meditemos en cómo Él rechazó el vino mezclado con hiel porque podía adormecerlo, entumecerlo y quiso sufrir todos los tormentos vivientes para salvar nuestra alma. Pensemos que en esos momentos, cuando no estaba en santo silencio, estaba orando. Para enseñarnos a sufrir orando. Y oró por los que no querían que los perdonara y por ellos pidió perdón y buscó la excusa de que no sabían lo que hacían. Qué posición más dolorosa en esas tres horas que parecieron siglos. Si descansara de pie, sentiría un dolor extremo. Si lo colgaran de las manos, los clavos las destrozarían. Si miraba hacia adelante, vería a sus enemigos burlándose de él. Si giraba hacia la derecha, contemplaría a su Santa Madre

muriendo de angustia y amor por Él. Si giraba la mirada hacia la izquierda, vería al malvado ladrón burlándose de Él. Si miraba al cielo, el Padre Celestial también se escondía y le hacía sufrir el peor martirio que puede sufrir un ser humano, viéndose abandonado por Dios, y gritaba emocionado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué estás?". ¿Me has abandonado?" La sed lo atormentaba mucho de tanta sangre que había derramado y tenía que exclamar: "Tengo sed" y le dieron a beber vinagre y lo bebió. Y con su admirable paciencia nos abrió las puertas del Paraíso Eterno. Bendito seas por siempre Señor.

¿Quién a quién? Mientras meditamos en estas importantes preguntas, hagamos la pregunta que hizo Santo Tomás de Aquino: "¿Quién sufrió? ¿Cómo sufrió? ¿Por quién sufrió? Y pensemos en el mismo Hijo de Dios.

Ese Jesús que pudo desafiar a todos sus enemigos diciéndoles: "Si alguno sabe que he cometido un pecado, que lo diga" (Juan 8:46) y nadie pudo decir nada en contra de Él porque en Su vida nunca existió el la más mínima falta. pero siendo tan puro y santo, permitió que Dios sufriera tanto. Y de esto deducimos que Nuestro Señor permite el sufrimiento no porque quiera castigarnos o porque nos haya olvidado, sino para que podamos crecer en santidad y poder salvar muchas almas. Esta consideración nos ayuda. Ayudará mucho a sufrir con mayor paciencia.

¿Y cómo sufrió? Con la más impresionante paciencia y llena de amor a Dios Padre y a nosotros, pobres pecadores. Y esto nos tiene que servir de ejemplo para aprender a sufrir de la misma manera, sin negar, sin maldecir, sin protestar, por amor a Dios y a las almas.

Conclusión: pidamos frecuentemente a Jesús, que supo sufrir con tanta paciencia, en un silencio tan impresionante y con un amor tan grande a Dios Padre y a las almas, que también nos conceda a nosotros la gracia de saber sufrir con Él. : sin mostrar impaciencia, orante y lleno de silencio; por amor a Dios y a los demás y con la mayor dosis de paciencia posible. Si le pedimos muchas veces esta gracia, nos la concederá en cantidades admirables.

Propósito .

Decidamos pedir frecuentemente la virtud de la paciencia porque la necesitamos todos los días y si no la pedimos no la tendremos. Demos gracias al Padre Celestial por habernos dado en su Hijo amado ejemplos tan sublimes de la santísima paciencia. Y miremos de vez en cuando el crucifijo y repitamos lo que decía San Bernardo: "Sería una vergüenza que, siguiendo a un Líder coronado de espinas, azotado, escupido, insultado y clavado en la cruz, silencioso y lleno de paciencia. , vivimos disgustados por tener que sufrir algunos pequeños sufrimientos". Si Cristo sufrió tanto por nosotros, es justo que también nosotros suframos los dolores que Dios permite que nos sucedan, y que los ofrezcamos por su reino y por la salvación de las almas, especialmente de las más necesitadas de su misericordia. Muchas almas se pierden, porque no hay quien sufra pacientemente por la salvación de los pecadores. El sufrimiento es una gran arma para ganar almas si se acepta con paciencia, en silencio y por amor de Dios.

CAPITULO 45

¿CÓMO PODEMOS MEDITAR EN LA VIRGEN SANTÍSIMA?

Nadie ama lo que no conoce. Nadie valora a alguien que no conoce las cualidades que posee. Por tanto, si realmente queremos amar y apreciar a la Santísima Virgen, debemos meditar de vez en cuando en sus maravillosas cualidades y en su admirable grandeza.

La más bendita de todas las mujeres.

Elevemos el Espíritu a Dios y pensemos que entre todos los miles de millones que existieron en el mundo, la mujer que Dios bendijo más que todas es María Santísima. Santa Isabel, al saludarla, le dijo, iluminada por el Espíritu Santo: "Tú eres la más bendita de todas las mujeres" (Lucas 1,42). Dios bendice mucho a las mujeres.

(Bendecir es consagrar algo al servicio de Dios. También es desear que del cielo vengan favores, ayudas y gracias a quienes reciben la bendición.) Algunas mujeres son sumamente bendecidas por Dios porque llevan una vida muy piadosa y plena. de buenas obras, pero entre todas las mujeres santas y virtuosas que han existido y existirán en la tierra, la que más bendiciones y ayudas y gracias ha recibido y las recibirá siempre: es la Virgen María. Por eso, debemos sentir admiración, veneración y enorme estima por Ella.

Llena eres de gracia, el Arcángel Gabriel la llamó "llena eres de gracia" y le dijo: "No temas porque has hallado favor ante Dios". La gracia es amistad con Dios. La buena voluntad y preferencia de nuestro Señor hacia una persona. Y ninguna otra criatura en toda la historia agradó tanto al Creador y recibió de Él tantas preferencias, como María Santísima. Realmente puede brindarnos ese maravilloso regalo llamado "Gracia de Dios", la amistad con Nuestro Señor.

Es decir: que le "gustemos", que seamos de su agrado y estemos entre sus favoritos. Es un favor que debemos pedir muchas veces a través de Nuestra Señora. (Lo opuesto a la "Gracia de Dios" es el pecado. María fue preservada de todo pecado y puede interceder ante su Divino Hijo para que nos libere de la esclavitud del pecado, que es la peor de todas las esclavitudes, y perdone todas nuestras faltas. y así vivir en divina amistad aquí en la tierra y por siempre en el cielo (pidámosle frecuentemente este gran favor).

MARÍA TIENE TODAS LAS VIRTUDES

Si meditamos en las virtudes de la Santísima Virgen, la amaremos más y quizás incluso podamos imitarla en algunas de ellas. Por tanto, meditemos en su fe: ella creyó a pesar de todas las apariencias en contrario. En un niño pequeño que lloraba, que sentía hambre, que necesitaba toda la ayuda de una madre, Ella tenía que creer que era Dios. Antes de ser un simple trabajador de la ciudad, al que llamaban "el hijo del carpintero", María se creía el salvador del mundo. Antes de que su hijo fuera clavado en la cruz como malhechor, Ella seguía creyendo que él era el Redentor Universal y que su reino no tendría fin. Con razón su prima Isabel le dijo: "Bienaventurado tú que creíste. Todo lo que el Señor os ha dicho se cumplirá en vosotros" (Lucas 1:45). Admiramos la fe de María y pidámosle un favor especial:

SU CARIDAD Y ESPÍRITU DE SERVICIO

Corrió en ayuda de Isabel porque ella siempre tenía prisa por ayudar a quien lo pedía o lo necesitaba con urgencia. En Caná insiste ante su Divino Hijo y hace adelantar a Jesús su tiempo para hacer milagros y transformar el agua en vino y sigue haciendo este mismo favor ante tanta gente que necesita de Jesús para cambiar el agua insípida de una vida sin buenas obras, en esa vino generoso llamado caridad, bondad, conversión y santidad.

María, Madre Dolorosa. Puede sernos muy beneficioso meditar de vez en cuando sobre el dolor o sufrimiento que sufrió la Madre de Dios, porque esto nos anima a sufrir nuestros dolores con mayor paciencia y a ofrecerlos por amor de Dios y por la salvación de nuestro vecino.

Su primer dolor: ver nacer a su amado hijo en un pesebre, en una canoa alimentando a los animales y en absoluta pobreza.

Su segundo dolor: escuchar de labios de Simeón que muchos irían contra Jesús y

que por Él una espada de dolor traspasaría el corazón de su madre.

El tercer dolor: huir a Egipto con el recién nacido.

El cuarto dolor: a los 12 años, sufriendo durante tres días muy dolorosos por la ausencia de su hijo perdido, luego encontrado en el templo.

El quinto dolor: escuchar la sentencia de muerte que Pilato pronunció contra Jesús el Viernes Santo, hacia el mediodía, y luego encontrarlo en el camino del Calvario y verlo destrozado, humillado y sangrando.

El sexto dolor: ver morir a Jesús minuto a minuto en el Calvario sin poder ayudarlo.

El séptimo dolor: asistir a su santo entierro, que fue uno de los funerales más pobres y con menor asistencia de amigos que jamás existieron en el mundo. Esta separación de su Hijo fue extremadamente dolorosa para ella. María Madre Dolorosa aprendió a través del sufrimiento a comprender a los que sufren en esta vida y por eso viene a consolarnos y darnos valor en los momentos de dolor, si pedimos su intercesión.

MARÍA: LA QUE RECIBE FAVORES

Los grandes santos repitieron muchas veces que nunca habían oído hablar de nadie que se confiara a la Santísima Virgen y que Ella los había abandonado y no les otorgaba su protección. Después de su Divino Hijo no tenemos ayuda más poderosa y eficaz que Nuestra Señora. Si no fuimos más ayudados por Ella es porque no tuvimos más fe en Su intercesión.

María puede hacer mucho ante Nuestro Señor porque sus oraciones son oraciones de Madre y Jesús es el mejor Hijo que jamás haya existido y nunca negará a Su Santísima Madre lo que Ella pide por nosotros. Es por eso que nunca nos cansamos de suplicar por su valiosa protección.

MARÍA: LA QUE MÁS AMA A JESÚS

El grado de nuestra felicidad en el cielo dependerá en gran medida del grado de amor que tengamos por Jesucristo en esta tierra. María, por su inmenso amor a Jesús, fue elevada al alto puesto que ocupa en el cielo. Durante 33 años estuvo con Él y comenzó a amarlo con un amor inmenso, tan grande como ninguna criatura en la tierra tuvo ni tendrá. La devoción a María debería llevarnos a amar más a Jesús. Le dijo a Santa Brígida: "Lo que más quiero es que la gente ame a mi Hijo Jesucristo". Pidámosle muchas veces: "Oh María: haznos amar a Jesús como tú lo amas". Ella, más aún que San Pablo, pudo decir: "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí".

LO PROPIO DE MARÍA ES HACERNOS AMAR A JESUCRISTO

María no es una rival de Cristo que nos quita el amor que le debemos, pero cuanto más la amemos, más amaremos a su Hijo, porque es por él que la amamos. Por eso decimos de vez en cuando: "Oh Jesús: que amemos a tu Santa Madre como tú la amaste. Oh María: que Jesús sea siempre el centro y fin de todo lo que hacemos, decimos, pensamos y sufrimos.

Que Él nos permita amar como Tú, con todo nuestro corazón en esta vida y sigamos amándolo por siempre en el cielo".

CAPITULO 46

MEDITEMOS EN UNA DEVOCIÓN QUE NOS HACE MUCHO BIEN: LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

La experiencia enseña que quien vive cerca de un horno que tiene una temperatura muy alta necesariamente tiene más calor que quien está alejado del calor, y que una tela que se adhiere a un perfume muy fino adquiere también su suave aroma. San José vivió durante muchos años junto al horno de caridad más alto que jamás haya existido en la tierra, que es Jesucristo, y junto a la Madre de Dios que ardía siempre de amor a Nuestro Señor y de caridad hacia los demás. Y nadie como ellos dos destilaba tan exquisito perfume de santidad. Por eso San José tuvo necesariamente un altísimo grado de amor a Dios y de caridad hacia los demás y estaba contagiado de la santidad de Jesús y María. Es imposible que cualquiera que se acerque a un gran incendio no participe del calor de sus llamas. ¿Y qué mayor llama de amor sobrenatural podría haber que la que ardía en los corazones de Jesús y María? Y José estuvo allí con ellos mucho tiempo.

Cuando Dios confiere a una persona una responsabilidad especial, le concede, por justicia, las cualidades que necesita para desempeñar el papel que le ha sido confiado. Y a San José le encomendó Nuestro Señor la mayor responsabilidad de ser el guardián de los dos mayores tesoros que el Creador envió a este mundo: El Hijo de Dios y la Madre del Redentor. Por eso, sin duda, concedió al Santo Patriarca todas las excelentes cualidades que necesitaba para tan delicada e inmensa responsabilidad.

Intervenciones admirables.

Son muchas las maravillas que se cuentan sobre las intervenciones que este gran santo ha hecho a favor de quienes se encomiendan a él con fe. Los subsidios ayudan espiritual y materialmente; Obtiene luces e iluminaciones del cielo para poder resolver problemas y dificultades, y se convierte en un magnífico director invisible para enseñar oración y meditación. Si alguien no tiene a nadie que le enseñe a orar y meditar, debe encomendarse a este poderoso santo y verá resultados que superarán todo lo que esperaba.

Cristo muestra su gratitud.

Si nuestro Señor concede tantos favores a los devotos por intercesión de los demás santos, porque le fueron tan fieles en esta tierra y le mostraron tanto amor, ¿cuántos favores más concederá por intercesión de aquel que por 30 años se dedicó día y noche a cuidar, proteger, ayudar, amar y hacer felices a Jesucristo y a su Santa Madre? ¿Puede Jesús, que es el mejor de todos los hijos, dejar de recompensar eternamente a este padre adoptivo suyo que no hizo más que amarlo e interesarse por él en esta tierra? Cristo tiene las mismas cualidades en el cielo que las que tuvo en la tierra. Y aquí amó y apreció inmensamente a San José, por eso en el cielo lo sigue amando y concediéndole todo lo que nos pide.

Un favor especial.

Santa Brígida y San Bernardino de Siena propagaron mucho la devoción a San José, y estos dos santos nos recomendaron pedir a tan bondadoso patrón una gracia muy especial: enseñarnos a amar a Jesús como él lo amó.

Algo digno de envidiar.

San Juan Evangelista colocó su cabeza sobre el corazón de Cristo en la Última Cena. Esto es algo que merece santa envidia.

Pero San José tuvo muchas veces al niño Jesús en su corazón, en sus brazos por mucho tiempo y en su hogar hasta los 30 años. Qué felicidad digna de santa envidia.

Experiencia placentera.

Al tratar con personas fervientes, se puede comprobar que no hay nadie que tenga devoción a San José y le demuestre que lo ama y confía en él, y que no aproveche y crezca en virtud. Son sorprendentes los favores que recibes al confiarte a él y los peligros que logras evitar.

Simplemente ten la experiencia de orarle con devoción y pronto te darás cuenta de lo beneficiosa que es esta devoción. Otros santos tienen especialidad para ayudar en ciertos asuntos, pero Dios le dio a San José la especialidad para ayudar con todo tipo de problemas. Los santos son grandes porque obedecieron a Cristo. San José es grande porque Cristo le obedeció.

Gran santidad.

El Evangelio dice que San José ya era justo antes de casarse.

¿Cuánto más santo llegaría a ser viviendo junto a la santísima de las mujeres y al santísimo Cristo Jesús? San José: pide a Jesús y a María que nos concedan la gracia de amarlos como tú los amaste y de convertirnos en santos. Amén.

SAN JOSÉ: PATRONO DE LA VIDA INTERIOR: NOS ENSEÑA A ORAR, A SUFRIR Y A CALLAR

CAPITULO 47

ALGUNOS SENTIMIENTOS AFECTIVOS QUE PODEMOS OBTENER DE LA MEDITACIÓN SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

El lugar donde mejor se aprende.

Se dice del gran sabio de San Buenaventura que alguien, asombrado por la sabiduría de este admirable médico, le preguntó: ¿dónde aprendió tanta ciencia? Y que el santo lo llevó ante un Cristo Crucificado ante el cual pasó muchas horas orando y meditando, y le dijo: "Aquí pude aprender las cosas buenas que sé". Y dicen que el Crucifijo de San Buenaventura tenía los pies y las manos desgastados de tantos besos que recibió de los labios del santo. En efecto, la meditación de la Pasión de Cristo produciría muy buenos sentimientos de afecto hacia Nuestro Señor.

Algo que logró moverse.

Un día, un hombre tremendamente vengativo entró en un templo y vio una imagen de Jesús atada al pilar y un cartel debajo que decía: "No devolvió insulto por insulto". Luego vio otro cuadro donde Jesús era azotado y esta inscripción: "Cuando le hicieron sufrir, no amenazó" (1P 2,23) y un cuadro de Cristo crucificado con este título: "Padre, perdónalos porque no Sé lo que hacen." Comenzó a mirar aquellas imágenes y a meditar en sus signos y desde ese día nunca más volvió a vengarse de nadie. La meditación de la Santa Pasión está llena de buenos sentimientos.

LOS CINCO TORMENTOS

Cinco heridas fueron infligidas a Jesús en las manos, los pies y el costado en la cruz, pero antes también tuvo que sufrir cinco dolorosos tormentos en los que conviene meditar de vez en cuando.

1° El tormento de la angustia.

Este martirio de Jesús en el Huerto de los Olivos duró tres horas. Quería sufrir personalmente lo terrible que es el sufrimiento de la depresión, la tristeza y la preocupación. Como debía ser el consolador de todos los que tuvieron que pasar por estos terribles tormentos del alma, Él los sufrió primero, para que no haya dolor o angustia que padezcamos nosotros que Él no haya sufrido primero. Dice la Sagrada Escritura que a través del sufrimiento aprendió a comprender a los que sufrimos. Hay muy pocas personas en la historia que hayan experimentado una angustia tan terrible que les haga sudar sangre. Y Jesús sufrió esto. En momentos de tristeza y depresión, pensemos que Nuestro Salvador también pasó por estos sufrimientos y en lugar de desesperarnos, hagamos lo que Él hizo: Oremos con confianza al Padre y seremos consolados por su gran bondad. San Ignacio dice: “recordemos que Jesús en el Huerto, cuanto mayores eran sus sufrimientos, más y más oraba. Imitémoslo también en esto”.

2° El tormento de las humillaciones.

Cuando, a medianoche del Jueves Santo, Judas lo traicionó dándole un beso, comenzaron para Jesús las horas más humillantes de toda su vida. Un soldado de Caifás le dio un terrible puñetazo en la cara por dar una respuesta franca. Entonces aparecieron senadores, soldados y turbas de todo tipo para golpearlo y escupirle en la cara. Por la mañana, Herodes lo hizo vestir como un loco y lo hizo desfilar por las calles.

Los soldados lo coronaron rey de la burla y, vendándole los ojos, le dieron puñetazos y le dijeron: “¿Adivina quién te pegó?”. Pilato hizo que el pueblo eligiera a quién preferían, a Jesús o al bandido Barrabás, y la población encabezada por los escribas y fariseos prefirió a Barrabás. Y cuando lo crucificaron, lo pusieron entre dos ladrones... Jesús quiso sufrir toda la amargura de las más horribles humillaciones. Al contemplar estos hechos admirables, sintamos el deseo de aceptar, como Él, y por amor de Dios y de las almas, las humillaciones que Dios permite que nos sobrevengan.

3° El martirio de las injusticias.

Jesús soportó las mayores injusticias en su Santa Pasión. Caifás y los demás senadores trajeron muchos testigos falsos que inventaron mentiras y se contradijeron y, sin permitir defensa alguna, condenaron a muerte a Jesús. Pilato declaró que no encontraba motivos para condenarlo y, aun así, lo sentenció a muerte en la cruz. Dijo que Jesús era justo y santo, pero ordenó que lo azotaran como si fuera un criminal. Liberaron a Barrabás, que había cometido un asesinato, y Jesús, que no había cometido ningún delito, fue llevado para ser crucificado. Y todo esto por nuestros pecados. Porque juzgamos y condenamos a los demás injustamente. Y para enseñarnos a sufrir con paciencia cuando otros son injustos al juzgarnos.

4° El martirio de la crueldad.

Lo abofetearon. Y el Evangelio utiliza para esto una palabra que significa “golpes como si quisieran arrancar la piel”. Lo azotaron con correas afiladas que tenían en los extremos trozos de plomo o hueso. Le clavaron una corona de espinas muy afiladas en su sensible cabeza, que le atravesó dolorosamente la piel. Todo su cuerpo fue destruido en su más dolorosa Pasión, y todo esto, para pedir perdón a Dios Padre por los pecados que cometimos al entregarnos a las pasiones desordenadas de nuestro cuerpo, y para enseñarnos que debemos hacer algún sacrificio de vez en cuando para dominar las malas inclinaciones de nuestra carne.

5° El martirio de la cruz.

Pensemos en el dolor que sufrió cuando, al llegar al Calvario, le arrancaron la túnica, que estaba pegada a la sangre que había derramado durante la flagelación, y así le

arrancaron partes de la piel, con gran dolor.

Pensemos en aquellos martillazos que golpearon los clavos de sus manos y de sus pies, y cómo Él "con gran clamor y muchas lágrimas clamó a Dios Padre" (Heb 5,7). Le traspasaron las manos y los pies y pudieron contar sus huesos (Salmo 21). Meditando en el intenso dolor que sufrió en aquellas horas en la cruz en las llagas de sus manos y pies, animemos nuestro corazón a amar cada vez más a este buen Redentor que derramó hasta la última gota de su sangre para salvarnos. . Preguntémosle: "¿Por quién sufres, buen Jesús?", y Él nos responderá: "Por tus pecados, por salvarte, por llevarte al cielo". Y digámosle que lo amamos, que le damos gracias, que queremos morir antes que volver a ofenderlo con el pecado. Meditando en Jesús crucificado, practiquemos actos de arrepentimiento por haberlo ofendido y propósitos de cambiar nuestra vida de ahora en adelante. Un arrepentimiento que no proviene de la meditación de la Pasión y Muerte de Cristo es un arrepentimiento que poco servirá para obtener la conversión. Sintamos consuelo y esperanza al pensar que Cristo Jesús pagó con su muerte nuestros pecados, aplacó la justa ira de Dios (Efesios 6) y nos abrió las puertas del Paraíso Eterno. Pensemos que la mejor consecuencia que podemos obtener de la meditación de la sagrada Pasión de Jesucristo es adquirir un odio total al pecado, una repugnancia absoluta por todo lo que sea una ofensa a Dios y un deseo intenso de luchar contra todas estas pasiones. y malas inclinaciones que nos llevan a cometer errores y desagradar a nuestro Salvador.

Pensemos:

Jesucristo, el Hijo de Dios, Creador y dueño de todo lo que existe, aceptó pacientemente esta muerte ignominiosa a manos de sus criaturas, ¿y no aceptaré que la gente me ofenda, me humille y me trate mal? Jesús sufrió tanta angustia para salvarnos, ¿y no aceptaré el dolor de cada día para ayudarlo a salvar almas? ¿Qué haré para mostrar mi gratitud a este gran amigo que hizo enormes sacrificios para lograr mi salvación?

CAPITULO 48

LOS FRUTOS QUE PODEMOS OBTENER DE LA MEDITACIÓN EN LA CRUZ Y LAS VIRTUDES DE JESUCRISTO

Lo primero que podemos obtener meditando en la cruz y las virtudes de nuestro Salvador es un profundo arrepentimiento por nuestros pecados que provocaron su Pasión y su muerte, un gran deseo de reparar las ofensas que hemos cometido contra él y un esfuerzo continuo por lograr la conversión de aquellos pecadores.

Lo segundo que debemos hacer al meditar en la pasión y la cruz del Redentor es pedir con confianza perdón por todas nuestras faltas, convencidos de que fue para obtener de nosotros perdón que Él sufrió tan atroces tormentos. Al recordarlos, debemos sentir un verdadero odio y disgusto por nuestros males, y un gran amor por quienes tanto sufrieron para salvarnos.

Lo tercero debe ser esforzarnos con toda nuestra voluntad en alejar de nuestro corazón y suprimir en nuestra vida las inclinaciones indebidas que nos llevan al pecado.

Lo cuarto es que pretendemos imitar las admirables virtudes de Jesús, quien, según san Pedro, "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que siguiéramos sus huellas" (1P 2,21).

UNA FORMA PRÁCTICA DE HACER ESTA MEDITACIÓN CON FRUTAS

Recordemos un método que produce buenos resultados al meditar sobre este tema tan importante. Consta de cuatro puntos:

1º Piensa en lo que hizo Jesucristo mirando a Dios Padre mientras sufría.

2º Medita en lo que hizo Dios Padre mientras su Hijo sufría en la cruz.

3º Piensa en lo que Jesús sintió por nosotros mientras padecía su Santa Pasión.

4º Meditar qué debemos hacer por aquel que tanto sufrió para salvarnos.

1. Jesús, mientras sufría en la cruz, elevó su mente a su Padre, a la Divinidad infinita, de quien dijo el profeta Isaías: "Todas las naciones son delante de él como una gota de agua, y las islas más grandes son como una mota de polvo. y toda la tierra es como nada delante de él" (Is 40,17) y ofreció a la santidad de Dios todos sus sufrimientos en reparación de las infidelidades, injurias y desprecios de todas las criaturas humanas y le agradeció sus infinitos favores y pidió que los humanos se les concedió la gracia de agradecer al Creador y obedecerle.

2º Dios Padre en el cielo miró con gran satisfacción el inmenso amor de su Hijo, que se ofreció con tan enorme generosidad para pagar ante la Justicia Divina por los pecados de toda la descendencia de Adán. El libro del Génesis dice que Dios, al contemplar desde el cielo el gran mal de los hombres, "se arrepintió de haber creado al hombre" (Gén 6,6). Pero después de verlo en la cruz ofreciéndose con tan infinito cariño para pagar los males de toda la humanidad, Dios Padre sintió verdadera alegría por haber creado a la criatura humana, porque en ella su Hijo predilecto encontró todos sus placeres y Dios abrió las puertas. del Paraíso Eterno que han estado cerrados desde que Adán y Eva se rebelaron contra su Creador.

Sólo hace falta querer ir a cumplir su santa ley, porque a su vez, con el sacrificio de Cristo, la Justicia Divina y la amistad entre el Creador y sus criaturas débiles y rebeldes quedaron completamente apaciguadas.

3 oh Imaginemos lo que Jesús sintió por nosotros al sufrir su martirio en la Santa Pasión. Nos vio tan débiles, tan inclinados al mal, tan atrozmente atacados por el mundo, por el diablo y por las pasiones de la carne, tan espantosamente inclinados al mal desde que nuestros primeros padres perdieron la amistad de Dios en el Paraíso terrenal. Vi los grandes peligros de condenarnos a nosotros mismos, que siempre tendríamos. Observó claramente la horrible fealdad de nuestros pecados y la gravedad de nuestras faltas. Sabía perfectamente que "Dios perdona, pero ninguna culpa queda impune" (Éx 34,7) y que, por tanto, las consecuencias de cada pecado son dolorosas y perjudiciales. Y también comprendí que sin la ayuda del poder divino somos totalmente incapaces de convertirnos y mantener la amistad con Dios. Por eso durante su Santa Pasión oró por nosotros. Pidió perdón por todos los pecados de los pecadores y borró con su Santa Sangre la sentencia de condenación que deberíamos haber recibido por nuestros pecados.

San Pablo dice en una hermosa comparación que: "Jesús tomó cuenta de nuestros pecados y de nuestras deudas con Dios, los lavó con su sangre y los colgó en la cruz como algo ya cancelado" (Col 2,14). Durante su Pasión oró por nosotros pecadores. ¡Sean bendecidos!

4º Pensemos ahora en lo que debemos hacer por aquel que tanto sufrió para salvarnos. El amor se paga con amor. ¿Qué quiere Jesucristo que ofrezcamos en respuesta a todo lo que sufrió para redimirnos? ¿Aceptamos con alegría y paciencia la cruz del sufrimiento que Dios permite venir cada día a nosotros y así ayudarlo a salvar a los pecadores y reducir los castigos que nos esperan en el purgatorio? ¿Luchamos un poco más por evitar esos pecados que tanto desagradan a la Divinidad? ¿Nos sacrificamos más generosamente por los demás, imitando al Salvador que dio su vida para redimirnos? Consideremos la cruz de Jesús como un libro abierto que debemos leer y aprender cada día de nuestra vida. En la vida de San Francisco de Asís se cuenta que al morir dijo: "Tráeme mi libro". Le trajeron varios libros más, pero él, ya ciego, los rechazó. Finalmente le llevaron su crucifijo y luego, colmándolo de besos en las manos, en los pies, en las llagas del costado y en la corona de espinas, repitió con alegría: "En este libro aprendí a amar a mi

Redentor". Y murió diciéndole al Salvador que lo amaba con todo su corazón. Miremos a Cristo clavado en la cruz y recordemos cuánto nos amó y, en cambio, digámosle con frecuencia: "Te amo, Jesús. Señor, tú sabes que te amo. Oh buen Jesús: que te ame mucho más. Que todos te amemos siempre más y más."

Peligro.

Puede suceder que nos ocupemos mucho tiempo meditando lo que Jesús sufrió en la cruz y la forma en que sufrió, pero que luego, cuando nos llegan la tristeza, el sufrimiento y las contradicciones, nos dediquemos a negar y maldecir, como si nunca hubiéramos pensado en la cruz del Salvador. Entonces nos pasaría como esos soldados que juran ante sus comandantes y prometen defender la bandera del país, pero en cuanto el enemigo aparece para atacarlos, huyen y abandonan el campo de batalla. Qué triste sería si después de haber contemplado la cruz de Cristo, como en un espejo, la forma en que debemos sufrir, cuando se presenta la oportunidad de sufrir algo, nos olvidamos de todo y en lugar de imitar al Salvador nos dejamos dominar por impaciencia y desánimo. .

CAPITULO 49

DETALLES SOBRE EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Hasta ahora hemos aprendido a utilizar ciertos medios espirituales sumamente útiles para progresar en la virtud y salir victoriosos contra los enemigos de nuestra santificación. Ahora veremos los medios más excelentes que existen para progresar en la perfección.

Es la Sagrada Eucaristía.

De todas las armas espirituales, es la más eficaz para derrotar a los enemigos de nuestra virtud y santificación.

Diferencia .

Los demás sacramentos reciben toda su fuerza de los méritos de Cristo, de la gracia que obtuvo para nosotros y de su poderosa intercesión por nosotros. Pero la Eucaristía contiene al mismo Jesucristo, con su Cuerpo y Sangre, su Alma y su Divinidad. Con los demás sacramentos combatimos a los enemigos del alma con los medios que Jesucristo nos proporciona. Con esto luchamos apoyados y acompañados por el mismo Redentor, porque Él dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Juan 6:56).

LO QUE DEBEMOS HACER ANTES DE LA COMUNIÓN

Si tenemos una falta grave en nuestra alma, es necesario que la confesemos antes de comulgar, como decía San Pablo: "El que coma indignamente este pan, será culpable o culpable contra el cuerpo del Señor" (1Co 11,27) . Si sólo tenemos pecados veniales, es oportuno, sin embargo, pedir perdón al Señor por tantas pequeñas infidelidades de pensamiento, palabra y acción que cometemos a diario: "Dios no desprecia el corazón humilde y arrepentido" (Sal. 51). Debemos pensar "Quién viene a quién". El Creador del cielo y de la tierra a una criatura pobre y miserable. Lo puro y santo para un alma pecadora y manchada. Jesucristo viene a nosotros con gran amor, pero lo recibimos con frialdad, indiferencia e incluso ingratitud. Pidámosle que nos ayude a prepararnos bien para su venida a nuestras almas. Invoquemos a la Santísima Virgen, al Ángel de la Guarda y a algún santo de nuestra devoción para que nos conceda la gracia de prepararnos bien para la Sagrada Comunión. No pasemos inmediatamente de las tareas diarias a recibir a Jesús en la Eucaristía sin tomarnos unos minutos para prepararnos. Cuanto mejor sea la preparación, mayores serán los frutos de la comunión.

Pongamos alguna intención en cada comunión.

Esto dará más interés y emoción a tan santo sacramento. Así, por ejemplo, un día ofreceremos la comunión para pedir al Señor que nos conceda la victoria sobre nuestro defecto dominante.

Otro día comulgaremos para pedirle que aumente nuestra fe o nuestra caridad, o que nos conceda la paciencia que tanto necesitamos, o que nos conserve la santa virtud de la pureza, o que convierta a algún pecador, etc. Cuando comulgas con la intención especial de recibir alguna ayuda especial del cielo, sientes un fervor mayor. Que Jesús no tenga que seguir diciéndonos estas palabras suyas: "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre". Continúa repitiéndonos su gran promesa: "Si algo me pedís en mi nombre, lo haré" (Juan 14,13).

Algo que hay que recordar y no olvidar.

Antes de recibir a Jesús en la Sagrada Eucaristía, conviene recordar cuán grande es la aversión que tiene al pecado y cuán total asco siente en su infinita pureza por todo lo que es malo y mancha el alma. Y así pedir perdón y declarar que odiamos nuestros pecados y que queremos declarar la guerra total y constante a nuestras inclinaciones perversas y a los malos hábitos que hemos adquirido. Nuestro Señor no odia nada tanto como el pecado.

Hemos sido rebeldes e ingratos con el Redentor, pero él viene a visitarnos.

Digámosle que de ahora en adelante no queremos ofenderlo.

CAPITULO 50

MÉTODO PRÁCTICO DE PREPARARNOS PARA LA SAGRADA COMUNIÓN PARA QUE PODEMOS PROGRESAR EN EL AMOR DE DIOS

Si queremos que la Sagrada Comunión produzca en nosotros sentimientos y afectos de amor a Dios, tenemos que recordar el inmenso amor que Nuestro Señor tuvo por nosotros y espero que la noche anterior empecemos a pensar en la comunión que tendremos el día siguiente. . Pensemos que este Dios cuyo poder y majestad no tienen límites, no contento con habernos creado y habernos enviado a su propio Hijo para pagar con sus sufrimientos las deudas de nuestros pecados, nos dio a su Santísimo Hijo como alimento para el alma en la Sagrada Eucaristía. De hecho, aquí se cumplió lo que dijo San Agustín: "Como Dios era tan poderoso, tan sabio y tan bondadoso, no encontró mejor regalo para darnos que su propio Hijo Santísimo".

Comparación .

Pensemos: ¿será posible que Aquel que es eterno e infinito venga a quedarse en mi pobre alma, que es tan pequeña y miserable? Tu amor por nosotros es tan grande. ¿Qué mérito podría tener para que el Salvador del mundo venga a visitarme? Ninguno. ¿Busca el buen Dios algún beneficio con esta demostración de su infinito amor por mí? Cualquier cosa. Soy nada y menos que nada y por tanto nada se puede ganar amándome a mí mismo. Tu amor es infinitamente libre. Su bondad y sólo Su bondad es la razón por la que viene a visitarme en la Sagrada Comunión. En Dios no hay ningún interés en obtener beneficios del amor que nos muestra, porque él no los necesita ni podemos dárselos a Él. Todo es resultado de su infinita generosidad.

Dirección indigna.

Pensaré cuán indignamente recibo en mi alma al Divino Visitador. Con el alma manchada, ingrata, infiel, fría y malvada. El pesebre de Belén, por pobre y miserable que fuera, no era tan indigno de recibir al Rey del cielo como lo es mi pobre alma, manchada por toda clase de infidelidades. Ante esta consideración debo realizar actos de admiración.

¿Puede el Dios Purísimo y Santo venir a visitar un alma tan pecadora como la mía? ¿Podrías pedir mayores demostraciones de tu amor? Ahora puede repetirme las palabras del profeta: "¿Qué más podría hacer por vosotros que no haya hecho ya?"

Órdenes .

Antes de comulgar, o si se desea, después, conviene hacer algunas peticiones al Santísimo Jesús como éstas: "Señor: Tú haz el sacrificio de venir a mí. Haz que yo también pueda santificarme por Ti. . Eres amor eterno. Que este corazón mío que es como un bloque de hielo se ilumine con el amor de mi Creador y Redentor. Vives eternamente en el cielo. Concédeme la gracia de independizarme de lo meramente mundano, terrenal y material. . ¿Estás interesado en venir a mí? Hazme vivir contigo, a través de ti y en ti. Tú eres la santidad en persona. Líbrame, pobre pecador, de la esclavitud en que me mantienen las pasiones y los vicios. Tú eres la belleza total e infinita. .

Adorna mi alma con la belleza de las virtudes."

Ojalá se debería pensar en esto antes de tomar la comunión.

Y cuando llegue el momento de recibir a Jesús Sacramentado, pensemos brevemente ¿a quién vamos a recibir? A Jesús, el mismo que estuvo en brazos de la Virgen María en Belén, el mismo que estaba colgado en la cruz en el Calvario. El que resucita. El Hijo predilecto de Dios Padre, el Juez de vivos y muertos. El Redentor y Salvador. El más amable y humilde de los seres que jamás haya existido en la tierra. ¿Y por quién viene? para un alma muy pecadora. Y digámosle de todo corazón: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme".

CAPITULO 51

CÓMO AGRADECER DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de haber recibido la Sagrada Comunión, debemos unirnos en piadosa meditación y adoración con profunda humildad y reverencia al Señor, diciendo lo siguiente o algo similar: "Señor y Dios mío, bien sabes con qué facilidad te ofendo; Tú conoces la dominio que las pasiones tienen sobre mí, especialmente algunas, y qué pocas y débiles son mis fuerzas para vencerlas y dominarlas. La victoria dependerá en gran medida de tu poder y bondad, y aunque quiero hacer "hago todo lo posible para triunfar sobre mis malas inclinaciones, pero sólo si me envías tu poderosa ayuda puedo esperar obtener buenos resultados".

Luego, dirigiéndonos al Padre Celestial, le daremos gracias por habernos dado a su Santísimo Hijo en la Sagrada Eucaristía, y le ofreceremos esta comunión para alguna intención especial, especialmente para lograr la victoria contra algún pecado que más hemos comentado. y repetimos. Y os ofrecemos el propósito de luchar de la mejor manera posible contra las tentaciones y peligros espirituales que libran la mayor guerra contra nuestra alma, repitiendo actos de fe y esperanza, recordando que si "hacemos lo que podemos de nuestra parte, la voluntad de Dios El poder hará lo que no podemos obtener."

Sabiendo que "todo bien espiritual proviene de Dios" (Santiago 1,17), es justo que le demos gracias con frecuencia por los muchos favores que nos concede diariamente, por las victorias que nos permite alcanzar contra los enemigos de nuestra santidad, y por las buenas obras que nos permite hacer y por los males de los que tantas veces nos libera. Pero el favor más apropiado para agradecer es la visita que nos hace Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Comunión. Sólo en el cielo conoceremos el valor infinito de este regalo de Dios: darnos el Cuerpo y la Sangre de su Santísimo Hijo, como alimento.

Una razón.

Para animarnos a ser más agradecidos con Nuestro Señor, debemos pensar en el propósito que le mueve a concedernos tantos grandes favores. Lo hace sólo porque nos ama, porque desea nuestro mayor bien, porque somos muy importantes para Él, porque su generosidad es infinita y se complace más en dar que en recibir. ¿Cómo no bendecir y alabar a un Dios tan bueno?

Otra razón.

Pensemos también: ¿qué es lo que tenemos nosotros que merece tanta bondad del buen Dios? Nada bueno, sino al contrario infidelidades, ingratitud, maldad. Por eso debemos decirle: "Oh Señor: ¿cómo es posible que vengas a visitar a un ser tan miserable y lleno de manchas y culpas como yo? ¿Tu bondad?" "Que seas bendito y alabado por los siglos de los siglos".

¿Y qué nos pide? Nuestro Señor sólo nos pide que lo amemos. Que devolvamos el amor con amor. Que nos esforcemos por servirle de la mejor manera posible; Tratemos de hacer nuestra vida agradable a Él. Tengamos sentimientos de gratitud hacia tan buen Dios y llenémonos del deseo de cumplir siempre y plenamente su Santísima Voluntad.

CAPITULO 52

COMUNIÓN ESPIRITUAL

La comunión espiritual consiste en un intenso deseo de que Jesucristo entre en nuestros corazones y una ferviente petición de que venga en verdad.

Se diferencia de la Comunión Sacramental porque en esta última Jesús viene en forma visible bajo la apariencia de pan, en la Sagrada Hostia, mientras que en la Comunión Espiritual su visita es invisible. También existe la diferencia de que la Comunión Sacramental no se puede recibir muchas veces al día y, en cambio, la Comunión Espiritual se puede hacer en cualquier momento, en cualquier lugar y tantas veces como la persona desee.

¿Como hacer eso? Los piadosos autores recomiendan la siguiente forma de hacer la Comunión Espiritual.

1º Pedir perdón a Nuestro Señor por las ofensas que le hemos hecho. Luego implorarle con fe viva y humildad que entre en nuestra alma, por muy manchada e indigna que sea. Dile que necesitamos su visita porque estamos débiles, llenos de debilidad y miseria, y atacados por terribles enemigos espirituales. Que se digne traerarnos su ayuda y sus gracias espirituales y fortalecernos en nuestras luchas. No siempre te contaremos todo esto: podemos contarte algo similar o mejor. Pero lo esencial es que deseemos que Jesucristo venga a visitar nuestra alma y le pidamos que realmente nos haga esta sagrada visita.

Las ventajas.

Cuando necesitamos mortificarnos y superar algunas de las pasiones o tendencias perversas que nos atacan, o queremos crecer en alguna virtud o cualidad que nos falta, o si nos enfrentamos a ansiedades, problemas o dificultades especiales, es de gran utilidad pedirle a Jesús que entre en nuestra alma. .

Para hacer esta Comunión Espiritual no es necesario habernos confesado esos días, pero sí que pidamos perdón por nuestros pecados y tengamos la firme resolución de no querer cometerlos en el futuro. Porque para que el visitante se sienta feliz, la persona que visita y el lugar al que llega debe ser agradable. ¿Y cómo se sentirá feliz Nuestro Señor si quien lo invita quiere seguir pecando y su alma está demasiado manchada y no hay esfuerzos visibles para purificarse y corregirse?

Después de la Comunión Espiritual, debemos agradecer al buen Jesús la visita que tan generosamente nos hace. Nunca viene con las manos vacías.

Por eso, cada vez que nos visita, encuentra en nosotros buenas disposiciones, nos trae alguna gracia o ayuda espiritual.

FÓRMULA.

Generalmente la fórmula que se usa para hacer la Comunión Espiritual es esta (pero se pueden usar otras): "Jesús mío: creo firmemente que estás en el Santísimo Sacramento del altar. Te adoro sobre todas las cosas. Te amo con todo mi corazón". .Quiero que entres en mi corazón, pero como ahora no puedo recibirte sacramentalmente, te pido que entres espiritualmente en mi alma (breve pausa. En este momento nos detendremos unos instantes para hacer actos de amor, confianza y pedir algunas gracias de las que necesitamos). Como si ya hubieras venido, te agradezco profundamente tu visita y te ruego que no permitas que me separe de Ti. Ven, Señor Jesús. Padre Eterno: Te ofrezco la Preciosísima Sangre de Jesucristo en expiación de mis pecados y de las necesidades de la Santa Iglesia y de la conversión de los pecadores.

CAPITULO 53

CÓMO OFRECERNOS A DIOS

Como Abel. El libro del Génesis dice que Abel ofreció a Dios las primicias o primicias de su rebaño, y agrega: "Dios miró con gran favor y satisfacción la ofrenda que Abel le hizo". Como este santo varón, nosotros debemos tener como lema "lo mejor para el Señor". En el Salmo 49, Dios nos dice: "Ofréceme un sacrificio de acción de gracias. Y yo te libraré y tú me darás gloria".

Una condición rentable.

Es sumamente conveniente que ofrezcamos frecuentemente a Dios lo que hacemos, decimos, pensamos y sufrimos, lo que poseemos y todos nuestros buenos deseos. Pero para que esta ofrenda sea completamente agradable al Señor, es conveniente que la unamos a las ofrendas que Jesucristo hizo al Padre Celestial durante su vida mortal, de todo lo que hizo, pensó, habló y sufrió. Esto da un valor inmenso a lo poco que podemos ofrecer en nuestra pobreza.

Un ejemplo a imitar.

Todo lo que Jesús sufrió e hizo, pensó y dijo, lo ofreció con gran amor al Padre Celestial para mayor gloria de Dios y salvación de las almas. La carta a los Hebreos dice: "Cristo, durante los días de su vida mortal, ofreció a Dios oraciones y súplicas, con grandes clamores y lágrimas, y fue oído por su actitud obediente" (Heb 5,7). Combinemos nuestras ofrendas con las que hizo Jesús y así adquirirán gran valor y especial simpatía ante los ojos de Dios Padre, esta es la primera condición para que las ofertas que hagamos sean bien aceptadas.

La segunda condición.

Significa no tener ningún apego indebido o exagerado a las criaturas. Porque si nuestro corazón está demasiado apegado a lo que es de esta tierra, ya no ofrecemos a Dios un corazón íntegro, sino un corazón dividido: la mitad para Nuestro Señor y la mitad para nuestros egoísmos y criaturas. Y lo que ofrecemos no es nuestro, sino de otro, porque se lo hemos dado a otros seres.

Y así aunque ofrezcamos y entreguemos, siempre permaneceremos en medio del camino de la santidad y la perfección, porque seguimos atados a las orillas del mar de este mundo y nos es imposible navegar hacia el Puerto Eterno. . Y nos pasa como el marinero que rema y rema de noche y de madrugada ve que no se ha alejado de la orilla, porque su embarcación estaba amarrada a la playa con una cadena y eso le impedía avanzar.

Aunque no tan total.

Somos criaturas débiles y por eso el buen Dios no requerirá que nos desprendamos

completamente de las criaturas para ofrecerle lo que hacemos, decimos y pensamos. Pero requiere que hagamos todos los esfuerzos posibles para independizarnos del apego exagerado a lo terrenal.

Y que le ofrezcamos todas nuestras inclinaciones, pidiéndole humildemente que las enderece y las purifique y que nos conceda la fuerza necesaria para negarnos a nosotros mismos y alejarnos de todo lo que nos separa de Dios.

Jesús dijo que la primera condición para lograrlo es "negarte a ti mismo".

Pero nunca podremos obtener esto sin una ayuda especial del cielo y la fortaleza del Espíritu Santo. Lo que se puede lograr con la oración ferviente y constante.

Tercera condición.

Para que nuestra ofrenda sea agradable a Dios, debemos cumplir lo que dijo Jesús: "El que quiera seguirme, que acepte su cruz del sufrimiento diario" (Lucas 9:23). Es necesario repetir en tiempos de sufrimiento, angustia y dolor la hermosa oración de Jesús en el Huerto: "Padre: si es posible que este cáliz de amargura sea quitado de mí; pero no hagas lo que yo quiero, sino haz lo que tú quieres" (Lucas 22:42). Señor: haz conmigo lo que quieras. Estoy en tus manos y me pongo completamente bajo tu divina voluntad para que puedas disponer de mí y de mis bienes como mejor te parezca. Tengo plena confianza que todo lo que permitas que me pase será para mi mayor bien. Pero te ruego que si me das dolor, también me des valor para soportarlo. "Sabes lo débil e impaciente que soy ante el sufrimiento". Y ofrezcamos cada dolor y sufrimiento, uniéndolos a los sufrimientos de Cristo, ya que esto les da un valor muy alto a los ojos de Dios.

Una intención conveniente.

Recordemos de vez en cuando las ofensas que cometimos contra Nuestro Señor en el pasado y ofrezcamos en pago por ellas el bien que hacemos y decimos, y los sufrimientos que nos sobrevengan, y todo esto junto con las obras de Jesucristo y los terribles sufrimientos de su Vida, Pasión y Muerte. (Merezco más por mis pecados, decía San Ignacio). Así, cuando llegue el momento del Juicio, ya habremos saldado la mayoría de las cuentas que tendremos que pagar en el Purgatorio. Y no olvidemos que todo esto debe ofrecerse no sólo por nosotros mismos, sino por la conversión de los pecadores, por la santificación de los sacerdotes, por la obra de los misioneros, por la salvación de los enfermos y por el resto de las almas bienaventuradas.

Repita esto con frecuencia.

Cuando se viaja en embarcación, es necesario que el piloto gire continuamente con el timón hacia el objetivo que necesita alcanzar, ya que los vientos y las olas tienden a desviarlo de la ruta que debe seguir.

Esto es lo que sucede en el viaje a las playas eternas del cielo: el más mínimo descuido, egoísmo o pereza, orgullo o apego exagerado a lo terrenal, nos desvía del verdadero objetivo que debemos fijarnos en todo lo que hacemos. decir, pensamos y sufrimos. Y luego debemos repetir muchas veces nuestra ofrenda al Señor Dios. "Todo para ti, Dios mío". "Que las palabras de mi boca, los pensamientos de mi cabeza y los deseos de mi corazón sean agradables a ti, Señor" (Sal 18). Antes que me destruya la muerte, Señor, que el deseo de dedicarme a trabajar sólo por las criaturas, sucedería lo que san Pablo criticaba a los gálatas: "¿Cómo es que, habiendo comenzado a trabajar para Dios, terminaron actuando mal?"

La maldad de Salomón.

En la vida espiritual se llama: "Mal de Salomón" al terrible error que consiste en haber comenzado a trabajar para agradar a Dios, y termina dedicándose a agradar a las criaturas, convirtiéndose en su esclavo. Esto es lo que le pasó al rey Salomón, quien al principio fue generoso y piadoso y construyó un hermoso templo al Señor, pero luego se dejó esclavizar por las criaturas y terminó perdiendo la fe. Que Dios nos salve de caer en el terrible "mal de Salomón".

CAPITULO 54

QUÉ HACER CUANDO LLEGA LA SEQUEDAD ESPIRITUAL

Cuando una persona comienza su vida espiritual, al principio suele sentir mucho consuelo y alegría en su alma. Esto es lo que los autores llaman "la dulzura de Dios". Él piensa que es hermoso orar. Le encanta leer libros espirituales. Siente fervor al recibir los sacramentos, etc. Esto es muy beneficioso porque nos estimula a una vida de fervor y piedad y nos anima a continuar por el camino de la santidad.

Un peligro y una norma.

Pero si estos gozos son muy grandes y hasta exagerados, hay que tener cuidado de que quien los produce sea enemigo de las almas. Y esto es un peligro porque entonces puede suceder que el espíritu se excite por la dulzura de Dios y no por el Dios de la dulzura.

En estos casos debemos seguir una regla muy importante: preguntémonos: ¿estos consuelos y alegrías espirituales producen corrección en mi vida? ¿Træen consigo reformas en mis costumbres? Si es así, vienen de Dios y podemos estar tranquilos.

Si, por el contrario, los amamos porque nos aportan dulzura y alegría, y porque ayudan a los demás a pensar mejor en nosotros mismos, entonces debemos tener mucho cuidado porque pueden venir del enemigo del alma.

LA ARIDEZ.

Pero sucede muchas veces que después del primer fervor y alegría, una abrumadora sequedad espiritual comienza a afectar el alma. Ya no tiene ganas de rezar. Leer libros espirituales no te dice nada.

Recibe los sacramentos sin emoción alguna y hasta con frialdad, por mucho que quiera ser ferviente. Te parece que no estás logrando ningún progreso. Esto es lo que los santos llaman "La Noche Oscura del Alma". Es algo que causa mucho sufrimiento y puede durar mucho tiempo. En algunas almas santas esto dura años y años.

¿De dónde podría venir esto? Las causas de la sequedad espiritual pueden ser diversas.

1º Pueden venir del diablo que intenta desanimarnos en nuestra vida espiritual, alejarnos del camino de la santidad y reconducirnos a las alegrías de la vida mundana.

2º Pueden provenir de nuestra naturaleza humana, que es muy mal inclinada y busca siempre lo material en lugar de lo espiritual, y lo terrenal en lugar de lo eterno. El mismo San Pablo se quejaba diciendo: "Siento en mi cuerpo una fuerza que lucha contra el espíritu".

3º Puede ser que la sequedad espiritual provenga de un plan que Dios tiene para independizarnos de los gustos y placeres de este mundo y así entusiasmarlos con los placeres y alegrías de la eternidad. Cuando las cosas en la tierra ya no atræen ni enamoran, entonces las cosas en el cielo pueden atræer mucho más. Puede ser que a través de este sufrimiento también paguemos a Dios algunas de las deudas que tenemos por nuestros pecados y aprendamos a comprender a quienes están pasando por esta dolorosa situación. Otra razón podría ser: que Nuestro Señor nos tiene preparadas recompensas tan excelentes en el cielo que nos permite sufrir fuertes sufrimientos en la tierra para que con ellos alcancemos esos gozos que nos esperan en la eternidad.

¿Qué hacer cuando llega la sequedad?

Examinemos ante todo si hay algún defecto en nuestra alma que desagrade a Dios, alguna falta repetida que nos robe la devoción sensible. Si es así, debemos

dedicarnos seriamente a corregir este defecto y evitar esta falta, no tanto para volver a disfrutar de la dulzura espiritual del fervor, sino sobre todo para evitar lo que ofende y desagrada a Dios.

Pero si no vemos en nuestro comportamiento ningún defecto especial o algún defecto que no estemos tratando de corregir, entonces lo que debemos hacer es aceptar humildemente lo que Dios permite que nos suceda. Repite lo que dijo el santo Job: "Si aceptamos las cosas buenas de Dios, ¿por qué no hemos de aceptar también las cosas malas? (Jb 2,10) Pero de ninguna manera abandonaremos las prácticas de la piedad, la buena lectura y la aceptación de los santos sacramentos. Aceptemos esta sequedad como "el cáliz de amargura" que el Señor deja llegar hasta nosotros, y como Cristo en Getsemaní digamos a Dios Padre: "Si no es posible que este cáliz se aparte de mí, hágalo". tu santa voluntad."

Quizás con una hora de aridez espiritual estaremos ganando más premios para el cielo y salvando más almas que con muchas horas de alegría y dulzura, de alegría y fervor.

No hay por qué desanimarse.

La sequedad espiritual es una cruz que envía el Señor, y Jesús nos dejó diciendo: "El que quiera ser mi discípulo, que acepte la cruz todos los días". Es necesario decir una y otra vez: "Esto también pasará". "El Señor me dio alegrías y consuelos espirituales y el Señor me los quitó. Bendito sea Dios".

Y clamar a Dios.

No conviene que la gente ande contándonos esta dolorosa situación que estamos pasando porque no nos entenderán y al contrario se burlarán de nosotros y nos invitarán a abandonar la vida espiritual. Es recomendable avisar a su director espiritual y pedirle consejo. Pero a quien debemos acudir con toda el alma y sin desanimarnos es al buen Dios. Repite la frase que Jesús, en el colmo de su sequedad espiritual, en la cruz, le dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Repite ciertas frases de los Salmos que resultan muy reconfortantes, como "No me abandones, Dios de mi salvación".

Cuéntale lo que San Pedro le repitió tres veces a Jesús: "Señor: Tú sabes que te amo". O lo que dijo Tobías: "Señor, Tú nos permites descender a los abismos más profundos de la tristeza, pero también puedes hacernos elevar a los niveles más altos de alegría y paz. Por tanto, ten piedad de mí y dignate consolarme, si esa es tu Santa Voluntad (Tb 13,3).

Un recuerdo muy oportuno.

En estas ocasiones es muy útil recordar la terrible angustia y desolación de Jesús en el Huerto cuando dijo: "Mi alma está entristecida hasta la muerte". Y pensar que mientras más tristeza y angustia sentía Nuestro Redentor, más y más oraba a Dios Padre, imitémoslo también en esto.

CAPITULO 55

¿Y SI LLEGAN LAS TENTACIONES?

Para muchas personas que se dedican a la vida espiritual, uno de los martirios que más sufrimiento les trae son las continuas tentaciones que les sobrevienen. Para ellos estaba escrito lo que anunciaba la Sagrada Escritura: "Si te dedicas a la vida espiritual, prepárate a la tentación". Si Jesús, el Lugar Santísimo, sufrió las tres tentaciones en el desierto, ¿cuánto más tendremos que sufrirlas nosotros, que somos la debilidad misma? Además, el enemigo de la salvación está más interesado en atacar a quienes quieren salvar almas y llevarlas al cielo, que a quienes ya son esclavos del pecado y lo obedecen y siguen sus pérfidos consejos.

La visión de San Antonio.

Se dice de este antiguo santo que en una visión vio que para todo un barrio solo había un demonio tratando de hacer pecar a la gente, mientras que para una sola persona espiritual había siete demonios atacándolo. Y preguntando por qué, respondieron: "Es porque los mundanos se invitan unos a otros a pecar, pero a los espirituales, se necesitan espíritus infernales para hacerlos pecar". ¿Para qué sirven las tentaciones? Un santo decía que el gran peligro para una persona sería no tener tentaciones, su orgullo la devoraría y despreciaría a los débiles; y un santo añadió: "No tengo tanto miedo de nadie como del que no siente tentaciones", porque puede volverse muy frío en su vida de piedad. Los autores de espiritualidad señalan las siguientes razones por las que parece que Dios permite que nos lleguen tentaciones:

1º Para que confiemos más en Dios e imploremos su misericordia.

2º Para que desconfiemos de nosotros mismos, de nuestra debilidad y tendencia al mal y de nuestra falta de voluntad para resistir el pecado.

3º Para que tengamos más comprensión de los débiles. San Bernardo decía que es bueno que muchas personas sean débiles, maliciosas y tengan poca resistencia, para que puedan comprender a los pobres pecadores que caen más por debilidad que por mal. San Agustín, recordando su vida pasada tan manchada e indigna, repitió: "No hay culpa que un ser humano no haya cometido, que yo no pueda cometer". Por eso debo tener gran comprensión para con los que caen y están manchados y culpables".

No te preocupes, no te preocupes.

Cuando el espíritu inmundo nos inquiete con pensamientos impuros e imaginaciones abominables, no nos angustiemos ni nos desanimemos. Recordemos lo que Jesús le preguntó a Santa Catalina cuando ella se quejaba de los horribles pensamientos que le venían: "Dime, ¿consentiste en estos malos pensamientos?" - "No, Señor, los odiaba con toda mi alma" - respondió ella - y el Señor añadió: "Este odio y aversión a los malos pensamientos te lo he dado yo que estaba allí presenciando tu batalla espiritual para luego darte la recompensa". por tu victoria."

No abandones la oración.

En estos casos diremos muchas pequeñas oraciones y trataremos de dirigir nuestros pensamientos a otros temas. Invoquemos a la Santísima Virgen, concebida sin la mancha del pecado original. Ella que pisa la cabeza de la serpiente infernal nos obtendrá la victoria de su Divino Hijo contra el demonio tentador.

CAPITULO 56

LA IMPORTANCIA DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

Otra condición sin la cual no podemos hacerlo.

Los historiadores dicen que el gran matemático Pitágoras, que vivió 500 años antes de Cristo, y cuya sabiduría fue tan estimada en Oriente que numerosos alumnos de diferentes países empezaron a ser aceptados como discípulos, nunca admitía a un alumno si no se comprometía a realizar un examen de conciencia cada día en el que debían hacerse tres preguntas: "¿Qué hice? ¿Cómo lo hice? ¿Por qué lo hice?", y cuentan viejas historias de que con este método lograron mejorar el comportamiento de algunos gente.

La exigencia de San Ignacio.

Este gran santo que condujo a tantas almas a la santidad exigió a sus discípulos, sin excepción, realizar cada día un doble examen de conciencia. Uno sobre su

comportamiento en general, y otro sobre el defecto que se proponía corregir ese mes o ese año. Insistió en que cada mes haya un día de retiro mensual para pensar en Dios, el alma y la eternidad. En cuanto al día de retiro mensual, eximió de cualquier otra práctica de piedad a aquellos que tenían ocupaciones muy serias o que hacían viajes largos, excepto hacer un examen de conciencia sobre cómo había sido su comportamiento ese mes, pues afirmó que sin el examen de conciencia es imposible progresar en santidad y perfección.

Lo primero que hay que hacer.

San Ignacio recomienda que al iniciar el examen de conciencia pensemos por un momento en la presencia de Dios, que Nuestro Señor nos ve, nos oye y nos acompaña en todo momento como el aire que nos rodea. Y luego le agradecemos algún favor especial, y le pedimos que nos conceda sus luces e iluminaciones para que sepamos cuáles de nuestras faltas le desagradan más y qué debemos hacer para evitarlas.

Como un rayo de sol.

Cuando estamos dentro de una habitación y un rayo de sol entra por una ventana, vemos una gran cantidad de pequeños escombros en el aire que no podemos ver a simple vista. Esto es lo que sucede cuando en el examen de conciencia pedimos al Espíritu Santo que nos ilumine: veremos muchas de nuestras faltas que pasaban desapercibidas y que antes no habíamos notado.

LAS CAUSAS.

Decía el sabio Pitágoras que en el examen de conciencia no basta preguntar: ¿qué daño hice? pero también ¿por qué lo hice? Muchas personas se examinan a sí mismas, pero no progresan en la santidad porque no descubren las causas que las llevan a repetir sus pecados, y mientras no se elimine la causa, el pecado no dejará de ocurrir, así como hasta que se mate a la araña. , no dejará de existir. Por ejemplo, encuentro que a menudo tengo rabietas. Tengo que preguntarme: ¿por qué estos arrebatos de impaciencia? ¿Me domina el orgullo? ¿Será que no descanso en el momento adecuado y mis nervios están destruidos? ¿Le doy demasiada importancia a hechos y palabras que no son importantes? ¿Me molesto por cosas que a Dios no le gustan? Entonces, ¿por qué enojarse por eso?

Evite las ocasiones.

Si sé que en tal lugar o tal persona, o en tal situación caigo y peco, sin embargo, voy allí, sin necesidad grave, y sigo tratando con esas personas o me expongo a esa situación, con eso estoy. Ya estoy pecando porque me estoy exponiendo a la ocasión, y la experiencia me enseña que según se presente la ocasión si me expongo, caeré cada vez. La experiencia me enseñó demasiado como para ser lo suficientemente testarudo como para seguir insistiendo. Ya lo dijo el sabio en la Sagrada Escritura: "Quien se exponga al peligro, perecerá".

En el examen es necesario preguntarnos "¿qué ocasiones me llevan a pecar? ¿Qué puedo hacer para evitar estas ocasiones?" San Pablo dice que Dios no permitirá que nos alcancen tentaciones mayores que nuestras fuerzas, pero esto es con la condición de que no nos exponemos culpablemente. a la oportunidad de pecar. Si nos exponemos, la Justicia Divina ya no tiene la obligación de darnos una fuerza extraordinaria para vencer. No olvidemos que la tentación es como un perro valiente atado a una cadena. Si llegamos hasta donde llega la corriente, nos morderá.

Propósito determinado.

Durante el examen, no basta con decir: "No volveré a hacer eso". Esto y nada son casi iguales. Es necesario tener propósitos concretos, determinados: "haré esto y aquello", "evitaré esta ocasión"... etc. Y luego orar a Nuestro Señor para que nos conceda fuerza de voluntad para lograr nuestros propósitos. En esto se cumple lo

que dijo Jesús: "Sin Mí nada podéis hacer". Y repitamos a Nuestro Señor la oración que aquella alma santa le dijo: "Señor: haz que lo que no te gusta a mí tampoco me agrade. Señor: que si una amistad puede hacerme daño, no lo haga". sentir alguna atracción por esa persona." sino repulsión y antipatía". Esto previene grandes males y pecados.

Pagar la deuda.

Si por descuido rompemos la porcelana o el jarrón de un vecino y le pedimos que nos perdone, es posible que nos diga: "Sí, estaré encantado de perdonarte. Pero, por favor, págame el precio del jarrón". Algo similar podría decirnos el Juez Divino cuando pedimos perdón cada vez que hacemos un examen de conciencia (porque hacer un examen sin pedir perdón a Dios sería una falta muy dañina, ya que Él es el ofendido y tenemos que rogarle). perdonarnos). ¿Qué nos dirá entonces Nuestro Señor? "Con mucho gusto te perdonaré. ¿Pero me pagarás por el error que cometí?"

¿Como? ¿De que manera?"

"Hacer un examen de conciencia sin pretender ofrecer en penitencia algunas buenas obras por las faltas cometidas será dejar tal examen mutilado, cojo y tuerto. ¿Que he dicho demasiado? ¿Se lo ofreceré al Señor? ¿Quién se quedará callado un poco más en este día? ¿Que trate a los demás con severidad? Bueno, hoy voy a intentar ser un poco más gentil. ¿Que me dejo llevar por la pereza? Bueno, que bueno sería. "Si, como penitencia por estas faltas, lees hoy una o dos páginas de un libro espiritual, así podremos hacer el bien incluso al mal que hemos hecho, y progresaremos en la perfección y la santidad".

CAPITULO 57

CÓMO EN ESTE COMBATE ESPIRITUAL DEBEMOS PERSEVERAR HASTA LA MUERTE

¿Qué más deberíamos pedir?

De todos los favores de Dios, quizás el que más deberíamos pedirle sea el de perseverar en el bien hasta la muerte. Para alcanzar la virtud de la perseverancia debemos dedicarnos con mucho cuidado a lo largo de la vida, y para obtener la gracia de conservar hasta el fin es necesario mortificar y dominar siempre nuestras pasiones, porque nunca mueren mientras vivimos, y siempre crecen en nuestra corazones., como malas hierbas en un campo fértil cuando no se tiene cuidado de quitarlas o podarlas.

Un error muy dañino.

Sería verdadera locura y dañina imprudencia pensar que llegará un momento en nuestra vida en que no sentiremos el asalto de los enemigos de nuestra santidad, porque esta guerra no termina hasta que nuestra vida terrenal termine, y la persona que es No estás preparado para luchar contra sus pasiones y tus tendencias hacia el mal, cuando menos lo pienses perderás batallas espirituales y hasta la paz de tu alma.

En la lucha por obtener la santidad tenemos que luchar contra enemigos espirituales irreconciliables, de los cuales nunca podemos esperar paz ni tregua, porque su función es atacar sin cesar y además los espíritus infernales nos odian hasta la muerte. En esta materia, el peligro de ser derrotados nunca es mayor que cuando imaginamos que no seremos atacados.

Pero no te desanimes.

Aunque los enemigos de la santificación y de la perfección son muchos, formidables, nos atacan en todas partes y siempre, sin embargo, no debemos desanimarnos por su número y su fuerza, porque en esta batalla sólo quienes no utilizan estas dos formidables armas que son la oración y mortificación, y los que no evitan las

ocasiones de pecado o están llenos de orgullo, autosuficiencia y demasiada confianza en sí mismos, o carecen de confianza suficiente en el poder y la bondad de Dios.

Tenemos un buen jefe.

Quienes nos esforzamos por la perfección cristiana podemos caminar con confianza porque tenemos un Líder que nunca es derrotado. Es Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores, a quien el Padre celestial concedió la victoria sobre todos sus enemigos, como dice el libro del Apocalipsis (cf. Ap 6,2). Él es más poderoso que todos aquellos que hacen la guerra a nuestra alma, y "tiene el poder y la bondad de darnos mucho más de lo que nos atrevemos a pedir o desear" (Efesios 3:20). Cristo Señor nos dará muchas victorias siempre y cuando no confiemos en nuestras propias fuerzas, sino en su gran misericordia.

¿Y si tarda un poco en ayudarnos?

Puede ser que Nuestro Señor tarde mucho en ayudarnos y parezca que nos dejará a merced de los peligros que nos rodean.

No nos desanimemos por esto, porque Él nunca deja de responder a quienes le piden su protección y organizará las cosas de tal manera que lo que parece ser para mal termine siendo para nuestro bien.

Pero no descuides a ningún enemigo.

Es importante que no dejemos de luchar contra ninguno de los enemigos de la santificación, y que no dejemos de luchar contra ninguna de las pasiones o adicciones o malas inclinaciones, porque incluso una de ellas que no combatamos puede dañarnos como una chispa en el corazón. un tanque de gasolina o una flecha envenenada clavada en el corazón.

CAPITULO 58

LA ÚLTIMA PELEA. EL QUE NOS ESPERA A LA HORA DE LA MUERTE

El patriarca Job decía que esta vida es como una lucha continua, como el servicio militar en tiempo de guerra (Jb 7:1) y quizás las batallas más difíciles son las que ocurren al final de la vida, las últimas batallas. Y estos son definitivos porque de ellos puede depender nuestro destino eterno. El Libro del Eclesiástico enseña: "El Señor, en el día de su muerte, pagará a cada uno según su conducta; y al final de la vida de cada persona descubrimos cuáles fueron realmente sus logros. Sabemos cuánto vale realmente una persona" (Ecl 11,26).

Mientras vives, mueres.

San Agustín repetía: "Qualis vita, mors et ita", que significa: como fue la vida, así será la muerte. Por eso, de ahora en adelante, cuando estemos sanos, con vigor, fuerza y lucidez mental, debemos ejercitarnos en la lucha contra las pasiones, tentaciones y tendencias hacia el mal, porque cuando nuestra fuerza y mente se nublan y debilitan, Será mucho más difícil luchar, poder luchar bien. Sólo si ahora nos acostumbremos a salir victoriosos de los enemigos de nuestra salvación adquiriremos el hábito de triunfar contra ellos y en la hora final podremos vencerlos.

Un recuerdo sano.

El Libro Sagrado aconseja: "Pensemos en lo que nos espera al final de la vida y así evitaremos muchos pecados". Y añade: "prepara tu alma para la prueba, y así tendrás victorias al final de tu existencia" (Ecl 2,3). Es muy útil pensar de vez en cuando en nuestra propia muerte, porque entonces cuando llegue nos causará menos miedo y nuestro espíritu estará más preparado para afrontar las últimas batallas.

Un peligro. Quem está muito apegado aos bens deste mundo não quer pensar na morte que pode vir até ele, nem no passo que terá que dar rumbo à eternidade e assim seus defeitos desordenados, em vez de diminuir, crescem sem cessar e estão aumentando, escravizando-os cada vez más. No fue esto lo que le sucedió a san Pablo, que exclamó: "¿Quién me separará del amor de Cristo? Ni siquiera la muerte, para mí la muerte es ganancia" (Flp 1,21). Era tan independiente de lo terrenal y material que la muerte no le asustaba, pero su recuerdo lo consolaba, pensando que, cuando llegara, recibiría la gran recompensa prometida a los que sirven y aman a Cristo en este mundo.

Tienes que prepararte.

Un moribundo dijo con humor a quienes admiraban su nerviosismo: "Perdonen mi falta de calma, pero esta es la primera vez que me ha tocado morir" (y seguramente fue la única y la última): recordemos que morir Será algo que hagamos sólo una vez y si lo hacemos mal, nunca podremos recuperarnos de ese error. Por eso, conviene prepararse bien a partir de estos momentos. En el próximo capítulo explicaremos las cuatro últimas batallas que pueden surgir en los momentos finales de nuestra existencia y cómo salir victoriosos.

Cada persona tiene que morir una sola vez, y después de la muerte viene el juicio (Heb 9:27)

CAPITULO 59

LAS CUATRO TENTACIONES A LA HORA DE LA MUERTE

La experiencia observada en otras personas muestra que en la hora final pueden llegar al alma cuatro tentaciones que traen sufrimiento, angustia y daño, y son: la tentación contra la fe, los pensamientos de desesperación, la tentación a la vanagloria y las ilusiones vanas y engañosas. Analicémoslos uno por uno.

1ª. TENTACIONES CONTRA LA FE.

Incluso las personas muy piadosas pueden tener serias dudas sobre su propia fe en las últimas horas de sus vidas. Es necesario no darles una importancia exagerada y realizar muchos actos de fe. "Creo, Señor, pero aumenta mi fe. Creo, Señor: ayuda mi incredulidad" (Mc 9,24). Si estas dudas siguen llegando, traídas por los enemigos de nuestra alma, no hay que preocuparse, porque el Señor sabe que internamente no aceptamos tales tentaciones. Un alma muy santa dijo en sus momentos finales: "Nunca en mi vida he tenido tantas tentaciones contra la fe como en estos últimos días de mi enfermedad.

Pero además, nunca en mi vida he hecho tantos actos de fe como los que he hecho en estos últimos meses." En general: salió victorioso, porque si bien las dudas que surgían en él eran frecuentes y graves, por otro lado, los repetidos actos de fe que hizo le trajeron enormes bendiciones de parte de Dios.

Cuando vengan estas dudas atormentadoras, ofrezcamos a Nuestro Señor los sufrimientos que nos causan y pidámosle que nos conceda la fuerza para resistirlas y encomendémosle a aquellas personas que sufren este mismo tormento de las tentaciones contra la fe. Digámosle: "Señor: Creo por los que no creen. Aumenta nuestra fe en todos nosotros. Amén".

2ª LA TENTACIÓN DE LA DESESPERACIÓN.

Consiste en miedo exagerado y terror verdadero al recordar los innumerables y graves errores que hemos cometido a lo largo de nuestra vida. En este caso, vale la pena recordar aquellas palabras tan consoladoras de Jesús: "Al que a mí viene, no le

echo fuera" (Juan 6,37). Acudamos a Él con nuestra oración y nuestro arrepentimiento y Jesús cumplirá Su Santa Palabra y no nos echará fuera, porque antes de que pasen el cielo y la tierra ni una sola palabra de la Sagrada Escritura dejará de cumplirse.

Si la tentación de desesperarnos continúa, recordemos lo que dice el hermoso Salmo 103: "Como está lejos el Oriente del Occidente, así el Señor aleja de nosotros nuestros pecados. Él perdona todas tus faltas. El Señor es compasivo y misericordioso. No siempre está acusando o guardando un rencor perpetuo. Él no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestros fracasos."

Tengamos grabadas en nuestra mente algunas frases de la Sagrada Escritura para recordar cuando nos ataquen las tentaciones de la desesperación, especialmente en las últimas horas de nuestra vida. Por ejemplo: "Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenar, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:17).

"No he venido a buscar a justos, sino a pecadores", dijo Jesús. Recordemos la famosa frase que le dijo al pecador arrepentido: "Eres grandemente perdonado porque muestras mucho amor" (Lucas 7:47) y digámosle repetidamente: "Jesús, te amo".

Recordemos aquella hermosa noticia que nos dio el profeta Miqueas: "Dios arrojará nuestros pecados al fondo del mar, para nunca más ser vistos" (Miqueas,19). Y decimos muchas veces: Señor, confío en tu misericordia. Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. "Misericordia, Señor, soy pecador". Y no olvidemos la noticia que nos dio Jesús, de que el publicano que repitió esta última oración fue perdonado por el Señor y recuperó su santa amistad (cf. Lc 18). Como el recaudador de impuestos en el evangelio, si le pedimos perdón a Dios, Dios nos perdonará.

3ª LA TENTACIÓN DE LA VAANGLORIA.

Se llama vanagloria estar orgulloso de lo que no se es, o de cosas que no merecen orgullo. Si nos vienen a la mente pensamientos de orgullo al recordar el poco bien que hemos logrado hacer, recordemos la frase de San Pablo: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (cf. 1Co 4,7). No creamos que los éxitos y triunfos que la bondad y la generosidad del Señor nos han permitido alcanzar sean una recompensa a nuestros méritos. Todo es don gratuito del buen Dios.

"Cuando pensamos en el orgullo por los triunfos alcanzados, pensemos en los fracasos y debilidades cometidos en el pasado". Esto lo aconsejan los maestros espirituales. Y recordemos que todos nuestros esfuerzos y cualidades hubieran sido inútiles sin la bendición y ayuda de Dios. El Libro de Proverbios dice: "Lo que nos trae el éxito es la bendición de Dios; nuestro afán no aporta nada".

4ª LA TENTACIÓN DE LAS ILUSIONES Y DE LAS FALSAS APARICIONES.

San Pablo dice que el enemigo de las almas se disfraza de "ángel de luz" para engañarnos (cf. 2Co11) e incluso puede presentarnos alucinaciones, o sensaciones o imágenes que no corresponden a la realidad, para intentar hacernos creer. más santos y avanzados por lo que realmente somos. No les hagamos caso. El cerebro enfermo sabe crear imágenes que no son ciertas. Algunos para asustar y otros para llenar de alegría exagerada. Convenzámonos de que no es aconsejable dar mayor importancia a estas imaginaciones y falsas representaciones que la que se le da a un sueño que sucede mientras la voluntad no dirige ni gobierna nuestros pensamientos. En otras palabras: ninguna importancia.

FINAL FELIZ.

Mentalmente vamos hacia nuestra muerte antes de que nos llegue. Lo bueno que nos hubiera gustado hacer en el momento de la muerte, lo haremos a partir de ahora. Hagamos un inventario diciendo: "En el momento de la muerte, ¿qué desearé tener y a qué desearé haber renunciado? Lo que no resista el juicio de la hora final,

debo dejarlo atrás de ahora en adelante". Para tener un final feliz es necesario prepararlo bien.

Falta.

A un sabio muy anciano le preguntaron: "¿Cuántos años tienes?" Y él respondió: "Ocho o nueve años" - ¿Por qué dices eso? "Viví preparándome para morir. El resto lo perdí. Así como sólo tengo las monedas que tengo ahora. El resto, las que gasté, ya no las tengo.

Feliz sorpresa.

Uno de los más grandes sabios que ha tenido la Iglesia católica, un gran devoto de la Virgen María y de San José, ya moribundo, dijo: "Nunca pensé que morir sería tan dulce". Me deseo a mí mismo, y deseo a todos los lectores, una muerte así: feliz y en paz con Dios. Amén.

[El Rosario](#)

Este libro fue digitalizado el 6 de noviembre de 2011, para uso de los fieles creyentes en Nuestro Señor Jesucristo y para quienes lo consideren necesario para su crecimiento espiritual.

Que Dios tenga misericordia de nosotros y nos guarde para la vida eterna. Amén

OFICINA SAN PABLO BOGOTÁ 2011.

Con las correspondientes licencias eclesiásticas